

Los años modernos de la teoría

Punto de vista y la génesis del intelectual democrático : 1978-1986

Autor:

Caramés, Diego Román

Tutor:

Acha, Omar

2013

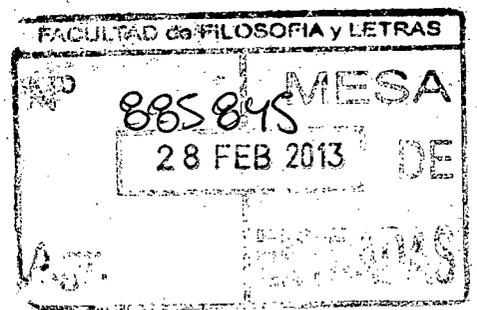
Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía

Grado

Tesis 18-6-53

Tesis
18.6.53

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Filosofía



Tesis de Licenciatura

Febrero de 2013

**Los años modernos de la teoría. *Punto de vista* y la génesis del
“intelectual democrático” (1978-1986)**

Diego Román Caramés

L.U. 27022608

Director: Omar Acha 1971-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

Palabras preliminares

Quiero aprovechar este espacio para expresar mi agradecimiento, en primer lugar, hacia Omar Acha, quien aceptó dirigir esta tesis y generosamente acompañó mi trabajo con lecturas, comentarios y sugerencias de toda índole, además de poner a mi disposición la bibliografía que consideró más apropiada. En segundo lugar, quisiera agradecer también a dos colegas y amigos: Matías Farías y Gabriel D'Iorio. Los años de trabajo compartidos, las extensas conversaciones sobre temas afines a este ensayo, como así también el intercambio de lecturas y comentarios que hicieron en el tramo final de la escritura hace que me resulte difícil determinar cuánto de lo aquí volcado corresponde a los aportes de cada uno. En cualquier caso, ellos, al igual que Omar Acha, han colaborado para que este trabajo sea más agudo y solvente de lo que hubiera sido sin su colaboración amistosa y desinteresada.

Por último, quisiera hacer un reconocimiento a la cátedra de *Pensamiento Argentino y Latinoamericano*: además de haber encontrado siempre una excelente disposición en su cuerpo docente, varios de nosotros descubrimos en las clases del profesor Oscar Terán un interés novedoso por textos singulares de nuestra cultura y la convicción de que en algunas de sus líneas se encuentran capítulos intensos de la filosofía argentina.

Introducción

I - Preguntas e hipótesis

El presente trabajo no gira en torno a la producción de un intelectual en particular, ni tampoco de alguna obra o gran texto filosófico en especial. Más bien trataremos aquí de analizar un conjunto de ideas, desplazamientos teóricos y relecturas de la tradición cultural (desde el ensayo y la literatura, pasando por la historiografía) forjados por un grupo de intelectuales en los años liminares de la llamada “transición democrática”, y en el período subsiguiente de su “consolidación”.¹ El grupo de intelectuales al que nos referimos puede ser mentado, al menos de forma genérica, como un grupo editor, y tiene como nombres destacados los de Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia.² La identificación como *grupo editor* refiere a que, más allá de las adscripciones

¹ En principio, se entiende por “transición democrática” el período que va desde un momento decreciente tanto de la legitimidad como de las condiciones represivas de la última dictadura militar (momento que algunos ubican tempranamente en marzo del ‘81, con el traspaso de poder en la cúpula militar de Jorge Rafael Videla a Roberto Viola, y otros tienden a ubicarlo un año después, con la derrota de la guerra de Malvinas) hasta las elecciones presidenciales de 1983. Período seguido por la llamada “consolidación democrática”, que comienza con la asunción presidencial de Raúl Alfonsín. Los debates clásicos sobre estos conceptos y periodizaciones se pueden rastrear en los textos más tempranos del período, como los de José Nun y Juan C. Portantiero (Comps.), *Ensayos sobre la transición democrática argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987; Oscar Oszlak (Comp.), *“Proceso”, crisis y transición democrática*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Alain Rouquié y Jorge Schvarzer, *¿Cómo renacen las democracias?*, Buenos Aires, 1985. Los debates más actuales del período sobre aparecen reseñados en el libro de Cecilia Lesgart, *Usos de la transición democrática. Ensayo, ciencia y política en la década del 80*, Rosario, Homo Sapiens, 2003.

² Si bien las producciones de esos tres intelectuales ocuparán el centro de la investigación, es preciso mencionar —y en su momento, también analizaremos algunas de sus intervenciones— los nombres de, María Teresa Gramuglio, Oscar Terán, José Sazbón, Juan Carlos Portantiero y José Nun, cuyos aportes serán altamente relevantes para el perfil que irá tomando la revista con el correr de los años.

políticas y posiciones teóricas que defendieron –la cuales, como pretendemos mostrar, variaron significativamente en el tiempo-, compartieron dos experiencias intelectuales decisivas: la producción y dirección de las revistas *Los libros* y *Punto de vista*. Ambas publicaciones son, a nuestro entender, espacios fundamentales del debate político e intelectual en la Argentina de las décadas del setenta y ochenta.³ Y si bien el recorte del material que abordaremos se circunscribe a *Punto de vista*, y especialmente a los primeros años de esa publicación, consideramos imprescindible comenzar nuestra investigación analizando la deuda –las rupturas y continuidades- que esos tres intelectuales mantienen con su experiencia previa en *Los libros*.⁴ Esta primera presentación requiere, entonces, un conjunto de aclaraciones y especificaciones que pasamos a detallar.

Para adelantar, de manera general, algunas de las ideas y desplazamientos sobre los que haremos foco, quisiéramos exponer un contraste significativo entre dos textos escritos por miembros del señalado grupo editor mencionado. El primero de ellos es uno de los dos editoriales que publicó *Los libros* en el N°40, escrito por Ricardo Piglia, en el cual dejaba expresados los motivos de su alejamiento de la revista. Allí, luego de mencionar que se habían agudizado las “diferencias de fondo”, *i.e.*, diferencias políticas (en particular, respecto de la caracterización que se hacía del gobierno de Isabel Perón), el escritor finalizaba con las siguientes palabras:

“No me parece posible –y lo hemos intentado en estos último meses- resolver nuestras contradicciones en el interior de la revista y es por eso que he decidido renunciar al comité de dirección. Mantener con estas diferencias (que son de fondo)

³ Es evidente que la influencia de *Punto de vista* avanza más allá de los años 80. Incluso, sería correcto afirmar que su influencia crece con el tiempo de manera progresiva en los distintos ámbitos del debate intelectual (tanto académicos como extra académicos). También podría afirmarse –aunque esto excede el objeto de nuestro análisis, y no podemos señalarlo más que como una idea a explorar- que es en esas dos décadas donde se producen los mayores ensayos e innovaciones teóricas, que luego ganarán consistencia y ampliarán el radio de acción, pero en el marco de un conjunto de ideas, valoraciones y, sobre todo, de una ubicación (o función) intelectual que ya no serán modificadas sustancialmente.

⁴ Sobre este punto, no somos particularmente novedosos. La mayoría de quienes investigan estas revistas reconocen un vínculo significativo entre ambas publicaciones y, con distintas evaluaciones y perspectivas, dan cuenta de dicho vínculo. Al respecto, ver: José Luis De Diego, *Quien de nosotros escribirá el Facundo. Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2007, pp.144 y ss.; Roxana Patiño, “Revistas literarias y culturales argentinas de los 80”, en *Ínsula* N°715-716, julio-agosto 2006; Miguel Dalmaroni, *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina 1960-2002*, Buenos Aires, Editorial Melusina, 2004, pp.31 y ss.

nuestros acuerdos de trabajo nos obligaría a despolitizar la revista y convertirla en un órgano ‘de cultura’ en el sentido más tradicional. Justamente porque estamos de acuerdo en que la política debe ser el centro de todo trabajo intelectual nos unimos en el proyecto de *Los libros*, porque seguimos coincidiendo con ese criterio hoy las diferencias políticas pesan más que nuestros acuerdos específicos.”⁵

Sobre aquel editorial de *Los libros* quisiéramos contraponer otro, escrito seis años después por los mismos intelectuales, ahora formando parte nuevamente de una misma revista. Es el primer editorial de *Punto de vista*, que se publicó en el N°12, de julio de 1981. En una declaración de principios que, al mismo tiempo, suponía una relectura del trabajo realizado desde 1978 (cuando apareció la revista), la cual no había podido hacerse explícita por las duras condiciones represivas impuestas por el gobierno de facto, los intelectuales afirmaban:

“Intentamos entonces reconstruir algunos eslabones del campo intelectual, y los doce números de la revista se propusieron defender, en la práctica, el espíritu crítico y nuestro derecho a la divergencia. Esto es, reivindicar la libertad de pensar, escribir, difundir ideas diferentes: el derecho al punto de vista.”⁶

Digamos, primero, lo obvio: es notorio que aquello que *hace imposible* que Piglia, Sarlo y Altamirano continúen formando parte del mismo grupo editor (esto es, las diferencias políticas) coincide plenamente con aquello que se defiende, seis años después, como premisa ética que *hace posible* una nueva revista (el derecho a defender distintas ideas). Esta diferencia fundamental de perspectivas está ligada –como se ha escrito largamente⁷– a dos formas radicalmente distintas de pensar la relación entre la serie cultural y la serie política, y en función de ello, dos formas de concebir la función intelectual (y en este caso particular, el sentido de una revista cultural). Si en un caso,

⁵ Ver, *Los libros*, N°40 (marzo-abril 1975), edición facsimilar, tomo IV, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011, p. 247. El otro editorial, que aparece en la misma página (247) que el de Piglia, es la respuesta de Sarlo y Altamirano, confirmando sus diferencias políticas y, por tanto, refrendando que, ante “las diferencias de fondo”, no queda más camino que la ruptura (en este caso, la ida de Piglia).

⁶ *Punto de vista*, N° 12, Buenos Aires, p.2.

⁷ Desde el temprano y fundacional texto de Oscar Terán, *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, hasta la bibliografía más reciente sobre el tema, como los detallados estudios de Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, S.XXI, 2003; y el ya citado José Luis de Diego.

como señala Piglia, “la política debe ser el centro de todo trabajo intelectual”, y aquí *política* debe traducirse por *revolución*, en el otro, la práctica intelectual aparece en su condición “autónoma”, es decir, mediada y tensionada con la práctica política. Ahora bien, lo que ha sido explorado con menos frecuencia son los modos específicos en que se produjeron los desplazamientos de aquella figura del *intelectual revolucionario* –tan caro a las décadas del 60 y 70- a esta nueva del *intelectual democrático* –que se va gestando en la transición de los años 80 y se volverá hegemónica en la década siguiente.

Lo que nos interesa discutir aquí es, precisamente, la simple contraposición entre esos dos modelos intelectuales, presentados muchas veces como figuras congeladas de dos mundos, de dos *épocas* sustancialmente distintas.⁸ La dificultad que evidencia esa contraposición abstracta es que no permite ver detalladamente qué elementos –que conceptos o ideas- se abandonan, cuáles se conservan y, en especial, cuáles se reciclan o se arrastran bajo otra constelación. Nuestra hipótesis, para el caso que estudiamos, es que esa transición o desplazamiento se opera a partir de un triple movimiento (cada uno de los cuales será analizado en los capítulos sucesivos): en primer lugar, ya desde los primeros números se verifica en *Punto de vista* la introducción de nuevas herramientas teóricas –en particular, de la crítica cultural inglesa, que tiene a Raymond Williams como nombre destacado-, las cuales ofrecerán un nuevo andamiaje conceptual para *reconfigurar su matriz interpretativa*.⁹ En segundo lugar, y a partir de esta reconfiguración del dispositivo teórico-crítico, se llevará adelante una relectura de la tradición literaria y ensayística nacional. Esta relectura, al tiempo que se remonta al

⁸ Una aclaración necesaria. La ausencia que señalamos no refiere a las *causas* que llevan de una concepción intelectual a otra, como así tampoco a los *debates sobre los distintos posicionamientos* (en los años setenta y, en particular, en el contexto de la post dictadura, cuando se hace notoriamente visible esa transición de figuras); ambas cuestiones también han sido abordadas extensamente (como documento de época, basta mirar la compilación de Saúl Sosnowski, *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Buenos Aires, EUDEBA, 1988; y como análisis y puesta en perspectiva, el cap.VI “La post-dictadura: el campo intelectual”, en *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?*, ed.cit.).

⁹ Dos aclaraciones fundamentales. Este movimiento es realizado principalmente por Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, y –como describiremos en el siguiente capítulo- puede seguirse no sólo a través de los artículos y entrevistas de *Punto de vista* sino también en los libros que publican a comienzos de los ‘80. En segundo lugar, esta introducción de nuevas lecturas no supone un abandono completo del corpus teórico anterior (como por ejemplo, la influencia de Roland Barthes), sino que con ella comienza un complejo y sutil reacomodamiento del dispositivo conceptual de lectura y crítica. Es por esto antes que *recambio* o *importación*, elegimos hablar de *reconfiguración* de una matriz interpretativa.

siglo XIX y la primera mitad del XX, opera una reconsideración de las narrativas contemporáneas (el caso más evidente, por su consistencia y duración en el tiempo, es el trabajo de canonización de la obra de Juan José Saer)¹⁰. Por último, se publican intervenciones de análisis políticos que tendrán un doble andarivel: por un lado, se deja ver una renovación teórica que combina una vuelta a ciertos horizontes clásicos de la filosofía política moderna (como el contractualismo¹¹) con el tratamiento de pensadores contemporáneos Foucault o Habermas, lo que ofrece nuevos prismas para indagar en las figuras del Estado, la sociedad civil o la democracia; por otro lado, irrumpen discusiones sobre la política argentina en términos fácticos, lo que implica repensar el pasado reciente (en especial, la propia participación de los intelectuales en ese pasado) y el tiempo presente (por los números sucesivos irán desfilando textos sobre la guerra de Malvinas, la apertura democrática, el juicio a las juntas, etc.).

Lo que nos interesa resaltar es que los tres movimientos señalados no se dan de manera independiente sino que están tramados en una relación compleja y multívoca. En principio habría que señalar que son simultáneos. Por cuestiones ligadas a las condiciones represivas impuestas por la última dictadura, era imposible en 1978 que la revista aborde abiertamente la discusión política. Sin embargo, y lo que hace más compleja esa relación, también habría que señalar que varios de los desplazamientos políticos de esos intelectuales se dan en los años previos a la fundación de la revista (Sarlo y Altamirano, por ejemplo, rompen su militancia orgánica con el PCR en el año

¹⁰ Por si hiciera falta aclararlo, no es este comentario una impugnación sobre la valoración de obra saeriana (cuya consagración, por otra parte, consideramos largamente justificada). Lo que queremos resaltar es que resulta notorio la profusión de textos de y sobre Saer –prácticamente todos sus libros serán comentados y reseñados en la revista simultáneamente con su salida- en detrimento de otros escritores que, con el tiempo, han alcanzado un reconocimiento similar, como pueden ser los de Manuel Puig o, en menor medida, Andrés Rivera (por mencionar dos escritores que también publican novelas significativas en el período en que se edita la revista).

¹¹ Sobre este punto, la “Introducción” del libro de Lesgart resulta sumamente iluminadora. Si bien en el resto de los capítulos analiza más en detalle algunas de estas operaciones conceptuales, en esas primeras páginas se puede leer ese “cambio de paradigma” narrado desde su experiencia formativa en la renovada Universidad: “Como estudiante de Ciencia Política observaba que cada uno de los programas de estudio y, sobre todo, los de Teoría Política, se teñían de contenidos que se interpretaban a la luz de la polarización Autoritarismo/ Democracia (...) Los clásicos del pensamiento político contractualista moderno como J. J. Rousseau, J. Locke o T. Hobbes estaban a la orden del día y, con ellos, se invitaba a los estudiantes a realizar ejercicios de contraposición, de acuerdo al tipo de pensamiento más o menos autoritario que legaban al presente.”, *op. cit.*, p.15.

'75). En este sentido, las rupturas y "ajustes" que aparecen en la revista no siempre coinciden con las que se operan a nivel biográfico. Por otro lado, habría que señalar que los conceptos o perspectivas no operan siempre de la misma manera. Para mencionar dos ejemplos paradigmáticos, que serán retomados a lo largo de la investigación: si el concepto de *modernización* –bajo una modulación específica- servirá para leer en una misma clave la serie política y la serie cultural, por el contrario, el gesto de resignificar y darle mayor relevancia a la mirada histórica, que será característico del modo en que los críticos de *Punto de vista* trabajen lo literario, no tendrá el mismo peso en el ámbito de la discusión política (los intelectuales más afines al alfonsinismo, como Portantiero, De Ípola o Nun privilegiarán notablemente en sus intervenciones la dimensión del futuro dejando en un marcado segundo plano la mirada sobre el pasado). Este *desacople* de las perspectivas, conduce a una paradoja significativa: el modelo de *lector* que propone *Punto de vista* no parece corresponderse –o al menos, no es fácilmente asimilable- con el modelo de *ciudadano*. Si este lector debe estar atento a la historia (en cierto modo, puede pensarse en un lector *historicista*), el ciudadano (*contractualista*) debe más bien tomar distancia de esa historia, toda vez que el nuevo "pacto democrático" del '83 parece mostrar –en la lectura alfonsinista- que lo queda tras de sí, en el fondo oscuro de la historia argentina, es el hobbesiano *homo homini lupus*.

Tal como lo hemos presentado, una primera inquietud que trataremos de responder en la tesis es aquella que interroga por los modos en que se operó el pasaje de un modelo intelectual ligado a la figura del *compromiso revolucionario* hacia un tipo intelectual inscripto en la lógica del orden democrático. Junto con esa inquietud, existe un segundo interrogante que intentaremos responder, al menos parcialmente, a lo largo de la exposición: ¿en dónde reside la eficacia de la construcción teórico-crítica de *Punto de vista*? ¿Por qué buena parte de los conceptos y criterios que forjaron sus principales plumas para pensar la serie cultural y, en particular, el modo en que se vincula con la serie política, mantuvieron la vigencia, al punto de volverse sentido común para cierta franja (mayoritaria) del ámbito intelectual? Estas preguntas, que en sentido estricto exceden el recorte propuesto sobre nuestro objeto, tendrán más bien un sentido heurístico y funcionarán como horizonte problemático que guía nuestro trabajo.

II – Objeto y periodización

Realizada ya una primera presentación de las ideas que organizan esta investigación, quisiéramos pasar a justificar algunas cuestiones que consideramos pertinentes. En primer lugar, la decisión de privilegiar cierto objeto de análisis, o, puesto como interrogante: ¿por qué elegir una revista para considerar el debate intelectual de aquellos años, en detrimento de algún nombre reconocido o un puñado de libros relevantes?¹² La respuesta a esta pregunta es doble. Por un lado, y en términos más generales, porque implica el reconocimiento de una larga tradición latinoamericana –y en especial, de la cultura argentina– que consiste en privilegiar el dispositivo revista como ámbito de formación, de producción y de discusión teórica y política. El siglo XX latinoamericano puede recorrerse siguiendo los proyectos editoriales de revistas con que los distintos intelectuales, con diversos intereses y signos ideológicos, pretendieron intervenir en la esfera pública de la que formaron parte. Como bien lo expresa Roxana Patiño en su muy buen artículo sobre las revistas literarias y culturales argentinas de los años ‘80: “Si el libro sigue siendo el fruto de la decantación de un proceso intelectual y creativo cuya morosidad aun los más cercanos al mercado no se atreven a desafiar en sus extremos, la revista –por el contrario– en su implícita conciencia de fugacidad, nos acerca más a la búsqueda de las impulsos de un cambio cultural, de su nervio por un futuro a todas luces inminente y por un presente que deja de serlo por imperio de una escritura que sentencia su agotamiento. No hay modo de indagar un imaginario cultural moderno sin recurrir a esas ‘antenas’ de lo nuevo.”¹³

Por otro lado, y atendiendo a la especificidad del proyecto *Punto de vista*, consideramos que esta revista logró construir –por los temas que aborda, por cierto

¹² Para matizar este enunciado, queremos aclarar que sí tomaremos en consideración algunos libros relevantes de los autores mencionados, pero siempre será en relación con las ideas o líneas de investigación que previamente hayan aparecido en *Punto de vista*. Sobre este punto, no deja de resultar llamativo el modo en que la revista sirve a sus directores como espacio de ensayo y experimentación de lo que luego serán algunos de sus trabajos más destacados. Sólo como ejemplos, en el N° 3 (1978) Piglia publica un texto llamado “La prolijidad de lo real”, que es un avance de su novela *Respiración artificial*, editada dos años más tarde. Del mismo modo, entre los años 1979 y 1982 Beatriz Sarlo publicará una serie de textos sobre las revistas *Sur*, *Martín Fierro*, *Borges* y las primeras vanguardias del s.XX que formarán parte destacada del ya clásico libro *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, editado en 1988.

¹³ Patiño, R., *op. cit.*

“estilo” sus textos y por la trayectoria de sus miembros y colaboradores- un *modo de enunciación mixto*, entre ensayo de intervención y rigor académico, que la singulariza respecto de todas las demás revistas del período. Es este carácter mixto, precisamente, el que servirá de poderoso amplificador tanto hacia la esfera pública (no pocos de sus textos y de sus plumas estarán presente en los debates políticos más álgidos de los años ochenta) como hacia el ámbito académico (nuevamente, tanto los textos como los principales nombres de la revista pasarán a formar parte destacada en la renovación que se produce en los ámbitos académicos más prestigiosos de la Argentina –como las universidades nacionales y CONICET- a partir del proceso de democratización que se inaugura con el gobierno alfonsinista). Revista de referencia para el ámbito académico-universitario sin ser una revista académica (en sentido clásico, *i.e.*, con sistema de referato); revista de ensayo y discusión política sin ser una revista política (en el sentido de adherir a una línea político-partidaria, como pueden ser consideradas, con matices, desde *Los libros* –en su segunda etapa- hasta *Unidos*). Como intentaremos mostrar –siguiendo la pregunta con que cerramos el apartado anterior-, es en ese espacio inespecífico, tan singular, donde podemos detectar uno de los motivos de la notable eficacia que irá ganando *Punto de vista* en el incipiente “campo intelectual” de la pos-dictadura.¹⁴

Del reconocimiento de esta singularidad que fue construyendo la revista como un modo y un lugar de enunciación, se sigue un motivo adicional que nos lleva a privilegiarla como objeto de análisis. Este motivo tiene que ver con el tipo de recorte que se establece para indagar en las discusiones del período. En el muy buen libro que ya hemos mencionado, Cecilia Lesgart propone una clasificación de lo que genéricamente llama “izquierda intelectual después de los golpes” (en referencia a las dictaduras que tuvieron lugar en buena parte de Sudamérica en la década del setenta).

¹⁴ Dos esta última oración, dos aclaraciones. La mención a una cierta *inespecificidad* no debe interpretarse en sentido negativo. En modo alguno debe confundirse con ambigüedades políticas o teóricas; antes bien, y como pretendemos argumentar, refiere a la construcción de un lugar y modo de enunciación novedoso que no puede ser compararse con ninguno de los ya existentes en ese contexto. Por otro lado, las comillas sobre “campo cultural” atienden a que es ese uno de los conceptos sobre los que pivotará la renovación teórica que propone *Punto de vista* –y que aquí analizaremos-, y lo hará con tanto éxito que pocos investigadores de las ciencias humanas consideran necesario aclarar hoy que ese término –como cualquier otro- posee una carga teórica determinada y, por tanto, arrastra ciertos presupuestos no siempre explicitados.

Para ello diferencia *tendencias* a partir del modo en que distintos grupos van “delineando los argumentos que, grosso modo, se perfilaron en el período a modo de ideologías ordenadoras del mundo.”¹⁵ En ese esquema, que reconoce cinco tendencias, *Punto de vista* no aparece con nitidez en ninguna. Es mencionada oblicuamente junto a los exiliados en México que publicaban *Controversia* (como José Aricó, Juan Carlos Portantiero u Oscar Terán), con algunos de los cuales formaron el *Club de Cultura Socialista*. Sin embargo, algunas de las características centrales con que se describe esa tendencia, atendiendo sobre todo a ese grupo de intelectuales exiliados –por ejemplo, su impronta gramsciana¹⁶– no es adecuada para identificar las líneas fundamentales que aparecen en la revista dirigida por Sarlo, Piglia y Altamirano. De este modo, en aquel mapeo genérico que propone Lesgart, las singulares relecturas que hace *Punto de vista* (en especial, aquellas que atienden a obras de la tradición ensayística, como las de Martínez Estrada), varias de las cuales funcionarían como reverso de la trama de sus intervenciones políticas, quedan obturadas. Metodológicamente, así, elegimos para nuestro trabajo el movimiento inverso: en vez de realizar una tipificación y ver dónde ubicar el caso particular (de *Punto de vista*, por ejemplo), decidimos recorrer las sinuosas páginas de la revista, con sus ideas y argumentos, con las herencias, rupturas y reapropiaciones de la tradición cultural argentina, para analizar luego las (diversas) líneas teóricas y políticas que tienen lugar en ese recorrido.

Es precisamente el movimiento analítico que describimos en el párrafo anterior el que nos lleva a justificar otra de las cuestiones centrales, la de la periodización de esta investigación. Nuestro recorrido abarca desde marzo de 1978, momento en que aparece el primer número de *Punto de vista*, hasta agosto de 1986, cuando sale a la calle el N°27. Asimismo, en ese trayecto de ocho años y veintisiete números publicados, creemos que pueden distinguirse dos momentos o etapas de la revista.¹⁷ Una primera etapa que va del N°1 (marzo de 1978) al N°11 (marzo de 1981), donde los textos se concentran en la relectura del canon literario argentino (del siglo XIX al presente), la incorporación de nuevas herramientas teórico-críticas, a partir de la publicación de

¹⁵ Lesgart, C., *op. cit.*, pp.153 y ss.

¹⁶ *Ibid.*, pp.154-157.

¹⁷ En el libro de José Luis de Diego hay una reconstrucción detallada de las diferentes miradas sobre las posibles periodizaciones del recorrido de *Punto de vista*, y en particular de su propia posición. Al respecto, ver: de Diego, *op. cit.*, pp.147-149. En las líneas siguientes pretendo argumentar mis diferencias con el criterio propuesto por de Diego.

entrevistas y artículos sobre autores como Raymond Williams, Richard Hoggart o Pierre Bourdieu, y un acercamiento lateral a la historia política, fundamentalmente a través de reseñas y comentarios de textos historiográficos. Con el N°12, donde se publica la primera editorial y Sarlo asume como directora de la revista, comienza una segunda etapa donde irán ganando lugar diversos textos sobre teoría política y también sobre cuestiones de coyuntura (como la guerra de Malvinas), que tendrán como centro de gravedad la nueva “cuestión democrática”.¹⁸ Esta marcación da cuenta, en primer lugar, de la propia percepción que tenían quienes realizaban la revista: si en los primeros once números habían optado por poner un director (Jorge Sevilla) que “prestaba su nombre” por cuestiones de seguridad –medida que se reforzaba con el uso de seudónimos por parte de Sarlo, Piglia y Altamirano-, la aparición de Sarlo como directora, junto con la publicación de la primera editorial, indican que estos intelectuales percibían un cierto “aflojamiento” de la situación represiva que vivía el país y, por tanto, la posibilidad de ampliar los márgenes de lo “publicable”.¹⁹ Al mismo tiempo, la aparición de textos que abordan directa y explícitamente la cuestión de la democracia o el socialismo, como así también la incorporación de Juan Carlos Portantiero como colaborador de la revista, muestran que el desplazamiento o, al menos, una mayor apertura a la discusión política, puede rastrearse ya desde mediados del ‘81 –bastante antes de julio del ‘83, que es la fecha propuesta por José Luis de Diego. Por último, la decisión de poner como límite de la investigación el año 1986 se apoya en dos motivos. Por un lado, coincide con el comienzo del declive del gobierno alfonsinista²⁰, gobierno al calor del cual se habían

¹⁸ Este lugar creciente que ocupan los textos más directamente políticos, sin embargo, no implica una ruptura o cese del movimiento de relectura de la tradición ensayística y literaria que realizan los editores de *Punto de Vista* (en particular, Sarlo, Altamirano y Gramuglio), que se extenderá –al menos en lo fundamental- hasta el N° 17. Esta cuestión será trabajada en detalle en el siguiente capítulo.

¹⁹ Esto coincide con la caracterización del comienzo de la transición democrática hacia comienzos del ‘81, con el cambio de mando en el gobierno dictatorial de Jorge R. Videla a Roberto Viola. Ver nota 1.

²⁰ A la confrontación abierta con el movimiento sindical, se suman las incipientes dudas sobre el Plan Austral lanzado un año antes (sobre todo, por el rebrote inflacionario que se muestra ya a comienzos de ‘86) y el creciente malestar en las FFAA como consecuencia del Juicio a las Juntas militares, cuya sentencia se había conocido a finales del ‘85 (malestar que buscará ser aplacado, en diciembre de 1986, con la sanción de la Ley 23.492, conocida como Ley de Punto Final, lo que a su vez traerá no poco disenso al interior mismo del campo progresista que apoyaba al alfonsinismo). Ese declive ser volverá ruptura, al menos para buena parte de quienes supieron simpatizar con el gobierno, en la ya célebre “semana santa” de 1987.

realizado no pocos de los debates que atravesaron la agenda política de la revista. Si bien es cierto que las discusiones teórico-políticas comienzan a gestarse con anterioridad al gobierno de Raúl Alfonsín, no menos cierto resulta que la figura de ese líder político, como así también sus principales medidas, modularán el tono de aquellas discusiones²¹. Por otro lado, la misma discusión acerca de cuánto debían comprometerse los intelectuales que participaban de la revista con el destino político del alfonsinismo condujo, finalmente, a la creación de un nuevo espacio editorial, de perfil más decididamente político, que fue la revista *La ciudad futura*, cuyo primer número coincide con la salida del N°27 de *Punto de vista* (en agosto de 1986) y que tomamos como límite de nuestro trabajo.²² Al pasar a dirigir *La ciudad futura*, tanto Aricó como Portantiero merman sustancialmente sus colaboraciones en *Punto de vista*, y con esa merma se produce también una baja en la intensidad de la discusión política de la revista, tanto en los aspectos ligados a la teoría política como aquellos referidos a la coyuntura nacional.²³

Despejada la cuestión de la periodización de nuestro trabajo, quisiéramos ensayar una justificación de tipo disciplinar. Ya en el año 2007 José Luis de Diego señalaba que de todas las revistas culturales de las últimas cuatro décadas, *Punto de vista* era probablemente la que convocaba mayor interés y sobre la cual se había producido mayor cantidad de material bibliográfico. Este dato, que puede ser verificado sin mucha dificultad, omite una aclaración, y es que la enorme mayoría de ese material son estudios orientados al ámbito de la crítica literaria. De hecho, el libro de de Diego es uno de los pocos que dedica parte de su investigación a indagar ciertos desplazamientos

²¹ Sobre esta cuestión nos explayaremos en el capítulo III.

²² Como lo dejan manifiesto desde su primer número; Cfr: *La ciudad Futura*, N°1, Buenos Aires, agosto de 1986, p.3. Para una descripción más detallada de la relación de este espacio intelectual con el alfonsinismo, ver: Elizalde, J. “Intelectuales y política en la transición democrática. El Grupo Esmeralda” (en línea) en: http://flacsoandes.org/dspace/bitstream/10469/2152/1/Tesis_Josefina_Elizalde.pdf, Tesis de Maestría, 2009, pp.91 y ss.

²³ Para ajustar el alcance de nuestra hipótesis, habría que mencionar que, a pesar de lo dicho, hay dos líneas de discusión política que se mantendrán –al menos– por tres números más, hasta el N°30 (julio de 1987): por un lado, la evaluación –en clave autocrítica– sobre la participación de los intelectuales en la lucha armada (en el N°28, por ejemplo, Terán publica “Tocar lo intocable”, donde se pueden leer ideas que estarán presentes en su clásico libro *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, publicado en 1991); por otro lado, la toma de posición sobre el alzamiento “carapintada” de abril de 1987, que se materializa en el N° 30 de julio de ese mismo año.

en algunas ideas filosóficas –ligadas a la teoría política- que se registran en la revista.²⁴ En este sentido, no deja de llamar la atención la escasa bibliografía existente sobre *Punto de vista* desde un abordaje filosófico, más aún, si tomamos en cuenta que no pocos de los intelectuales que pasarán a formar parte activa del proceso de renovación de los ámbitos académicos de la filosofía serán colaboradores activos de la revista, como Oscar Terán, Jorge Dotti, Osvaldo Guariglia o José Sazbón, por mencionar algunos de los casos más destacados.

Por último, una consideración respecto de la bibliografía secundaria y el estado del arte. En función de lo señalado en el párrafo anterior, entendemos que nuestro trabajo intenta avanzar en un espacio poco explorado de la historia del *pensamiento argentino*, al menos desde una perspectiva filosófica que busque atravesar los “campos” –entendidos muchas veces como compartimentos estanco- de la crítica literaria, la historia, la politología o la sociología. En este sentido, trabajaremos con textos que se encuadran en diversas disciplinas, intentando dar cuenta en cada caso de la especificidad de cada abordaje o perspectiva, pero siguiendo el hilo de los interrogantes propuestos por nuestra investigación. A pesar de haber mencionado en esta Introducción a algunos de los comentadores que consideramos más relevantes, el análisis detallado de cada uno de ellos será desarrollado a lo largo de cada capítulo.

²⁴ De Diego, J. L., *op.cit.*, cap. VI (“La post-dictadura: el campo intelectual”), pp. 201-244. Como el título lo indica, sin embargo, no es un análisis detallado de *Punto de vista*, sino que la revista es considerada junto con un conjunto más amplio de publicaciones que circulan durante el período de post-dictadura. Habría que agregar, también, que el mencionado libro de Lesgart, y otro de Roxana Patiño (*Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)*, San Pablo, Depto. de Letras Modernas - FFLCH/USP, Cuadernos de Recienvenido 4, 1997) también trabajan sobre las ideas y discusiones en torno al exilio, la dictadura, los desafíos de la nueva democracia, y los modos conflictivos en que ésta parece vincularse con las distintas tradiciones socialistas y marxistas. En todo caso, el trabajo de Lesgart es el que desarrolla más acabadamente los pormenores de esas discusiones, aunque –como veremos más adelante, en el cap. III- lo hace desde una perspectiva más politológica que filosófica (o afín a la filosofía política).

Capítulo I.

La fragua de la nueva crítica: deudas, desvíos y mixturas.

I.1. – *Los libros*, pasado presente de *Punto de vista*

Como suele coincidir buena parte de la crítica especializada, hablar de la génesis de la revista *Punto de vista* implica referirse al proyecto que anteriormente compartieron sus miembros fundadores: la revista *Los libros*²⁵. Esta publicación, fundada originalmente por Héctor Schmucler hacia mediados de 1969 y editada por Galerna, contó con la participación activa de Ricardo Piglia desde su mismo comienzo (aunque recién aparezca en el Consejo de dirección en el año 1971).²⁶ Como cuenta el propio Schmucler, la revista tomó como modelo la publicación francesa *La Quinzaine Littéraire*, y tenía como principal objetivo reseñar las últimas publicaciones de libros de los distintos ámbitos de las humanidades (desde la literatura a la antropología, pasando por las nuevas y prestigiosas disciplinas como la lingüística, el psicoanálisis o la sociología), apelando a colaboradores especializados para esa tarea:

“Yo estaba trabajando en Francia, hacía un estudio con Roland Barthes, entonces estaba muy vinculado con el ambiente. Eso era en pleno auge del estructuralismo [...] Claro, el mayo francés, Roland Barthes, Lacan, ya Lévi-Strauss había sentado todas sus bases y ya estaba Tel Quel. Tel Quel da un giro más político al estructuralismo. El grupo Tel Quel siempre fue más político, primero vinculado al

²⁵ Entre las principales referencias, se pueden ver: de Diego, J. L., *op. cit.*, p. pp. 144 y ss.; Dalmaroni, M. *op. cit.*, cap.III pp. 90-116.; Patiño, R., “Revistas literarias y culturales de los 80”, ed. cit. En este punto nos resulta fundamental una aclaración: la presentación y caracterización que realizamos a continuación en modo alguno pretende ser exhaustiva; antes bien, nos interesan resaltar algunos aspectos que consideramos relevantes para la mejor comprensión del proyecto de *Punto de vista*.

²⁶ Una periodización y caracterización general de la revista aparece en J. L. de Diego, *op. cit.*, pp.87 y ss.

Partido comunista francés, después, no mucho después del mayo francés, ellos se vuelven al maoísmo [...] Y se me ocurrió junto a un editor, que es Guillermo Schavelzon, de Galerna, hacer una revista al estilo de *La Quinzaine*. Pero yo diría con una marca más vanguardista [...] El número uno tiene una especie de manifiesto. Y hasta la diagramación es espantosamente estructuralista.”²⁷

Pero como agrega poco después Schmucler, este movimiento traído al espacio argentino, en un contexto político marcado por el “Cordobazo”, le dará un tono político muy singular.

En general, coinciden los comentaristas, que la primera etapa de la revista (1969-1971) está marcada por el impulso *modernizador* de la crítica, al menos en dos aspectos importantes²⁸: por un lado, la introducción de nuevas matrices teóricas, fundamentalmente aquellas que abrevan en el estructuralismo francés; por otro, y a partir de lo anterior, una nueva concepción de la crítica y de su función específica: “hacer crítica es hacer política”.²⁹ Desde la perspectiva *textualista* que introduce *Los libros*, la política no es algo que debía vincularse con las producciones culturales –como si fueran dos entidades completamente autónomas– sino que toda escritura es ya política. Es el propio discurso crítico el que se carga así de politicidad, y es al interior de los textos donde se producen las significaciones ideológicas. “Así, el remanido cruce entre vanguardia política y vanguardia estética no adopta en *Los libros* la forma de *debate ideológico* –como aparecía en *Nuevo Aires*–, sino la de un problema que debe resolverse en el interior del discurso crítico: de qué texto se habla, y qué se dice de él.”³⁰

Como bien señala José Luis de Diego, *Los libros* no fue esquivo a lo que parece ser un requisito insoslayable de las revistas culturales argentinas (al menos de la segunda mitad del siglo XX): establecer una lectura y toma de posición frente Arlt y

²⁷ “Para una historia de Los Libros”, en *Los libros* (edición facsimilar), Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011, p.10.

²⁸ Aceptamos y hacemos nuestra la idea de distinguir tres momentos en el desarrollo de la revista: el primero (Nº1 a Nº15-16) de modernización, el segundo (del Nº17 al Nº26) de politización, y un tercero (del Nº27 al Nº44) de partidización; al respecto, ver: Fontdevilla, E. y Pulleiro, A., “*Los libros*. De la modernización a la partidización”, en *Zigurat*, año 5, Nº 5, diciembre 2004-enero 2005, pp.168-173.

²⁹ Panesi, J., “La crítica argentina y el discurso de la dependencia”, en *Filología*, año XX, I, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1985, pp.171-195.

³⁰ De Diego, J. L., *op. cit.*, p.92.

Borges.³¹ Sin embargo, y en función de las características que resaltamos, la revista no tendrá como tarea destacada una relectura del canon literario, ni tampoco un trabajo de revisión de la historia cultural argentina; antes bien, su marca saliente será la pretensión de reseñar críticamente la mayor cantidad de publicaciones, de la mayor actualidad posible.³² El siglo XIX, por mencionar una presencia destacada en la revisión que realizarán estos mismos intelectuales unos años más tarde en *Punto de Vista*, pasa prácticamente desapercibido, y toda mención a algunas de sus producciones es meramente ocasional, vinculada con algún otro texto de referencia.

Este afán por la actualidad y la preocupación por intervenir en el presente, sin embargo, es coherente con las pretensiones mencionadas en la cita de Schmucler, con el dispositivo teórico-crítico que diseña la revista, y también con el horizonte político en que se inscribían sus miembros y buena parte de sus colaboradores. Nos referimos concretamente al horizonte político que abría la idea de *revolución*, en sus distintas declinaciones.³³ Si se revisan las entrevistas que abren la edición facsimilar que realizó la Biblioteca Nacional, donde destacan los testimonios de Héctor Schmucler, Ricardo Piglia y Carlos Altamirano (entre otros), todos coinciden en la incidencia que tenía la inscripción política en sus prácticas intelectuales.³⁴ Esta incidencia irá ganado lugar, al

³¹ *Ibid.*, p.93.

³² Es esta una caracterización general y, como tal, no exenta de excepciones. Al tratamiento de Borges y de Arlt que mencionamos antes, habría que agregar dos trabajos significativos que serán comentados más adelante: uno de Sarlo y Altamirano, publicado en el N°33 (“Acerca de cultura y política en Argentina”), y otro escrito en solitario por Beatriz Sarlo sobre Hernández Arregui (“Hernández Arregui: historia, cultura y política” – N° 38), donde la escritora revista los textos fundamentales del ensayista, lo que implica una lectura que se mueve en un horizonte histórico más vasto que el presente. En ambos casos, sin embargo, habría que señalar también que los textos pretenden –antes que marcar linajes, demorarse en el análisis de momentos o figuras del pasado o armar una serie histórica- un abordaje *político* tendiente a discutir en el presente los límites y contradicciones de la izquierda peronista, ya sea en su concepción de la cultura popular (Altamirano-Sarlo), ya sea en la construcción histórico cultural formulada Hernández Arregui, uno de los pilares principales de aquel peronismo de izquierda (Sarlo).

³³ Presentamos esta idea de manera genérica, señalando que será abordada con mayor detenimiento y precisión en el cap. III.

³⁴ Ver *Los libros*, ed. cit., pp. 9-19. Allí se puede ver que es precisamente la afinidad de Schmucler con el peronismo de izquierda (más concretamente, con Montoneros), y la de Piglia, Sarlo y Altamirano con las tendencias maoístas, lo que conduce a una evaluación diferente del GAN, propuesto por Lanusse a mediados del '71. En este sentido, no deja de ser sintomático que en esa entrevista, cuando Piglia

punto de volverse preponderante: es una diferencia política –entre otras cosas- lo que desata la partida de Schmucler y la conformación de un nuevo Consejo de dirección (con Sarlo, Altamirano y Piglia a la cabeza), y será también una diferencia política lo que lleve a la ruptura de Piglia con los otros dos miembros de la dirección, poco tiempo después, en el N° 40 (incidente al que referimos en el capítulo introductorio).

Esta relación solidaria entre la politización de los miembros destacados de los *Los libros* y la “urgencia” en el tratamiento de los temas y publicaciones que aparecen en la revista irá ganando lugar, en un movimiento de creciente *partidización*.³⁵ En este punto, nos parece relevante destacar un dato del contexto histórico. No resulta menor que la coincidencia en la revista de intelectuales de distintos espectros de las organizaciones de izquierda se produce en el período que va desde el “Cordobazo”, que es el comienzo del fin del gobierno de facto de Onganía, hasta el final de este proceso, en cuya transición se pone en juego la posibilidad efectiva de la vuelta a la Argentina de Juan D. Perón; en el horizonte de esa posibilidad, las discusiones entre las distintas visiones de las organizaciones políticas (como la mencionada sobre el GAN en el ‘71) tendrán otra densidad y marcarán de modo todavía más enérgico las prácticas intelectuales. El movimiento de politización de la revista, entonces, que comienza en el ‘71 y se radicaliza hacia finales del ‘72, y que se verifica incluso en el cambio de subtítulo de la revista (de “Un mes de publicaciones en América Latina” a “Para una crítica política de la cultura”³⁶) tiene una doble consecuencia: la mayor presencia de artículos de discusión

mencione el quiebre y recomposición de la revista motivado por el alejamiento de Schmucler –por aquella divergencia de criterios (políticos)-, se refiera a ese suceso como un “golpe de estado”.

³⁵ Esta noción de *partidización*, como señalamos antes (en la 28), se la debemos a Fontdevilla- Pulleiro. Esta *urgencia*, entendida como marcada preponderancia del presente es, a su vez, efecto de la percepción – tan cara a los años que hacen de bisagra entre los ‘60 y ‘70- de la inminencia del acontecimiento decisivo, *i.e.* la revolución, que operaba como *telos* de las diversas prácticas políticas e intelectuales. Luego del ensayo señero de Oscar Terán, *Nuestros años sesenta*, esta experiencia o percepción epocal de buena parte de los intelectuales políticamente comprometidos ha sido señalado por la amplia mayoría de los estudios sobre el período.

³⁶ En sentido estricto, fueron tres los subtítulos que ofreció la revista: del N°1 al N°7 “Un mes de publicaciones en Argentina y el mundo”; del N°8 al N°28 (donde se produce la desvinculación total de Héctor Schmucler de la revista) “Un mes de publicaciones en América Latina”; y del N°28 hasta el final (N°44) “Para una crítica política de la cultura”. En ese mismo N°28 aparece un Editorial que da cuenta del cambio de subtítulo, y con él, de sus implicancias (ver: *Los libros*, ed. cit., tomo III, p. 203).

política (en sentido amplio³⁷) y la merma del espacio dedicado a la crítica de libros de literatura, historia y ciencias sociales en general, que –como ya señalamos- era una de las características novedosas de *Los libros*.

A pesar de este desplazamiento notorio que supone la creciente *partidización*, hay un elemento que mantiene su vigencia en la revista y, por eso, nos interesa destacar. Nos referimos a la crítica al “populismo”. Antes de avanzar en la crítica específica que se realiza desde *Los libros*, nos permitimos una mención sobre ese concepto, siguiendo el trabajo de Miguel Dalmaroni sobre el tema:

“Pero la aplicación del término a objetos y fenómenos diversos o –como en el caso González Tuñón- para descalificar o canonizar la misma práctica, no se implica solo ni necesariamente de la plasticidad del *concepto*. Hay que insistir en que los episodios reseñados aconsejan pensar, en cambio, que aquello que hizo de ‘populismo’ un arma discursiva intensamente funcional fue no sólo la de por sí plástica amplitud del concepto (...) sino además la eficacia descalificadora que ‘populismo’ fue adquiriendo en el curso de las polémicas en que intervino, particularmente a causa de las conflictivas relaciones políticas y teóricas entre la izquierda y la intervención de las masas a la vez en una política ‘burguesa’ que identificaba a su sujeto como ‘el pueblo’ (es decir, el peronismo para el caso argentino).”³⁸

Es fundamental este señalamiento que hace Dalmaroni respecto de los usos del concepto de *populismo*: que su equivocidad es deudora de los diversos modos en que operó –en su función descalificadora- en los distintos contextos polémico-políticos. Particularmente, en la cultura de izquierda la legitimación de esa atribución negativa iba de la mano de una crítica más general a las concepciones nacionalistas (en especial, al sintagma “nacional-popular”, acuñado pocos años antes). Así, su sentido concreto se lograba a partir de una “transferencia del debate político al estético”.

En el caso de *Los libros*, esto resulta bastante evidente. Si en los primeros números hay un espacio para autores cercanos al peronismo de izquierda (como Aníbal

³⁷ La discusión política no refiere particularmente a artículos sobre la coyuntura (que los hay), sino –y sobre todo- a diversos dossier dedicados –entre los números 15-16 y 24- a países latinoamericanos (el repaso es bastante exhaustivo), y posteriormente, a cuestiones temáticas, como *Universidad y lucha de clases* (Nº23), *Psicoanálisis y política en Argentina* (Nº25) o *Cuestiones de planeamiento y vivienda* (Nº36), por mencionar algunos.

³⁸ Dalmaroni, M. *op. cit.*, p.29.

Ford o Ernesto Laclau³⁹), la creciente discusión sobre la “cuestión nacional” (*i.e.*, el lugar del peronismo) va conduciendo a aquellos intelectuales a un lugar marginal en la revista. En el N°8, por ejemplo, los textos de Oscar Terán (“El robinsonismo de lo nacional”), y Juan Carlos Portantiero (“El peronismo: civilización y barbarie”), cuyos títulos son toda una declaración de principios, apuntan al corazón del problema⁴⁰. En el caso de Terán, ensaya una defensa contra la crítica que realiza Amalia Podetti –en el libro que él reseña- a la presunta incompreensión de Marx de los problemas del colonialismo; apelando a Frantz Fanon, Terán termina por mostrar la necesidad de privilegiar la *cuestión social* por sobre la *cuestión nacional*. Portantiero, por su parte, discute en su reseña con varios autores, entre los que privilegia a Puiggrós y Cárdenas (por sus respectivos libros sobre las causas y origen del peronismo). Este último resume, para Portantiero, buena parte de las explicaciones que los intelectuales peronistas han dado sobre el origen de ese movimiento; en su rechazo a la perspectiva marxista para abordar la cuestión terminan en razonamientos circulares: “La conclusión es, entonces, que al peronismo sólo lo explica... el peronismo” (p.176). Esta circularidad imposibilita la distinción –necesaria, según el sociólogo- entre una *izquierda* y una *derecha* peronistas, y culmina por englobar al movimiento en una totalidad fetichizada. “Por todo eso, y mientras tanto, quizás continúe siendo preferible explicar al peronismo mediante el uso de antiguallas tales como desarrollo de las fuerzas productivas, tipo de relaciones de producción, estructura de clases, alianzas y conflictos entre ellas y otras ‘desmesuras’ occidentales”(p.176). Será esta clave de lectura política del *populismo* –la necesaria comprensión del fenómeno peronista bajo las lentes teóricas del marxismo- la que explique luego el sentido que se transfiere al debate estético.

Poco tiempo después del citado número, la cuestión del populismo aparece con marcada presencia a partir de distintos materiales. En el texto que abre el N°20 –y que figura sin firma- se menciona: “el modelo populista (...) cuando García Márquez avala

³⁹ En el N°1, Ernesto Laclau podía permitirse cerrar la reseña del libro de Marysa Navarro, *Los nacionalistas*, con las siguientes palabras: “En resumen, la melancólica historia del nacionalismo oligárquico sugiere una conclusión: si el nacionalismo de un país central es expresión del terrorismo del gran capital monopolista, el *nacionalismo* de un país dependiente es *progresista y revolucionario*, pero sólo en la medida en que sea auténticamente *popular* y confunda su destino con el de las masas”, ed. cit., tomo I, p.38 (el uso de bastardillas es nuestro).

⁴⁰ Terán, O., “El robinsonismo de lo nacional”, en *Los libros*, ed. cit., tomo I, pp.157 y 177; Portantiero, J. C., “El peronismo: civilización y barbarie”, en *Los libros*, ed. cit., tomo I, pp.164-165 y 176.

sus razones con las respuestas de los taxistas, poseedores del sentido común, o cuando Rodolfo Walsh desplaza la discusión y esquivo la especificidad del tema recurriendo a consignas políticas de seguro impacto emocional, señalan su desconfianza en la problemática misma”.⁴¹ El populismo como apelación emocional que desconfía de la discusión ideológica, pero también, como estrategia *demagógica* que “busca reconciliar las letras burguesas con una cuantiosa clientela de *pequeñas gentes*”.⁴²

Por último, para cerrar este repaso por el tratamiento de la cuestión populista en *Los libros*, quisiera referirme a un importante y extenso artículo publicado por Sarlo y Altamirano a comienzos de 1974, en el N°33: “Acercas de política y cultura en la Argentina.”⁴³ El texto comienza con una contextualización: “El debate sobre la cuestión cultural (...) suscitado a partir de las expectativas abiertas el 11 de marzo [de 1973] y ligado a propuestas concretas en lo político, abre un campo de polémica en el cual fueron ocupando un lugar preponderante las posiciones elaboradas desde el peronismo, en sus diversas variantes” (p.378). La discusión se enmarca, entonces, en el arco que va desde las “expectativas” abiertas por el gobierno camporista un año antes, hasta el presente, con Perón en el poder, en plena tensión con los sectores de la izquierda del movimiento. El análisis avanza en una elaborada articulación que indica, primero, que pensar la cultura es pensar un tipo de organización compleja, cuya especificidad “en las sociedades capitalistas adopta la forma de una *autonomía relativa*”, y que no puede reducirse a mero “reflejo”. Esto conduce a postular que, si bien el control de las clases dominantes sobre los principales medios de producción cultural suponen una orientación específica, “esto no niega que operen allí *contradicciones* cuya naturaleza, aunque pueda no ser decisiva estratégicamente, puedan ser no obstante apreciadas y explotadas tácticamente desde el punto de vista de las fuerzas revolucionarias” (p.379). Es por eso que para comprender la naturaleza de la cuestión cultural en nuestro país es preciso, en primer lugar, definir el carácter específico de su *dependencia*. Sobre este concepto hacen girar Sarlo y Altamirano la discusión con los intelectuales peronistas (para el caso, toman como referencia dos artículos de Eduardo Romano). La crítica fundamental a esa mirada es que no puede captar la especificidad caso argentino, cuyas

⁴¹ “Puntos de partida para una discusión” (sin firma), en *Los libros*, ed. cit., tomo II, p. 288.

⁴² Esto corresponde a un texto de José Carlos Mariátegui del año 30, “Populismo literario y estabilización capitalista”, publicado en el N° 22 (*Los libros*, ed. cit., tomo II, pp. 376-377), en un dossier sobre Perú.

⁴³ Ver: *Los libros*, ed. cit., tomo III, pp. 378-384. El tema de ese número fue el sugestivo: *Liberación o dependencia*.

clases dominantes forjaron mecanismos de consenso y canales de transmisión ideológico-culturales altamente complejos y determinantes (por ejemplo, el dispositivo político-institucional de la ley 1420): “Esto presupone una vía de integración cultural relativamente ‘original’ respecto no sólo de otras zonas del mundo oprimidas por el imperialismo sino también de gran parte de los países de América Latina” (p.381). A partir de allí, se avanza hacia la evaluación de la “cultura popular del peronismo”. Si por un lado se reconoce como real “el crecimiento y consolidación de una industria cultural nacional”, y de la mano de ello, una política de distribución de los bienes culturales, eso no implica, sin embargo, que el carácter popular que transmitía esa cultura estuviera exento de la ideología de clase que estaba a la base del proyecto peronista (proyecto que se mantuvo siempre –según argumentan estos intelectuales- “en una línea de conciliación, en lo fundamental, frente a los intereses políticos y económicos de la oligarquía”). Si no fuera así, concluyen, “¿cómo explicar entonces la conservación en el interior de los aparatos ideológico-culturales de un pensamiento, una estética y una retórica caracterizados por el espiritualismo, el hispanismo reaccionario, las versiones racistas o indigenistas del nacionalismo y hasta los mismos mitos y héroes de la élite oligárquico-liberal?” (p.383).

Del análisis propuesto por Sarlo y Altamirano, destacamos dos cuestiones que nos parecen altamente relevantes. En primer lugar, la idea de una “autonomía relativa” de la cultura desliza una cierta ambigüedad o, al menos, abre un margen borroso de lectura. Si bien esa idea formaba parte del núcleo teórico del estructuralismo althusseriano, al cual adscribían los autores, pocas líneas antes –en ese mismo texto- aparece vinculada al concepto de *campo*, tan caro al pensamiento de Bourdieu, que también propone una idea de autonomía.⁴⁴ Más allá de la indudable influencia del marxismo althusseriano que organiza esa matriz analítica, la ausencia de notas críticas o alguna marcación textual (como comillas o itálicas) dificultan saber si es posible ver allí también efectos de una temprana lectura de Bourdieu, autor ya conocido por estos intelectuales en aquellos años. En segundo lugar, lo que sí puede ser notado con cierta claridad es el reconocimiento de la singularidad de la *organización* de la cultura argentina (que, como vimos, para Sarlo y Altamirano es deudora del modo también particular en que se

⁴⁴ Sobre las relaciones complejas entre el pensamiento althusseriano y la obra de Bourdieu, y en particular, sobre la noción de *autonomía relativa*, ver: Baranger, D., *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*, Buenos Aires, Prometeo, 2004, pp.27-28.

desarrolló el vínculo entre las élites dominantes locales y el imperialismo extranjero). Si bien bajo las huellas del clasismo althusseriano, *i.e.* bajo una clave economicista, ya aquí puede notarse cómo estos autores detectan una especificidad en el carácter *periférico* de la cultura argentina, al punto de señalar el lugar excepcional de una figura como Sarmiento, en tanto escritor de un texto aún más excepcional: *Facundo*.⁴⁵

Para cerrar el este primer apartado, por último, quisiéramos insistir con dos de los puntos ya señalados. Por un lado, remarcar la continuidad a los largo del tiempo –y las distintas etapas de *Los libros*- de la crítica al *populismo*, ya como posición política, ya como concepción estética; después de todo, y como vimos con Dalmaroni, el rechazo a esta última no es más que la trasposición cultural de aquella evaluación política. Por otro lado, y en función del análisis que propusimos del artículo de Altamirano y Sarlo, destacamos la importancia de poder leer en la singularidad de los textos las pequeñas innovaciones conceptuales, la irrupción embrionaria de algunos temas, o las tensiones y superposiciones teóricas que se producen en los momentos donde los intelectuales comienzan a reformular las matrices exegéticas que tienen disponibles. A esto referíamos en la Introducción cuando indicábamos nuestra desconfianza metodológica hacia las tipificaciones o generalizaciones que operan con ideas o criterios generales que luego aplican abstractamente sobre su objeto. No seremos nosotros los que salgamos en defensa de un empirismo ingenuo; en todo caso, extendemos a las investigaciones sociológicas sobre el “campo intelectual” las prevenciones que Adorno hacía contra la sociología del arte, señalando la importancia de desarrollar una crítica que –al menos pretenda- captar al objeto en su inmanencia.⁴⁶

⁴⁵ Ver: *Los libros*, ed. cit., tomo III, p. 380. Allí se puede leer: “Tramado en forma compleja por el entrecruzamiento exitoso de dos escrituras, la literaria ensayística y la política programática o propagandística, *Facundo* se instala en un nivel absolutamente novedoso en toda la literatura contemporánea de América Latina. Sarmiento, en la tarea de definir un país y una sociedad concretas (...) pone a su servicio el conjunto de retóricas propias de la literatura.” Si bien excede a este trabajo sacar las consecuencias de tal mixtura teórica, no podemos dejar de señalar la deuda que tiene el párrafo citado con la propuesta del *textualismo* barthesiano (en particular la apelación al concepto de *escritura* para señalar las distintas marcas del texto sarmientino), sobre todo si tenemos en cuenta la preponderante influencia del estructuralismo althusseriano antes señalada.

⁴⁶ Cfr. Adorno, Th., “Tesis sobre la sociología del arte”, en *Crítica de la cultura y sociedad*, Madrid, Akal, 2008, pp.321-328.

II – Las armas de la crítica: *Punto de vista*, entre Williams y Bourdieu

La revista *Punto de vista* sale a la calle en marzo de 1978. Comienza como una revista bimestral (que luego se volverá cuatrimestral), dirigida efectivamente por Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia, aunque formalmente figure como director Jorge Sevilla.⁴⁷ Como señalamos en la Introducción, la decisión de ocultar los nombres que verdaderamente dirigían la revista tenía que ver con el régimen de censura y las condiciones represivas impuestas por la dictadura militar, y con el hecho de que los tres intelectuales habían formado parte de *Los Libros* (revista que termina abruptamente con la censura y secuestro del último número), además de militar orgánicamente en distintos sectores de las organizaciones revolucionarias. Además del clásico artículo publicado en la compilación que realiza Sosnowski del encuentro en la Universidad de Maryland de 1984, existe otro texto donde Beatriz Sarlo realiza una reconstrucción biográfica de los años 70 relacionada con la génesis de la revista:

“Quienes trabajábamos en la revista [*Los libros*] nos vemos obligados a pasar a la clandestinidad, cosa bastante común después del ‘76 en la Argentina. Surgen entonces las reuniones literarias en las que nos juntábamos unos pocos a hablar de literatura. Las reuniones se extenderían hasta 1978, en una salita del Centro Editor de América Latina, lugar de resistencia por excelencia a la dictadura militar. Esa sería nuestra ‘gimnasia de preso’, la metáfora por medio de la cual años más tarde aludiríamos a esa época. [...] El salón se llamó como se tenía que llamar –era inevitable–; le pusimos ‘El salón literario’. Fruto de ese ateneo fue la primera edición de *Punto de vista* que sale en marzo de 1978. [...] La idea que estuvo muy presente cuando organizamos esas especies de charlas sobre la historia y la literatura argentinas era: muchos de nosotros veníamos de la política, y dedicarse a la política era imposible; veamos qué podemos hacer para ver algunas claves políticas en el pasado argentino. [...] Si ustedes miran esos primeros cuatro números, ese primer año de *Punto de vista*, uno diría que son números casi

⁴⁷ Una descripción detallada de los sucesivos cambios en la dirección de la revista puede verse en de Diego, J. L., *op. cit.*, pp.144-145.

ingenuos. [...] Todo tenía que ser leído con tres o cuatro niveles de interpretación. Uno diría que casi tenía que ser leído por un lector idéntico al escritor del texto.”⁴⁸

Hay varios elementos que nos parecen relevantes de esta reconstrucción cuasi testimonial de Sarlo. En primer lugar, refrenda lo mencionado en torno a las duras condiciones políticas y sociales en que se gestó el proyecto. En este sentido, no pocos comentaristas han resaltado la creación de *Punto de vista* como un polo de *resistencia* a la dictadura.⁴⁹ Sin negar que la revista pueda ser pensada desde esa función, creemos que el término *resistencia*, si no es acompañado por un adjetivo que lo modalice, tiene en general una connotación política fuerte –tanto en referencia al contexto nacional como internacional. Esta connotación tiende a señalar una práctica *política* activa –ya en clave partidaria, ya en clave partisan– que no sería fácilmente atribuible a la productividad del colectivo editor de *Punto de vista*. Si atendemos a lo que describe Sarlo, y al desarrollo posterior de la revista, ésta parece haber funcionado más bien como *punto de reparo*, que posibilitó una práctica *intelectual* (de reflexión y escritura antes que de acciones específicamente políticas) cuyos alcances crecieron con el correr del tiempo. Esta última aclaración nos sirve para introducir una segunda, que consideramos más relevante. En la cita que copiamos, Sarlo señala que “nosotros veníamos de la política, y dedicarse a la política era imposible”, frase que presenta una sugerente ambigüedad, puesto que deja abierto el interrogante acerca de si, en condiciones menos hostiles, esos intelectuales habrían “vuelto” a la política (dado que en ese momento, Sarlo y Altamirano al menos, ya habían roto su lazo orgánico con el maoísta PCR) o, en todo caso, si habrían realizado un proyecto editorial más cercano a la última etapa de *Los libros*, donde –como vimos– la línea de crítica cultural estaba

⁴⁸ El texto está inédito, y fue expuesto por Beatriz Sarlo en las “Jornadas sobre revistas científicas, independientes y de divulgación. Ver: de Diego, J.L., *op. cit.*, pp. 144-145. El artículo mencionado es Sarlo, B., “El campo intelectual: un espacio doblemente fracturado”, en Sosnowski, S., *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Buenos Aires, EUDEBA, 1988, pp.96-108.

⁴⁹ Al respecto, se pueden ver: Vulcano, L., “Crítica, resistencia y memoria en *Punto de vista. Revista de cultura*”, en *Orbis Tertius*, 2000, IV (Nº 7), Centro de Teoría y Crítica Literarias, Facultad de Humanidades, UNLP, pp.105-115 (quien sí aclara que la práctica de *Punto de vista* debe ser pensada como *resistencia cultural*); Corbatta, J., “Lo que va de ayer a hoy: relejendo a Beatriz Sarlo”, en *Chasqui. Revista de literatura latinoamericana*, Vol. 28, No. 2 (Nov., 1999), p.76; y Patiño, R., “Revistas literarias y culturales argentinas de los 80”, *ed. cit.*

organizada por la línea de interpretación política.⁵⁰ Lo que salta a la vista es que, con el correr de los años y el aflojamiento de las condiciones represivas, si bien la revista pudo tematizar explícitamente cuestiones ligadas a la política argentina y al pensamiento político en general, eso no supuso una ruptura ni un golpe de timón en el proyecto editorial; antes bien, se verificó una continuidad de temas, ideas y herramientas crítico-conceptuales que irán ganando en consistencia (teórica), en extensión (de objetos culturales para su análisis) y en reconocimiento (respecto de los ámbitos académicos y extra académicos).

Nuestra última afirmación, que quiere defender la idea de que hay en el comienzo de *Punto de vista* un horizonte programático –apenas esbozado o sugerido– respecto de la tarea intelectual, nos lleva a la anticipada cuestión de cuál es la relación de este proyecto editorial con aquel otro que le precedió: *Los libros*. Este punto ha sido bastante más mencionado que desarrollado por los comentaristas. Patiño, por ejemplo, en los dos textos de su autoría que ya citamos, señala simplemente que hay una continuidad entre una revista y otra (refiriendo a la continuidad de los tres intelectuales que estuvieron en la dirección de ambas). José Luis de Diego aborda la cuestión en un párrafo para señalar que, “si en el caso de la revista que dirigían Castillo y Heker [*El ornitorrinco*] hemos hablado de continuidad [respecto de *El escarabajo de oro*] y de cierto anacronismo en la concepción de lector que suponían, *Punto de vista* operará una profunda revisión de algunos de los fundamentos que se sustentaban en el proyecto de *Los libros* y protagonizará un segundo momento de la modernización crítica que tendrá una vasta influencia en los años posteriores; así, puede afirmarse que, aunque su formato inicial puede asociarse a la segunda etapa de *Los libros*, *Punto de vista* enlaza sus operaciones críticas con las iniciadas en la primera etapa de la publicación de los ‘70. Este hecho no deja de ser paradójico si tenemos en cuenta que quienes animan la nueva empresa son

⁵⁰ Hay un dato que nos parece importante resaltar: ninguno de los comentaristas que mencionamos y que toman en cuenta los textos donde Sarlo hace una reconstrucción de su biografía intelectual (para el caso, J. L. de Diego, G. Vulcano y J. Corbatta) consideran relevante leer esos textos críticamente. Todos ellos transcriben y utilizan esos textos –algunos de los cuales fueron escritos más de dos décadas atrás– como fuentes indudables y sólidamente ciertas; en ningún caso refieren alguna sospecha, o presentan alguna otra fuente que ponga en tensión lo que allí se menciona. Está claro que no se trata de indagar acerca de si esa reconstrucción es verdadera o falsa –como toda reconstrucción biográfica, está hecha de recuerdos y olvidos–, sino de inquirir críticamente en esas fuentes, porque como aprendimos también leyendo a Sarlo, “sobre la memoria no hay que fundar una epistemología ingenua cuyas pretensiones serían rechazadas en cualquier otro caso”. En Sarlo, B., *Tiempo pasado*, Buenos Aires, S.XXI, 2005, p.57.

quienes dirigieron *Los libros* en su *segunda etapa*.⁵¹ Creemos justificada la extensión de la cita porque allí se muestran las principales dificultades que, a nuestro entender, presentan la mayoría de los estudios sobre el tema. En primer lugar, de Diego establece una comparación: mientras que *Punto de vista* operará una segunda modernización de la crítica literaria y cultural (la primera había sido realizada por *Los libros*), *El ornitorrinco* es conservadora y concibe anacrónicamente a sus lectores. Pero, ¿en qué consiste la diferencia entre ambos proyectos? En que Castillo y Heker mantienen algunas de las premisas políticas que mantenían en los años '70, sobre todo la teoría del "compromiso" del intelectual, mientras que Sarlo, Altamirano y Piglia revisarán sus antiguas posiciones, *i.e.*, la idea de que la política debe ser el centro gravitatorio de la práctica intelectual. Esta idea (esta revisión), como intentaremos mostrar, es fundamentalmente epocal, en el sentido de que corresponde al modo en que estos intelectuales operaron su pasaje al nuevo contexto histórico, y en modo alguno un axioma indiscutible. Lo notable, sin embargo, es que de Diego —que lo tomamos aquí como ejemplo de una conducta largamente extendida— la asume como si fuera un dato natural. Buena parte de su libro —que, es importante señalarlo, suma muy buenos análisis del campo literario y, especialmente, información detallada y precisa sobre libros y otras publicaciones— adolece de esta falencia: reconstruye el campo intelectual de los setenta y ochenta a partir de un criterio de *modernización* que nunca es explicitado como tal.⁵² De aquí que le resulte "paradójico" que *Punto de vista* "enlaza" con la primera etapa de *Los libros* (y no con la segunda, que es cuando Sarlo,

⁵¹ De Diego, J. L., *op. cit.*, p.144.

⁵² Esta misma dificultad aparece, de manera más notoria, cuando hace la contraposición entre la revista *Crisis* y *Los libros*. Allí, nuevamente, parte de una certeza que nunca se cuestiona y que no admite matiz: *Crisis* es una revista que no comporta novedad, que opera mediante la asociación y la identificación, y que repone todos los lugares comunes del ideario "setentista" en su versión vulgar (esencialismo, antiliberalismo, antiintelectualismo, etc.); *Los libros*, en cambio, es todo *modernidad* y renovación: las teorías que importa, el tipo de crítica que realiza, las literaturas que lee, etc.). Sin embargo, nunca nos queda claro a los lectores del ensayo de de Diego por qué el formato y los procedimientos ciertamente *novedosos* que utiliza *Crisis* —y que el propio ensayista reconoce—, que la llevan a ser la revista político cultural con mayor tirada en Latinoamérica, no supone *modernización* alguna del campo intelectual. También queda inexplicado cómo debe interpretarse la "segunda etapa" de *Los libros*: ¿como un giro conservador (porque la política vuelve a ganar primacía)?, ¿cómo una pérdida de modernidad? Repetimos: el problema son menos las descripciones que realiza de Diego —que en general son detalladas y con abundante apoyo en los materiales— sino el criterio evaluativo que, de manera inconfesa y naturalizada, sobrevuela en buena parte de sus análisis.

Altamirano y Piglia se hacen cargo de la revista). Como ha decidido con su lente *modernizadora* qué y cómo leer en cada caso, el complejo movimiento de *politicización* que opera la revista –complejo porque lo hace sobre diversas y sofisticadas matrices teóricas, como el estructuralismo althusseriano y el textualismo de Barthes, entre otros– le resulta ilegible.⁵³ En su libro sobre literatura, crítica y memoria, en cambio, Dalmaroni supo elegir otra estrategia: en vez de orientarse por periodizaciones (que suponen a la vez una cierta tipificación), realiza un análisis a partir de un recorte temático. Es por esto que detecta acertadamente que la crítica al populismo es un motivo que recorre todas las “etapas” de *Los libros* y, con variantes, mantiene su presencia en *Punto de vista*.⁵⁴ Lo que interesa ver es cuáles son esas variantes, porque allí se pueden leer los desplazamientos teórico-críticos de este grupo de intelectuales: si el enemigo sigue siendo el mismo, el populismo –aunque ahora, como veremos, se sumará otro: la izquierda ortodoxa–, las armas de la crítica sufrirán notorias modificaciones.

Con la idea antes señalada de *horizonte programático* no quisiéramos obturar lo que consideramos uno de los rasgos centrales de los primeros años de la revista, que es su carácter *experimental*. Este carácter refiere menos al gesto vanguardista de una aleatoria y libre composición de elementos heterogéneos, que –como reconocerá el propio Altamirano– a una búsqueda “orientada a ‘experimentar’ con ciertos conceptos, con ciertas hipótesis, a través del análisis de procesos y textos literarios que si bien no eran novedosos para la crítica, podían ser, sin embargo, objeto de una nueva consideración. También aquí se trataba, entonces, de una revisión.”⁵⁵ Sobre algunos

⁵³ En gran medida, la crítica que acabamos de señalar a propósito de las dificultades de la perspectiva modernizadora que organiza el texto de de Diego tiene como deuda fundamental el lúcido y clarificador ensayo de Omar Acha sobre la cuestión: “La modernización difícil y el campo intelectual: dos categorías problemáticas”, en Acha, O., *Un revisionismo histórico de izquierda*, Buenos Aires, Herramienta, 2012. Allí se describen detalladamente los problemas “de las tesis modernizantes que explican la historia de antemano y aceptan la prevalencia de un sentido (justamente, el de la modernización problemática) que debería ser investigado. Las preguntas que esas perspectivas imponen son las de *hasta dónde* y *cómo* avanzó el cambio y *cuáles* fueron los bloques u obstáculos para su plena realización.” (p.155).

⁵⁴ Cfr., Dalmaroni, M., *op. cit.*, pp.31-36.

⁵⁵ Altamirano, C. y Sarlo, B., *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp.11-12. Es altamente relevante que la descripción que hace Altamirano en ese Prólogo refiere, precisamente, a los años que van de 1977 a 1981, que son los que tomaremos en consideración en este capítulo para analizar esas experimentaciones teóricas y conceptuales.

temas y objetos (literarios) ya conocidos, una relectura a partir de ensayos conceptuales con nuevos instrumentos. La diferencia más notoria cuando uno compara *Punto de vista* con *Los libros* (en cualquiera de sus etapas) es un cambio de enfoque o perspectiva, dentro del cual se debe situar todo otro desplazamiento conceptual: el cambio supone una nueva consideración de la historia, en sentido general, y de la historia cultural (cuyo vector principal es la literatura) en particular.⁵⁶ Lo que menciona Sarlo, entonces, sobre “ver algunas claves políticas en el pasado argentino” como modo de superar la censura y represión impuesta por la dictadura, se completa en la explicación de Altamirano: no era sólo una cuestión *táctica* (de coyuntura) sino que implicaba una nueva *estrategia* de trabajo intelectual de largo alcance.

Para reforzar la consistencia de esta última idea, también podemos ubicar en la producción de Ricardo Piglia una convicción análoga en esos primeros años de la revista: su decisiva novela *Respiración artificial* –uno de cuyos fragmentos publica en el N°3 de *Punto de vista*- tiene como tema saliente los modos en que la historia permite iluminar, siempre de manera oblicua y difusa, un presente que se ha vuelto oscuro, problemático, cuando no horroroso: “La historia es el único lugar donde consigo aliviarme de esta pesadilla de la que trato de despertar.”⁵⁷ Esta novela, por el modo en que cruza diversos géneros y discursos (tiene elementos del policial, al tiempo que es una novela “de ideas”, o que aborda problemas filosóficos), por sus elementos intertextuales, por el modo en que incorpora el discurso crítico y meta-crítico en la

⁵⁶ Este contraste salta a la vista con solo recorrer el índice de los títulos de ambas publicaciones. Lo que en *Los libros* amerita un tratamiento en el presente, con vistas al futuro (en el horizonte de la revolución por venir): las instituciones de salud mental, la cuestión educativa, la cultura popular, revolución cultural China, la cuestión de vivienda y urbanismo, etc.; todo ello, decíamos, será *historizado*, repensado desde sus momentos fundacionales en *Punto de vista* (sólo como muestras: en el N°1 Altamirano va a reseñar *El radicalismo argentino. 1890-1930*, de David Rock; Sarlo, hará lo propio con *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916* de Natalio Botana; y Piglia escribirá sobre *Allá lejos y hace tiempo* de G.A. Hudson. Por su parte, el primer artículo –no reseña- de Vezzetti en la revista (quien se había ocupado de gran parte de los textos sobre la actualidad de la psiquiatría, el psicoanálisis y la salud mental en *Los libros*) será “La locura en Argentina: 1860-1890”, en el N°3).

⁵⁷ Piglia, R., *Respiración artificial*, Buenos Aires, Planeta, 2001, p.15. Sobre esta cuestión, ya tempranamente José Sazbón realiza un profundo y detallado análisis en la reseña que dedica a la novela de Piglia: Sazbón, J., “La reflexión literaria”, en *Punto de vista*, N°11, pp.37-44. Entre los notables señalamientos, el autor resalta el hecho de que el protagonista sea un historiador “que dedica todo su empeño (y de algún modo condensa en él su identidad) a la penetración de cartas y documentos del pasado (pertenecientes a un outsider de los grupos intelectuales y políticos del siglo XIX).” (p.38).

narración y, en particular, por el modo en que tematiza la *experiencia* del intelectual perseguido –en un contexto de terror, persecución y exilio–, y más aún, las dificultades para *representar* esa experiencia, es quizás el “puente” más significativo para pensar los vínculos entre el proyecto *Los libros* y el proyecto *Punto de vista*.⁵⁸

Este desplazamiento fundamental a partir del cual la revista se propuso una revisión del pasado argentino –y del siglo XIX en particular– tuvo un soporte teórico y, a partir de él, un replanteo de las herramientas conceptuales. Como han resaltado la mayoría de los críticos, el nombre sobre el cual pivotea este desplazamiento es el de Raymond Williams (como veremos poco más adelante, este movimiento se completa con otro nombre clave: Pierre Bourdieu).⁵⁹ En general, hay consenso en señalar, en primer lugar, la importancia que tuvo la perspectiva *culturalista* del ensayista inglés porque, por un lado, permitía una entrada indirecta, oblicua, a la discusión política (que estaba obturada por el contexto de censura de la dictadura militar), pero por otro lado y fundamentalmente, permitía un distanciamiento de los reduccionismos de los diversos estructuralismo “duros” (en especial, del marxismo althusseriano). Reseñando una nota

⁵⁸ En este sentido, si la mezcla de géneros, y en particular, su condición de texto narrativo que, a su vez, incorpora discusiones de crítica y meta crítica literaria, la acerca al momento más vanguardista de *Los libros*, la mezcla de géneros, por su parte, todo el tratamiento de la figura del intelectual perseguido, de las condiciones clandestinas de pensamiento y escritura, y la apelación al pasado histórico como clave de lectura del presente, son motivos que la vinculan estrechamente con la novedad de *Punto de vista*.

⁵⁹ En una nota publicada ya en los ‘90, Sarlo menciona cómo fueron las primeras lecturas de Williams y avanza sobre una mirada retrospectiva: “Raymond Williams: una relectura”, en *Punto de vista*, N°45, abril de 1993. Según indica allí, fue Altamirano el primero en leer *The Long Revolution* (1961) “y la empleaba para hostilizar a los practicantes locales del formalismo más estrecho (...) A mediados de los setenta, entonces, leíamos y comenzamos a ‘explicar’ a Raymond Williams. Extraño momento, sin duda, porque la lectura de Williams iba a continuar en el marco de la dictadura militar inaugurada en 1976.” (p.13). Resulta llamativo, al menos, esta periodización, si tenemos en cuenta que el texto tan marcadamente althusseriano de Sarlo y Altamirano en *Los libros*, que analizamos en el apartado anterior, es de 1974. El ingreso explícito de Williams en *Punto de vista* reconoce una primera etapa marcada por: una entrevista de Beatriz Sarlo en el N°6 (1979) “Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad” y un artículo de Altamirano, “Raymond Williams: proposiciones para una teoría social de la cultura”, en el N°11 (marzo-junio de 1981). Luego seguirán un texto de homenaje, “Raymond Williams 1921-1988” (N°33 sept.-dic. 1988) de Carlos Altamirano, y la relectura de Sarlo antes mencionada, de 1993. Por otro lado, entre la extensa bibliografía crítica sobre la obra de Raymond Williams, mantiene su vigencia la excelente compilación realizada por Terry Eagleton, *Raymond Williams: Critical Perspectives*, Boston, Northeastern University Press, 1989.

que Sarlo escribirá en 1993, sobre la recepción de Williams en aquellos años, Gustavo Vulcano escribe: “su *culturalismo* restituye a la cultura una independencia relativa respecto de las fuertes determinaciones sociales y políticas, y permite imaginar que la naturaleza social de la cultura es un problema a resolver, y no un punto de partida ‘donde todo estaba resuelto’. Sarlo nos dice que frente al determinismo de los ‘aparatos ideológicos’ y el inmanentismo de los ‘estructuralistas duros’, este autor reintroducía lo cultural como esfera relativamente autónoma, ‘aunque se empeñara en construir permanentemente una trama socio-ideológica-política donde la cultura hunde sus raíces y, al mismo tiempo, modifica’.”⁶⁰ Asimismo, coincidimos con José Luis de Diego cuando señala que la introducción de esta nueva matriz de lectura no era un simple reemplazo de teorías, sino que suponía un explícito “ajuste de cuentas”, en especial con el althusserianismo, tan caro a este núcleo intelectual en su pasado cercano.⁶¹ Así, no resulta difícil conectar el tratamiento que ofrece *Punto de Vista* a la obra de Williams, a partir de la entrevista que se publica en el N°6 (julio de 1979), con el libro que publican Sarlo y Altamirano en 1980, *Conceptos de sociología literaria*. Esa conexión se evidencia, por ejemplo, en el modo en que abordan —en ese libro— la noción de *ideología*: “Las diversas ideologías resultan ser traducciones diferentes de la misma estructura, estructura que por definición se encuentra depositada más allá de la sociedad y de la historia, como ley inconsciente y eterna del espíritu. Y este desenlace metafísico, además del vocabulario, es lo que otorga al marxismo althusseriano su aire de familia con la corriente estructuralista.”⁶²

Desplazamiento teórico, entonces, para desandar el reduccionismo estructuralista en relación con la articulación entre las producciones culturales y el orden socio-político en que estas se surgen, circulan e intervienen. Pero también, y paralelamente, desplazamiento de la colocación intelectual. No se trataba sólo de un cambio de cambio metodológico; como bien detecta Miguel Dalmaroni, “el propósito de emprender una profilaxis antiparisina, es decir, antiformalista, mediante un retorno al sujeto, a la

⁶⁰ Vulcano, G., *op. cit.*, p.3. También Patiño, R., en “Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)”, cit., resalta que el acercamiento a la obra de Williams respondía a que: “La búsqueda se encamina hacia teorías principalmente no reductivistas, que mantengan la amplitud suficiente para posibilitar cruces inéditos pero significativos, con conceptos que puedan ser teóricamente estimulantes más que encasillantes.” (p.11).

⁶¹ De Diego, J. L., *op. cit.*, pp.150-151.

⁶² Sarlo, B. y Altamirano, C., *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires, CEDL, 1990, p. 64.

historia y a la experiencia (...) permitía alentar una esperanza, la de seguir pensando conexiones entre cultura y política, y por tanto la de mantener lazos entre crítica de la cultura e intervención en el debate público o político.” Y así, la obra de Williams era un “foco teórico novedoso que les permitía “abandonar un socialismo indefectiblemente dependiente del concepto de ‘revolución’ sin abandonar del todo el socialismo.”⁶³ Aquí, más claramente, se comprende que se trata de una *revisión* –antes que de un *abandono*– de una perspectiva intelectual de izquierda. Y si bien es notorio que esa nueva colocación –ese “abandono del concepto de revolución sin abandonar del todo el socialismo”– permanecía aún inestable, al menos hacia finales de los setenta, no menos cierto es que con Williams los intelectuales de *Punto de vista* encuentran una figura de *mediación*. Mediación que les permite postular *analíticamente* que hay diversos nexos – y temporalidades⁶⁴ – entre la serie política y la cultural, y sostener *prácticamente* que hay distintas relaciones entre la práctica intelectual y la práctica política.⁶⁵

Hay un dato que, por evidente, no debería ser soslayado. En el artículo antes citado, Sarlo da cuenta de la singularidad del movimiento de lectura que hizo *Punto de vista* con el crítico inglés. Allí cuenta que cuando compartió con colegas ingleses que “Williams, en Argentina, era un desvío hacia afuera de la ideología francesa”, ellos le respondieron sorprendidos que, en su caso “fue la ideología francesa, Barthes, Althusser

⁶³ Dalmaroni, M., “La moda y ‘la trampa del sentido común’. Sobre la *operación* Raymond Williams en *Punto de vista*”, en *Orbis Tertius*, N° 5. Centro de Teoría y Crítica Literarias, Facultad de Humanidades, UNLP, p.14-15.

⁶⁴ Como escribirá Sarlo en su artículo reconstructivo del '93, las categorías de *dominante*, *residual* y *emergente* que introduce Williams en *Marxismo y literatura* (1977) resultaron vitales para complejizar la noción clásica de hegemonía, como así también para notar “la trama de elementos de diferente temporalidad y origen que coexisten en un momento cualquiera de una formación cultural.”, cit., p. 14.

⁶⁵ Esta búsqueda de un recolocamiento o de una nueva figura intelectual también puede trabajarse desde la citada novela de Piglia *Respiración artificial*. Como ha escrito Halperin Donghi, esa novela, antes que plantear una analogía entre el contexto histórico del rosismo y el de la dictadura del '76, pone a dialogar la situación del intelectual en uno y otro caso (cfr., Halperin Donghi, T., “El presente transforma el pasado: el impacto del reciente terror en la imagen de la historia argentina”, en AAVV: *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza, 1987, pp.71-95). Entre otras cosas, Piglia narra allí el drama de intelectuales desacoplados del tiempo y del contexto político en que actúan y reflexionan. El personaje principal, Emilio Renzi, especie de crítico literario amateur, trata de comprender y reconstruir –por medios de fragmentos de textos y cartas– la vida de dos intelectuales, Marcelo Maggi (que termina por “desaparecer” de la novela) y Enrique Ossorio, exiliado del gobierno rosista, y mediante esa reconstrucción, comprender su propia situación personal e histórica.

y Foucault, lo que les permitió, en los años setenta, romper con Williams” (p.14). Además de mostrar que el “eclectico” –al decir de la propia Sarlo- cruce de perspectivas que va operando la revista sólo puede comprenderse en el contexto político y cultural argentino –dictadura y derrota de las organizaciones revolucionarias mediante-, su declaración habilita a la pregunta por el modo en que se produjo ese cruce y reconfiguración.

Si nos aproximamos a la entrevista que le hizo la ensayista a Williams en el año ‘79 podemos tener alguna pista que oriente la respuesta. Allí, no dejan de sorprender dos cosas: por un lado, que en la presentación misma de la entrevista se realiza un pantallazo al panorama teórico-crítico del período y se plantean severas dudas sobre la potencia y legitimidad del programa estructuralista al que, sin embargo, no se lo deja de reconocer como hegemónico. Por otro lado, y ya en la conversación, resulta notorio el modo en que Sarlo intenta inquirir a Williams por la posibilidad de encontrar puntos de contacto entre su perspectiva y la de las últimas versiones (menos duras) del estructuralismo francés, como las de Kristeva y Macherey.⁶⁶ En este punto, creemos, Dalmaroni acierta cuando señala que “el inconciente de la operación Williams no es inglés, ni historicista, ni culturalista. Es parisino, estructuralista, semiólogo y esteticista: es Barthes.”⁶⁷ Pero no es, en realidad, el Barthes más formalista y abstracto sino el ensayista de su obra temprana, el que en *Mitologías* (1957) buscaba en los objetos

⁶⁶ Cfr. Sarlo, B: “Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad”, en *Punto de vista*, N°6 (julio 1979). Consultado por su polémica con el estructuralismo, Williams se despacha con sus conocidas críticas, fundamentalmente, la dificultad que tiene esta perspectiva teórica para dar cuenta del origen (para él, siempre histórico y social) de las formas y estructuras con que organizan sus análisis. Frente a esto, Sarlo repregunta: “Y relacionado con esto: una última tendencia de algunos formalistas menciona términos como ‘productividad’ o ‘productividad textual’; estoy pensando por ejemplo en Kristeva. Desde otro punto de vista, otro crítico francés, Pierre Macherey, se refiere a las condiciones de producción textual que están a la vez ocultas y reveladas por el texto. Usted, a su vez, se ha referido muchas veces al carácter material de la producción cultural, de una manera que recuerda a veces el concepto gramsciano de organización de la cultura’. Quisiera saber cuáles son los nexos que detecta entre estas líneas y su propia posición.” (p.15).

⁶⁷ Dalmaroni, M. *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina 1960-2002*, ed. cit., p. 98. Para el crítico, en este punto se pueden diferenciar dos líneas dentro de lo que él llama la operación-Williams, la de Altamirano, y la de Sarlo, que sería más proclive al cruce con Barthes. De aquí que apoye su hipótesis en dos obras de la fundadora de *Punto de vista* de notoria inspiración barthesiana: *El imperio de los sentimientos* (1985) y *Escenas de la vida posmoderna* (1994), además del ensayo que dedica al crítico francés en 1981: *El mundo de Roland Barthes*.

banales y poco leídos –i.e. contracanónicos- de la cultura pequeño-burguesa francesa un motivo para la crítica ideológica; en suma, el crítico que, como Richard Hoggart –el otro *culturalista* inglés que Sarlo entrevistó para ese mismo N°6 de *Punto de vista*-, se adelantaba a la práctica que unos años después sería tan cara a los “estudios culturales”, y trabajaba sobre la posibilidad de encontrar *textos* en artefactos culturales de diverso tipo, linaje y ámbito de circulación.

Por otro lado, y en no menor medida, conservar la lectura barthesiana –en la clave mencionada- implicaba habilitar una línea conceptual complementaria a la que aportaba Williams, en particular para evitar la recaída en la multiplicidad de una *experiencia* que, en su pura empiricidad, podría volverse confusa e inaprehensible. En la entrevista citada, aparece un contrapunto interesantísimo a propósito de una de las categorías nodulares del ensayista inglés, cuya centralidad han destacado reiteradas veces los editores de la revista: la *estructura de sentimiento*. Cuando el autor de *Marxismo y literatura* se explaya en cómo esa categoría le permitía dar cuenta de una forma (no-formalista), que registra una experiencia de fuertes lealtades, intereses y afectos que se estructuran en la organización de la obra, Sarlo le pregunta: “¿Ideología no sería un concepto adecuado para reemplazar a ‘sentimiento’ en estos casos?” (p.13). El profundo interés por lo que habilitaba esta nueva matriz teórica, por cuanto que recuperaba una *historia* donde se hacían visibles *sujetos*, cuyas *experiencias* podían ser leídas mediante diversas producciones culturales las cuales, a su vez, daban cuenta de una compleja articulación con su origen social; todo esto, entonces, al tiempo que un profundo interés, suscitaba también una módica desconfianza. Junto con la persistencia de una línea barthesiana así, aparecerá otro nombre que completará el cuadro teórico que se gesta en los primeros años de la revista y que –como pretendemos mostrar- al tiempo que lo complementa, sirve de contrapeso al universo-Williams: Pierre Bourdieu.

En los últimos años han aparecido algunos artículos sobre la presencia del célebre sociólogo francés en *Punto de vista*, y en particular, sobre el modo en que Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano lo introducen en la discusión intelectual argentina.⁶⁸ Lo primero

⁶⁸ Nos interesa resaltar tres en particular: por un lado, los de Baranger, D., “La recepción de Bourdieu en Argentina”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 50, N° 197 (abril-junio 2010), pp.129.146; y Martínez, A. T., “Lectura y lectores de Bourdieu en Argentina”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N°11, 2007, p. 11-30. Por otro lado, el ya citado de Acha, O., “La modernización difícil y el campo intelectual: dos categorías problemáticas”, que plantea un abordaje más crítico-problemático que los dos primeros. De aquí en más, las referencias a las páginas de las citas irán en el cuerpo del texto.

que suelen señalar es el carácter temprano de esa recepción: bastante antes de que alcanza fama en Europa o, incluso, de ser traducido en EEUU, la pareja de ensayistas incluyeron una traducción parcial de *Disposition esthétique et compétence artistique* en la compilación *Literatura y sociedad*⁶⁹. Luego, en 1980 aparecen dos publicaciones relevantes: una traducción de un texto de Bourdieu en *Punto de vista*, y un artículo de Sarlo y Altamirano sobre el Centenario donde utilizan por primera vez la noción bourdiana de “campo” para analizar producciones literarias argentinas.⁷⁰ En este artículo, a su vez, la única referencia teórica es al clásico *Campo intelectual y proyecto creador* (1966), donde Bourdieu discute con la concepción sartreana del sujeto y, si bien aparecen los elementos fundamentales de su concepción del campo, ésta no aparece aun articulada con otros conceptos claves (como el de *habitus*). El modelo sartreano del *intelectual comprometido* –cuyo compromiso dependía a su vez de una libre decisión personal–, había servido, en el contexto argentino de radicalización política de los primeros setenta, de figura ejemplar para el *intelectual revolucionario*. Contra ese modelo, Bourdieu argumentaba que la práctica intelectual se desplegaba en un espacio mediado por condiciones sociales, institucionales y económicas, regido por *instancias específicas de selección y de consagración* propiamente intelectuales en situación de competencia por la *legitimidad cultural*. De este modo, el intelectual pasaba a ser considerado dentro de su *campo* específico, entendido éste como un sistema de líneas de fuerza, irreductible a un simple agregado voluntades individuales aisladas.

¿Qué ofrecía, que mostraba esta nueva matriz sociológica a los editores de *Punto de vista*? Como señala el propio Altamirano sobre la novedad del *campo intelectual*, “este concepto, extremadamente útil para aprehender la constitución y el funcionamiento de las élites intelectuales y su cultura en las sociedad burguesas, nos pareció más comprensivo que el de *profesionalización* para dar cuenta de los procesos de modernización de la figura y la condición social del escritor argentino en las primeras décadas de este siglo.”⁷¹ Sobre este mismo punto, referido al uso particular que le dan a ese concepto en su artículo sobre el Centenario, Ana Martínez señala que los ensayistas no tematizan claramente la cuestión fundamental del carácter periférico y

⁶⁹ Altamirano, C., y Sarlo, B., *Literatura y sociedad*, Buenos Aires, CEAL, 1977.

⁷⁰ La traducción es “Los bienes simbólicos, la producción del valor”, en *Punto de vista*, N°8 (marzo 1980); el artículo, por su parte, Altamirano, C., y Sarlo, B., “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Hispanérica*, N° 25-26, 1980.

⁷¹ Altamirano, C. y Sarlo, B., *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, ed. cit., p.13.

dependiente del campo cultural argentino. Sin embargo, la investigadora resalta la productividad de ese uso, dado que “al permitirles construir el planteo en términos de relaciones en un espacio relativamente autónomo, hizo más bien surgir esa especificidad y percibir una coherencia interna de lo que ocurría en el espacio social estudiado” (p.20); y un poco más abajo, agrega “Altamirano y Sarlo supieron ver con claridad también la vinculación entre la pertinencia del modelo y los procesos sociales con los que se corresponde: la *modernización* capitalista de la sociedad y la diferenciación general de funciones. Esto les permitió discernir la particularidad del cambio de siglo como momento de transición hacia la constitución de un campo intelectual relativamente autónomo” (p.20, subrayado nuestro). Sobre este punto, Omar Acha realiza una apreciación que consideramos fundamental: presentar la emergencia de un campo intelectual socialmente diferenciado como parte de un proceso más amplio de *modernización* es algo que, como mínimo, entraba en tensión con este primer Bourdieu, “cuya formación teórica estructural lo previene de creer en las narraciones progresistas” (p.158). Poco más adelante, avanza sobre el nervio de su crítica: “Para Sarlo y Altamirano, aunque más activamente en la primera, el concepto de ‘campo’ fue una bandera de modernidad con un doble efecto. Al mismo tiempo que posibilitaba ir más allá de una concepción demasiado clasista del quehacer intelectual (por ejemplo en la historiografía literaria de David Viñas), cavaba una fosa con una noción para ella arcaica de intelectual comprometido/revolucionario. Justamente lo que *ese* Bourdieu proveía era un descentramiento de ambos planos, el de la historia y el del perfil intelectual. Llegado el fin de la utopía, de la caída de las certezas totalistas de los años sesenta y setenta, la postura crítica sólo podía dirimirse en el entrelugar de la academia y un más allá” (p.159). Al igual que ocurre con el *culturalismo* de Williams, la teoría del *campo* de Bourdieu es receptada bajo ciertas premisas reformistas –nunca del todo especificadas aunque sí confesada– que imantan sobre las nuevas herramientas conceptuales el *telos* de la *modernización*.⁷²

⁷² Ana Martínez introduce un matiz –en su detallado análisis– que quisiéramos señalar. La autora reconoce un segundo momento de la recepción de Bourdieu por parte de Sarlo y Altamirano, que se expresaría en *Literatura/Sociedad* (1983). Allí, si bien los críticos realizan una lectura más articulada –e incorporan la central categoría de *habitus* – no modifican, en lo esencial, los rasgos de la primera lectura. Nos resulta interesante, sin embargo, que Martínez resalta que, aunque más atenta, en esta segunda lectura “no parecen percibir el cambio de *filosofía de la acción* que se desplegaba ya en el trabajo de Bourdieu”, y eso se explica “tal vez porque la fenomenología no aparece mencionada en el cuerpo teórico que los

Así, desde otra perspectiva, más teórica que empírico-experiencial, la llegada a la sociología francesa (de Bourdieu) complementa el movimiento de la visita a la historia cultural (de Williams): reconocimiento de una *autonomía relativa* de las esferas de lo político-social y de lo simbólico-cultural, con la consecuente aceptación de las diversas *mediaciones* que atraviesan esos ámbitos, y un incipiente recolocamiento del lugar del intelectual a partir del *abandono la teoría del compromiso* que postulaba la revolución como horizonte último de sentido y orientación práctica. En esta relación de complementación, ambas teorías funcionan como mutuo contrapeso: contra el temor a la caída en un empirismo de lo particular –en la mirada retrospectiva del ‘93, Sarlo todavía señala las dificultades que ofrece la noción de *estructura de sentimiento*, su deuda nunca del todo esclarecida con las nociones de clase e ideología-, los conceptos sociológicos de Bourdieu; contra los riesgos del teoreticismo –el cual, según Altamirano, anidaba aun en el “carácter demasiado sistemático del concepto de campo intelectual, cuyo alcance como esquema ordenador debía rodearse de acotaciones”⁷³-, la singularidad de las experiencias y los procesos que iluminaba la historia cultural de Williams. Oscilando entre uno y otro, conservando al mismo tiempo las marcas barthesianas, se fue *reconfigurando* el dispositivo crítico de *Punto de vista*, y con él, una nueva función del intelectual para un nuevo tiempo histórico. Ni *importación* ni *recambio* de modelos, entonces, sino una progresiva asimilación de nuevas conceptualizaciones teóricas que –a como veremos en el capítulo siguiente- se irán calibrando en el trabajo concreto de relectura de la tradición literaria y ensayística nacional.

autores refieren a Bourdieu, o tal vez por la presencia de un implícito acento althusseriano en la corriente marxista en que lo inscriben” (pp.22-23). Este comentario nos refuerza en nuestra hipótesis acerca de que la recepción de Bourdieu, en Sarlo y Altamirano, se superpone con su matriz althusseriana.

⁷³ *Ibid.*, p.13

Capítulo II.

Nueva crítica y la relectura del canon: una *operación* intelectual.

“La historia de las miradas argentinas sobre Europa y América es una historia social: qué sujeto puede corregir el estrabismo típico de la doble mirada sin perder al mismo tiempo *la profundidad de campo* que es, también, su producto. Ciertas condiciones ideológicas pueden corregir la mirada estrábica sin anular el otro ojo y conservando su doble objeto (en realidad su objeto cuádruple: América-Europa, Echeverría-Rosas o, proyectado en la política, peronismo-antiperonismo).”

Beatriz Sarlo, “Los dos ojos de *Contorno*”.

Si bien *Punto de vista* tematizó diversas producciones culturales (desde el cine y la historia, pasando por la plástica y el urbanismo, hasta el psicoanálisis y la música), es indudable que en su recorrido ha privilegiado como objeto de análisis el discurso literario. En particular, los tres intelectuales que tomamos como referencia, Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo y Ricardo Piglia, tuvieron sobre ese discurso –en especial, el de la crítica- su principal centro de interés. Pensar la serie cultural era para ellos, ante todo, pensar el *texto* literario, que implicaba a su vez pensar el mundo social y político, porque “una sociedad habla, entre otros discursos, con el de la literatura.”⁷⁴ En este sentido, puede decirse que *Punto de vista* legitimó –en la saga de *Contorno*, aunque bajo una modulación singular- que las herramientas críticas del análisis literario fueran extensibles a otros campos de la cultura y la política argentina.

El N°19 de *Punto de vista* sale a la calle en diciembre de 1983, a dos meses de la histórica elección que consagró a Alfonsín como presidente y figura política de la *transición democrática*, y lleva insito la marca profunda de aquel acontecimiento. Tal lo indicado al comienzo de su Editorial, para la revista, como para “la Argentina toda, se trataba de iniciar una nueva etapa bajo el signo de la democracia” (p.2). En ese mismo número Sarlo publica un importante artículo donde se propone, entre otras cosas, leer en la literatura “algunos sentidos en esa masa dolorosa y desordenada de lo vivido en la última década.”⁷⁵ Para ello, intenta una reconstrucción –a grandes rasgos- de los sistemas literarios de las décadas del sesenta y setenta, lo que le permite encuadrar teóricamente su abordaje de la narrativa publicada en los años de la dictadura. El interés

⁷⁴ Sarlo, B. “Literatura y política”, en *Punto de vista*, N°19, p. 9.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 9.

particular por comenzar este capítulo reseñando dicho artículo se debe, entonces, a que nos permite leerlo como síntesis de la nueva matriz teórica que se fue configurando en la revista a partir de la recepción del *culturalismo* anglosajón (con su centro en Raymond Williams) y la sociología (de los “campos”) de Bourdieu, *i.e.*, en su función exegético-crítica del canon literario argentino.

Desde el comienzo, Sarlo da cuenta de las nuevas herramientas conceptuales y las ideas-fuerza que organizan su análisis: “El *campo intelectual* argentino se define por su *modernidad*. Las teorías que importan, los libros que se leen, las ‘autoridades’ que imponen sus hegemonías constantemente asediadas por el avance de otras, son las mismas que protagonizan el debate intelectual europeo” (p.8, subrayado nuestro). La teoría de los *campos* bourdiana le posibilita abrir su indagación resaltando la *autonomía relativa* de la serie literaria, que sólo a partir de las mediaciones adecuadas puede ser tramada con las diversas transformaciones del campo político-social. A su vez, la evaluación de los movimientos y desplazamientos de aquella serie se realiza sobre el horizonte crítico-normativo de idea de *modernización*.⁷⁶ En ese cruce categorial es posible postular la simetría, al menos formalmente –porque en el análisis detallado estos intelectuales darán cuenta, con lucidez, del carácter *periférico* de nuestra cultura nacional-, entre el desarrollo del debate argentino y su símil europeo.

A partir de allí, Sarlo plantea las preguntas que considera claves: “¿con qué instrumentos se escribe, trabajando sobre qué *experiencia*? Luego: ¿para quién se escribe?” (p.9). Preguntas que dan cuenta, también, de la otra influencia fuerte que marcó a la revista en aquellos años: Raymond Williams. Como hemos mostrado en el capítulo anterior, el crítico inglés le permitía recuperar una mirada sobre la historia que hacía visibles –nuevamente, después del “tiranía estructuralista”- diversos *sujetos* y, especialmente, trabajar sobre todo el espesor del mundo cultural: desde las condiciones sociales de producción y circulación, hasta las *experiencias* históricas de los hombres que esas producciones permitían observar. Este nuevo andamiaje teórico, sin embargo,

⁷⁶ Sobre esta particular mixtura (de la noción bourdiana de campo y el concepto de modernización) nos referimos en el apartado II del capítulo anterior. Para un análisis más detallado, ver: Acha, O., *op. cit.*, pp.156-160. Con esa idea de horizonte nos referimos a que el concepto de *modernización*, al tiempo que aporta una matriz teórica-explicativa, permite describir los modos, las zonas, y las diversas temporalidades con que los campos *progresan*; por otro lado, también, aporta un criterio evaluativo (implícito) ligado al ideario de un nuevo progresismo de tintes social-demócrata reformista. Sobre esta última caracterización nos extenderemos en el próximo capítulo.

debía formularse en los términos un contexto histórico signado, por un lado, y dentro del sistema literario (general), por la crisis del “realismo”, o mejor, “la crisis de la forma ‘relato’, que es un capítulo más de la larga crisis del realismo” (p.8); por otro lado, y en relación con la serie política (particular), por las huellas de la violencia ingente de la última dictadura, que generaban todo tipo de incertidumbres respecto del sentido histórico del pasado reciente y de las posibilidades de representarlo.⁷⁷

En este marco, Sarlo trabaja una sugerente reconstrucción del campo literario argentino de las últimas décadas: si en la década del sesenta la organización de ese campo es presidida por Cortázar, y Borges es marginado en una lectura de tipo “contenidista”, el giro que se produce en los setenta implica, para la autora, pasar a un sistema literario dominado por Borges, leído ahora bajo la lógica del intertexto y la inmanencia de las escrituras.⁷⁸ En un excelente artículo sobre el tema, Andrea Pagni apunta sobre esa reconstrucción que cuando Sarlo menciona el modelo Cortázar quizás haya que pensar ese modelo como una mezcla que vincula una narrativa en la que prima una noción de verdad no relativa (pre-discursiva), el hábil manejo de las técnicas narrativas del *boom latinoamericano*, y una relación directa entre el *compromiso* político del escritor y su escritura. En su reemplazo, aparecería una lectura de Borges centrada en el uso irreverente de los modelos, las citas intertextuales, la parodia y el apócrifo; en suma, lo que hacían legibles las nuevas lentes del estructuralismo francés.⁷⁹

⁷⁷ Aquí, nuevamente, quisiéramos volver sobre el modo en que se apoyan –y complementan– los trabajos críticos de Beatriz Sarlo y la narrativa de Ricardo Piglia, punto mencionado en el capítulo anterior. En el texto citado, Sarlo escribe: “Asaltados por la historia, los escritores no eligieron hablar en nombre de ella, porque en la violencia de esta década se disolvieron algunas de las certidumbres más sólidas del pasado político reciente. En rigor, casi no podría llamarse historia a ese conjunto de fragmentos, marcados por la interrogación, que constituye la Argentina de estos años. *¿Hay en realidad una historia?* Esta pregunta se repite en varios textos y pone de manifiesto la duda sobre si es posible ordenar discursivamente una realidad cuya lógica parece secreta” (p.9, subrayado nuestro). La ya célebre pregunta con que abre *Respiración artificial* se vuelve para la ensayista clave de bóveda para dar cuenta del modo problemático en que la historia reingresa en el imaginario literario de los últimos años. Narrativa y crítica, así, se funden productivamente en *Punto de vista* –como lo harán alrededor de la figura de Saer, entre otros casos, en estos mismos años–, se explican y se replican, y nos dejan leer algo más de lo que la revista debe a su antecesora *Los libros*.

⁷⁸ Cfr., Sarlo, B., “Literatura y política”, ed. cit., p.8.

⁷⁹ Cfr., Pagni, A., “Relecturas de Borges y Sur por la izquierda intelectual argentina desde los años ochenta: el caso *Punto de vista*”, en *Actas del VII Congreso Nacional de Literatura Argentina*, FFyL, Universidad Nacional de Tucumán, 1994, p.462.

Si lo traducimos a los núcleos intelectuales más significativos que contribuyeron a gestar esos dos sistemas, no es difícil identificar a *Los libros* como la revista que organizó la lectura de los setenta; sobre la exégesis que primó en los sesenta, podríamos arriesgar que tiene su origen unos años antes, en el grupo de la revista *Contorno*.⁸⁰

Instalar una nueva perspectiva implicaba, entonces, dar cuenta de esas dos formaciones intelectuales. Respecto de *Los libros*, su revisión no suponía un gesto declarativo ni una tematización explícita: por un lado, ellos mismos formaron parte de aquel proyecto editorial (Piglia, por caso, desde su comienzo) y la reconfiguración de la mirada crítica, que suponía también conservar no pocos elementos, estaba ínsita en el movimiento general del proyecto *Punto de vista*; por otro lado, y como ya señalamos, aquella revista no había tenido como prioridad una lectura detallada del canon literario, puesto que su preocupación —centrada en el presente— atendía más bien a la actualidad de las publicaciones. Por el contrario, el caso *Contorno* sí requería un tratamiento específico, o al menos es la percepción que se desprende de su presencia los primeros años de la revista. La “vigencia” que *Punto de vista* asignaba al programa contornista resultaba, como mínimo, problemática, en particular porque ese programa atendía a las cuestiones fundamentales que la nueva publicación se proponía revisar: la historia cultural argentina, con sus orígenes en el romanticismo rioplatense; el complejo cruce entre el pensamiento de izquierda y el peronismo (tema fundamental de los escritores contornistas); y el lugar del intelectual, como corolario de los puntos anteriores.

Por todo lo mencionado, construir una trama de *reconocimiento crítico* para el programa-*Contorno* se convirtió en una tarea saliente para la formulación del propio proyecto editorial. Como todo espacio que se reconoce especular, ajustar la imagen de ese “doble” problemático implicaba también para *Punto de vista* ajustar la percepción de la propia figura y del horizonte de trabajo. Desde aquí, consideramos que la relectura del canon literario y ensayístico por parte del nuevo grupo editor —que es el tema del presente capítulo— tiene como fondo el “ajuste de cuentas” con aquel otro, encabezado por los hermanos Ismael y David Viñas. Es por esto que, trastocando la linealidad de la secuencia temporal de la publicación, comenzaremos analizando esta compleja *operación*, para luego avanzar sobre la mentada relectura del canon.

⁸⁰ Como señalan desde *Punto de vista* en el primer reconocimiento que le hacen al grupo *Contorno*, al tiempo que “clásico”, el “programa de revisión crítica del pensamiento, la literatura y la política nacionales (...) sigue vigente” (N° 4, noviembre de 1978, p.7).

I – La operación Contorno

En el primer editorial que publica *Punto de vista*, en el N°12 de julio de 1981, los editores afirman:

“Existe una tradición argentina que los que hacemos *Punto de vista* reconocemos: una línea crítica, de reflexión social, cultural y política que pasa por la generación del 37, por José Hernández, por Martínez Estrada, por FORJA, por el grupo *Contorno*. Descubrimos allí no una problemática identidad de contenidos, sino más bien una cualidad intelectual y moral.”⁸¹

Lo primero que podemos notar en esa enumeración de nombres y espacios intelectuales es que todos ellos han sido abordados, directa o indirectamente (como el caso de la generación del '37, que aparece particularizada en la figura de Sarmiento), en los números anteriores de la revista. Lo segundo, es que el único de esos espacios que, como *Punto de vista*, realizó una tarea de crítica sistemática de la historia cultural y política de la argentina a través de una revista cultural es *Contorno*.⁸² Sobre ellos, ya había aparecido un primer reconocimiento en el N°4, antes citado, donde publican artículos de David e Ismael Viñas, junto con una somera presentación. Allí señalan que, a pesar de todo lo transcurrido, de “este cuarto de siglo que nos separa y nos enlaza con *Contorno*”, su programa “sigue vigente”.

En una reseña que realiza Sarlo en el N°15 sobre el clásico libro de Viñas *Literatura argentina y realidad política* (1964) se refuerza la idea de una permanencia en el tiempo. Después de los años del primer nacionalismo cultural, el libro de Viñas “es probablemente la primera discusión global de la literatura argentina del siglo XIX”, y es también “un ensayo sobre la Argentina, en el cual la literatura no es un pre-texto sino un revelador.”⁸³ En este señalamiento, entonces, aparece la mención a una tarea y a

⁸¹ Ver: *Punto de vista*, N°12, julio de 1981, p.2.

⁸² Habría que matizar este enunciado señalando la importancia del grupo FORJA, importancia que los propios editores señalan al mencionarlos –en el primer editorial– en la tradición cultural argentina en que se reconocen. Una premisa reconocidamente forjista que *Punto de vista* atiende, aunque bajo su propia conceptualización, es aquella que indica respecto del imperialismo, que éste es siempre en primera instancia un imperialismo cultural. El grupo FORJA, sin embargo, no tuvo un interés específico por la tradición literaria –como sí lo tuvo *Contorno*–, sino que trabajó más bien cuestiones históricas y políticas.

⁸³ Sarlo, B., “La moral de la crítica”, en *Punto de vista*, N° 15, agosto de 1982, p.21.

un objeto de análisis compartidos por ambas revistas. Al mismo tiempo, se rescatan en el trabajo de Viñas otros dos motivos que son solidarios con el movimiento que realiza *Punto de vista*. En primer lugar, la crítica al formalismo textualista en su versión “más estrecha”: dado que en la trama social se cruzan los discursos literarios con los de la ideología política, “es un error exorcizar esta contaminación, que no sólo informa sobre las condiciones de posibilidad de un texto, sino también sobre su carácter y función” (p.21). En segundo lugar, y ligado con lo anterior, la idea de que *toda estética implica una moral* y, consecuentemente, lo mismo ocurre con la crítica (de hecho, “La moral de la crítica” es el elocuente título de la reseña). No deja de sorprender que, sobre este punto, Sarlo traza un paralelo entre Viñas y Barthes: “la escritura es un *ethos*, según la fórmula de Barthes, todavía sarteano.”⁸⁴ La nota puede ser leída, en parte, como una discusión abierta con el formalismo estructuralista, y justamente Barthes es el nombre insignia de lo que –como señalamos en el capítulo anterior- Sarlo aún pretende conservar de sus *años parisinos*. Por último, pero no menos importante, aparece la mención a algunas limitaciones del esquema de Viñas. La más significativa, por cuanto veremos más adelante que atiende a una de las innovaciones críticas de *Punto de vista*, es la que plantea el tipo de recepción que se da en América de las teorías europeas: “También aparece en este libro la primera fórmula de una tesis que después se convirtió en principio omniexplicativo, perdiendo su capacidad para describir la especificidad de ciertos procesos. Me refiero a la de la inversión americana de los contenidos ideológicos de las teorías y sistemas europeos” (p.22). Como sabemos, esa tesis suponía para Viñas la idea de que ciertas concepciones que en Europa podían tener rasgos progresistas, en su importación americana, invertían su signo ideológico (“en un segundo movimiento, al invertir la perspectiva del naturalismo que en Europa atacaba a la burguesía, Cambaceres impugna el avance del proletariado urbano en formación”⁸⁵). El problema de esta idea –para Sarlo- es que, en su generalidad, pierde la capacidad de leer “la especificidad de ciertos procesos”; problema que se agrava cuanto que la mirada contextualizadora –que sabe enlazar los fenómenos culturales con los acontecimientos políticos- era uno los méritos reconocidos al grupo *Contorno*. La segunda crítica, más

⁸⁴ *Ibid.*, p.21. Ese emparejamiento es reiterado en la nota, y de manera más explícita, cuando unas líneas más adelante, se indica: “Como Barthes, Viñas se irrita ante las coartadas del mito, y las designa, como Barthes: naturalización, deshistorización, espiritualización.” (p.22).

⁸⁵ Viñas, D., *Literatura argentina y realidad política* (1° ed. 1964), Buenos Aires, Santiago Arcos, 2005, p.80.

sugerida que explícita, refiere a la eficacia de esta idea, que si bien fue escrita en 1964, “tendrá su apogeo en los primeros años de la década siguiente, proporcionando una traducción sofisticada de las teorías de la dependencia cultural” (p.22). La matriz crítica de Viñas supo ser el soporte teórico de los (diversos) reduccionismos que operaron en el espacio cultural las teorías de la dependencia, tan solidarias con el proceso de radicalización político de los setenta. Desandar ese camino, desmontar la hipótesis contornista, era también desarticular cierta faceta del modelo intelectual que allí había cristalizado, *i.e.*, era someter a crítica una de las modalizaciones del *intelectual comprometido*. Por ese camino avanzamos a continuación.

El tratamiento más extenso y detallado de la revista fundada por Ismael Viñas se realiza en el N° 13 de *Punto de vista*, donde aparece publicada una entrevista a David Viñas (“Nosotros y ellos. David Viñas habla sobre *Contorno*”) y un extenso artículo de Sarlo titulado “Los dos ojos de *Contorno*”. En la conversación que mantienen Altamirano y Sarlo con Viñas se reconstruye su formación intelectual en los años del peronismo (formación marcada, en primer lugar, por la militancia radical del padre, “el populismo radical, populismo liberal dentro del radicalismo”), y en especial, el momento de gestación y aparición de la revista, más que un abordaje del contenido de sus artículos (de hecho, la entrevista se cierra sugerentemente con los derrotos personales en el año ‘55). Por otro lado, se dejan ver las líneas de afinidad y confrontación, las líneas que demarcaban el *nosotros* y el *ellos*. El punto de convergencia es una preocupación renovada por la cultura argentina, a distancia del imaginario liberal, pero sin conformar una clave interpretativa sólidamente estructurada: “*Muerte y transfiguración de Martín Fierro* nos proporcionaba citas muy críticas, que quizás Martínez Estrada no llegaba a articular, pero que aparecían como elementos críticos de la tradición argentina que no podíamos encontrar en otro lado” (p.9); a su vez, Viñas señala que faltaba una revista de gente joven que se ocupara de la Argentina, “desde una perspectiva que se insinuaba en Murena, porque él era el heterodoxo dentro de *Sur*: él tenía una flexión argentina en un espacio totalmente liberal y europeísta” (p.11). Martínez Estrada y Murena, entonces, como una puertas de ingreso al *problema de la Argentina*, aunque sin una articulación teórica.⁸⁶ Articulación que los contornistas

⁸⁶ En este énfasis que pone Viñas en hablar de cuestión *argentina*, antes que del problema de la *nación* o de la cuestión *americana*, encontramos el modo en que quiere traducir –y poner distancia de– el modo de enunciación de los intelectuales nacionalistas de las primeras décadas del siglo XX, pero también del tipo

–y en especial, David Viñas- irán perfilando bajo el influjo del pensamiento sartreano, en particular, de su filosofía de lo *concreto* y su teoría del *compromiso* intelectual.⁸⁷ Por último, lo que la entrevista deja leer como distancia entre Viñas y los editores de *Punto de vista* –y que se hará explícito en el artículo de Sarlo- es la figura de Borges. Si en la reconstrucción de Viñas el escritor argentino apenas aparece mencionado, de manera lateral, cuando los entrevistadores repreguntan por el lugar esquivo de su pluma, entre la vanguardia y el liberalismo de *La nación*, la negación se reafirma: “a mí Borges no me interesaba: la polémica era con Mallea, a quien se lo veía mucho más que a Borges, por el lado de la novela (...) Yo no lo leía demasiado” (p.12).

Este *reconocimiento crítico* de *Contorno* adquiere una forma sistemática en el mencionado artículo de Sarlo. A diferencia de la nota de presentación del N°4, o la distancia amena de la entrevista, se puede ver aquí una lectura más cercana a un (respetuoso) *ajuste de cuentas*, a la altura del enunciado que postulaba que “todo *Contorno* es un ajuste de cuentas”, en particular, con el vanguardismo juvenilista de *Martín Fierro*.⁸⁸ Hay tres elementos del dispositivo contornista que la ensayista resalta y, sugerimos, quiere retener para el movimiento general de *Punto de vista*: en primer lugar, recoge la preocupación por la tradición cultural argentina de la ensayística del “ser nacional” pero supera sus elementos esencialistas; “se trata de recolocar en una perspectiva histórica lo que en Murena aparece bajo la forma de la ‘peculiaridad’ argentina o americana (...) superar la interpretación por el trabajo de categorías explicativas de carácter socioeconómico y político” (p.4). El conflicto argentino pasa a

de análisis psico-social –no exento de cierto espiritualismo- presente en la ensayística del “ser nacional” de Mallea, Murena y Martínez Estrada.

⁸⁷ Sobre este punto, resulta fundamental el capítulo que Horacio González dedica a Viñas en su *Restos pampeanos* (Buenos Aires, Colihue, 1999). Entre otras líneas iluminadoras, desatacamos las siguientes: “La crítica de Viñas, a partir de la idea de que ‘toda estética implica una moral’, adquiere el poderoso aparejo del develamiento: *develar, en el estilo, las morales ambientes*. Esta develación, en Viñas, no ocurre con la urgencia del desmitificador profesional (...) Develar significa identificar y recrear el lazo que cierta escritura mantiene con un utensilio simbólico y real que representará la *mediación*. Y la mediación por excelencia entre la persona literaria y el texto de los social solo puede expresarla el *cuerpo*” (p.227). Allí se puede leer los diversos modos del influjo sartreano en *Contorno*, y, en particular, en la escritura de David Viñas. También se puede ver: Cernadas, J., “La revista *Contorno* en su contorno (1953-1959)” en Biagini, Hugo y Roig, Arturo A., *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo II. Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2006.

⁸⁸ Cfr. Sarlo, B., “Los dos ojos de *Contorno*”, en *Punto de vista*, N°13, noviembre de 1981, p.3.

ser leído en los términos de “contradicciones concretas”, y por tanto la verdad o el sentido ya no está en el *origen* (en un pasado vuelto destino) sino en la *historia*, siempre abierta a las luchas y las transformaciones. En segundo lugar, destaca la recolocación en el campo cultural a partir de la figura de *los dos ojos*, figura que aparece mentada por primera vez en el artículo de David Viñas sobre *Amalia*: “Los dos ojos. Uno sobre América y otro sobre Europa. Pero también dos ojos que arrojan miradas distintas sobre América: uno mira a Echeverría y el otro a Rosas. Estos son, en realidad, *los dos ojos de Contorno*. Como los románticos en 1837, *Contorno* se propone ser la síntesis de los dos partidos que son, también, dos miradas. La cuestión está en cómo dirigir las (y desde dónde) para que, en lugar de una percepción estrábica cuya condena es reproducir su doble objeto (que es lo que le sucede a Mármol), las perspectivas sean precisamente eso: líneas ‘imaginarias’ de organización de lo real, líneas de lectura y escritura” (p.5). Como intentaremos mostrar unas líneas más adelante, esta figura de *los dos ojos* del intelectual será conservada, pero sobre una comprensión de la espacialidad política bien diferente: si se trata de un ajuste en la mirada, éste debe hacerse atendiendo al carácter *periférico* de la posición política y cultural argentina (antes que a una supuesta condición *dependiente*). Tercero y último, Sarlo caracteriza al estilo de la escritura contornista sobre literatura como *estilo de mezcla*: mezcla la moral y la percepción, el cuerpo y los discursos, la sexualidad y la política; por otro lado, “contra la institución universitaria y la moral filistea de la crítica”, *Contorno* junta lo que ellas escinden. El caso arquetípico es Arlt. Otra deriva de la influencia sartreana, Arlt sería a *Contorno* lo que Genet al intelectual francés: un modo de revalorizar aquello que había sido marginado del canon por las elites culturales, al tiempo que una intervención moral de la crítica; “lo importante para *Contorno* son los cruces, los encuentros, las tramas donde la política revela a la literatura y la literatura puede ser metáfora de la política” (p.7), y en la determinación concreta de cada cruce, se hace evidente una cualidad moral. Estilo de *mezcla* y cualidad *moral*, dos ideas que los editores de *Punto de vista* supieron reivindicar no pocas veces como marcas distintivas de su práctica intelectual.⁸⁹

Pero si Sarlo puede reconocer los elementos sugerentes y novedosos de la matriz crítica contornista, también sabe señalar sus límites. Aparece aquí lo que antes habíamos

⁸⁹ Estos dos motivos aparecen en más de una ocasión en textos y entrevistas de los editores de la revista, pero para señalar algunos de los ya citados: sobre el estilo de *mezcla*, remitimos al prólogo de Altamirano a *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*; y sobre la *cualidad moral*, el mencionado primer editorial de *Punto de vista* (N°12) coloca allí su vínculo fundamental con la tradición argentina crítica.

visto como una crítica a una mirada demasiado genérica, que roza en el simplismo y el forzamiento, y pierde por ello la capacidad de ver lo específico de cada proceso o acontecimiento. Así, cuando la ensayista refiere que para *Contorno* la vanguardia (*martinferrista*) niega la historia y es indiferente a la discusión sobre la tradición cultural argentina, de inmediato consigna –en una nota a pie– que “objetivamente, este juicio es equivocado”, y menciona los análisis de Ricardo Piglia, María Teresa Gramuglio y el suyo propio sobre Borges, todos ellos publicados en *Punto de vista* (junto el clásico libro de Adolfo Prieto sobre literatura argentina), como pruebas que corroboran ese equívoco. En consonancia con las dudas que siembra esa mirada pretendidamente omniabarcante, Sarlo también desconfía de la rápida asimilación de *Sur* y la vanguardia de *Martín Fierro* a la cultura de la *oligarquía*; como bien señala Pagni, “resuena aquí la crítica formulada en la segunda etapa de *Punto de vista* a la concepción sustancialista de la ‘cultura de elites’ como una totalidad homogénea e invariable, opuesta a la ‘cultura popular’, oposición que, así, tajante, había dominado en el discurso intelectual no sólo del nacional-populismo, sino también de la izquierda hasta mediados de los años setenta.”⁹⁰ A pesar de lo consignado, resulta importante indicar que Sarlo atribuye las limitaciones de la exégesis contornista menos a una deficiencia o *estrabismo* de sus intelectuales que a la consecuente restricción que supone toda matriz interpretativa. Si bien “*Contorno* no pudo leer a Borges”, y leyó mal a Onetti, “sería un gesto anacrónico complacerse hoy en una especie de fácil escándalo retrospectivo. Un sistema de lectura es a la vez una máquina para descubrir y una máquina para ocultar” (p.7). El dispositivo crítico de *Contorno*, construido “sobre la afirmación de una literatura que aspire la totalidad por la representación crítica”, y apoyado en las certezas de que esa literatura “se juega radicalmente en sus contenidos y sus ideas”, no podía más que componer esa escena de luces y sombras; y si ella hacía foco en *libros que encierran la violencia de un cross a la mandíbula*, no podía menos que omitir aquellos que se pierden en *jardines con senderos que se bifurcan*.

Para concluir, quisiéramos explicitar una hipótesis que esperamos completar en el capítulo siguiente. A partir de lo señalado en el párrafo anterior, nos resulta evidente que a través de la lectura crítica de *Contorno*, y por su mediación, los intelectuales de *Punto de vista* realizan un “ajuste de cuentas”, menos con el grupo de los Viñas, que con las reapropiaciones que tendrán algunas de sus ideas en las décadas siguientes.

⁹⁰ Pagni, A., *op. cit.*, p.460.

Como hemos visto, Sarlo detecta en la tesis de “la inversión americana de los contenidos ideológicos de las teorías europeas” la base de los reduccionismos que las teorías de la dependencia cultural ejercerán en los años setenta; de igual modo, en la figura del *compromiso* (moral) del intelectual puede vislumbrar su “otro” radicalizado, el *intelectual* (políticamente) *revolucionario*. He ahí el complejo movimiento de lo que denominamos operación-*Contorno*: por un lado, los intelectuales de *Punto de vista* quieren dar cuenta de la potencia y los límites de aquel proyecto intelectual, al cual reconocen como antecedente prestigioso, pero, por otro lado –y evitando el “gesto anacrónico”- quieren conjurar los efectos indeseados de algunas de sus derivas. Sobre esa operación, entonces, se lleva a cabo la relectura del canon literario y ensayístico.

II – La relectura del canon I: el siglo XIX

Como ya hemos señalado, una de las novedades del proyecto editorial de *Punto de vista* es el trabajo de revisión profunda de la tradición literaria y ensayística argentina. En ese trabajo se pueden distinguir un primer momento, orientado al siglo XIX, y un segundo, más anclado en el siglo XX.⁹¹ Esta distinción no es sistemática ni está exenta de desplazamientos y superposiciones, pero nos sirve para organizar nuestra exposición.

La mirada de la revista al siglo XIX focaliza en dos figuras: Sarmiento y José Hernández. Ambas figuras, a su vez, habían sido objeto de análisis y escritura por parte de un ensayista destacado, referencia saliente también para el grupo *Contorno*: Ezequiel Martínez Estrada. De hecho, no es posible pasar por alto que en el temprano N°4 de noviembre de 1978, Altamirano y Sarlo, bajo el seudónimo de W. Victorini, le dedican un artículo en conmemoración por los treinta años de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, obra que es presentada por los articulistas como “uno de los pocos libros importantes que ha producido la crítica literaria en Argentina.”⁹² Del análisis estradiano se rescatan dos motivos relevantes. En primer lugar, el modo en que Martínez Estrada establece un diálogo oblicuo entre su presente y la obra de José Hernández: a diferencia

⁹¹ Sobre esta distinción, cfr. Pagni, A., “Repensar la izquierda en la Argentina democrática. *Punto de vista. Revista de cultura* (1978-1993)”, en *Nuevo Texto Crítico* (Stanford University), VIII, N°16-17, 1996, pp.178 y ss.

⁹² Victorini, W. (Altamirano, C.-Sarlo, B.), “Martínez Estrada: de la crítica al ‘Martín Fierro’ al ensayo sobre el ser nacional”, en *Punto de vista*, N°4, noviembre de 1978, p.3.

de los trabajos de Rojas, Lugones o Bunge, no es la preocupación por la convulsión social generada por la inquieta “plebe ultramarina” lo que motiva su interés, sino la aquella otra provocada por la irrupción del peronismo; “el diagnóstico de una ‘crisis moral’, de un episodio de barbarie abre el camino de la parábola hacia la reflexión sobre ‘el ser nacional’” (p.4). Por otro lado, subrayan la inversión que opera el autor de *Radiografía de la Pampa* sobre aquellas lecturas nacionalistas: contra la tradición “asimiladora” que busca mostrar al *Martín Fierro* como punto de llegada de la gauchesca y, a partir de allí, hacer del gaicho un arquetipo de la argentinidad, Martínez Estrada muestra cómo ese poema mayúsculo representa en realidad una anomalía, una ruptura con el género gauchesco, y no sólo por su elaborada jerarquía estética sino, y sobre todo, por la denuncia social que allí se ejerce. Así, a partir de “la idea de un sistema literario en el cual *Martín Fierro* funciona como anormalidad y ruptura se vincula, lateralmente, con la reestructuración de una pareja clásica de la literatura del siglo XIX: *Facundo* y *Martín Fierro*” (p.4-5). En esta interpretación, *Martín Fierro* se convierte en un anti-*Facundo*, lo que lleva al ensayista santafesino a reconfigurar el par sarmientino *civilización y barbarie*: si la obra de Hernández –como la del sanjuanino– se articula desde la contradicción entre el mundo rural y la ciudad, allí el polo negativo está en la ciudad, cuyas instituciones bárbaras e injustas son el origen de todas las miserias sociales y las arbitrariedades políticas. De este modo, si aceptamos la idea de que Sarlo y Altamirano se acercan al siglo XIX recorriendo la *vía martínezestradiana*, ello significa, ante todo, un acercamiento orientado por una perspectiva crítica radical, que si se dispone a trabajar sobre las marcas de la cultura argentina –sus “invariantes”– es para *sospechar* de sus sentidos más consolidados, atendiendo a las zonas oscuras, a las mixturas menos reconocidas de esa cultura.

La figura de Sarmiento es revisitada en varios números de *Punto de vista*, con una notoria presencia en los primeros dos años de la publicación: en el N°2 Nicolás Rosa (bajo el seudónimo de Gustavo Ferraris) publica “Sarmiento: crítica y empirismo”, donde, entre otras cosas, revaloriza al sanjuanino en su condición de crítico cultural; a diferencia de Echeverría, quien sigue el modelo de la “copia” (de las matrices teóricas europeas), Sarmiento elabora y trabaja contra sus influencias ideológicas, más atento a la singularidad de los materiales que le ofrece su cultura.⁹³ En el N°8 y en el N°10

⁹³ Ferrari, G. (Nicolás Rosa), “Sarmiento: crítica y empirismo”, en *Punto de vista*, N°2, mayo de 1978, pp.6-11.

aparecen dos artículos en los que quisiéramos detenernos porque involucran a los tres intelectuales que venimos analizando: “Notas sobre el *Facundo*”, de Ricardo Piglia, e “Identidad, linaje y mérito de Sarmiento”, de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano.⁹⁴

El artículo de Piglia parece continuar la idea-fuerza del de Nicolás Rosa: “Lo que está en juego es el manejo y la apropiación de la cultura europea. El escritor se define como un civilizador y sus textos son el escenario donde circulan y se exhiben las lecturas extranjeras” (p.16). En la apropiación de esas lecturas, en el uso de las citas, las referencias y alusiones a distintos pensadores europeos y distintos géneros tipos de escritura debe comprenderse el sentido político de la escritura sarmientina. Por eso para Piglia, en el ya célebre comienzo del *Facundo* con la cita de Volney (que Sarmiento atribuye a Fourtol), el sentido político está menos en el contenido explícito de la frase que “en el uso del francés, porque esa lengua se identifica con la civilización, con ‘las luces del siglo’ y son los ilustrados quienes pueden manejarlo, o mejor, los ilustrados se identifican, como con una contraseña, por el uso de otro idioma” (p.15). Pero no es sólo la apelación a la lengua prestigiosa de la civilización –lo que haría de Sarmiento, en palabras de Rosa, un mero “copista”- sino, y sobre todo, el tipo de *traducción* que se opera. En la traducción, las ideas y conceptos se “nacionalizan” y pasan a formar parte del texto sarmientino. Mediante este “trasplante y apropiación”, el escritor sanjuanino construye una “especie de diccionario ideológico” con el que es posible establecer comparaciones (con Europa, con Oriente, con Estados Unidos), porque “para él conocer es comparar” (p.17). He ahí, en esa lógica de comparaciones y equivalencias (donde siempre uno de los términos aparece valorado, desvalorizando así a su contrario), en “este procedimiento, que es el que es el fundamento de su ideología, donde debemos buscar la base para analizar el carácter literario del *Facundo*” (p.18).

La lectura de Piglia, marcadamente influida por el segundo formalismo, más atento al vínculo del sistema literario con el contexto social, es continuada por en el artículo de Sarlo y Altamirano.⁹⁵ Sin embargo, el cedazo teórico del culturalismo

⁹⁴ Piglia, R., “Notas sobre el *Facundo*”, en *Punto de vista*, N°8, marzo de 1980, pp.15-18; Altamirano, C. y Sarlo, B., “Identidad, linaje y mérito de Sarmiento”, en *Punto de vista*, N°10, nov. de 1980, pp.14-19.

⁹⁵ En ese mismo año de 1980 en que publica *Respiración artificial* y su artículo sobre Sarmiento en *Punto de vista*, en una entrevista que le realizan Tamborena y Pauls, Piglia explicita su lectura del formalismo ruso, y en especial, qué líneas de esa corriente le resultan más atractivas. Luego de caracterizar una primera etapa del formalismo, definida sobre todo por la figura de Sklovski, señala: “Es a partir de ahí que Tiniánov hace entrar elementos sociales e históricos en el análisis de la evolución literaria, que no es

británico le impone otra flexión a su enfoque; la necesidad de tramar las estrategias del texto sarmientino con su contexto de producción se pone de manifiesto en la presencia destacada que tienen las referencias historiográficas de Halperin Donghi a lo largo del artículo.⁹⁶ Así, los autores interpretan *Recuerdos de provincia* como un *texto* donde pueden leerse distintas estrategias de autolegitimación de la figura de Sarmiento, o mejor, distintas *funciones* de la estrategia discursiva de construcción de un linaje. Si en *Mi defensa* (1843) Sarmiento hace gala de sus méritos y virtudes y se narra como “un agónico héroe desarraigado”, en *Recuerdos* (1850), su historia es contada sobre la huella de la Historia, y sirve para mostrar que la suya es la autobiografía de un descendiente, fruto de la tradición nacional: “Sarmiento, que sabe que la carrera de las letras puede conducir al poder y a la gloria en los países europeos, tiene conciencia de que, en este territorio periférico de la civilización, la sola condición de letrado no es mérito suficiente (...) Él, que se percibe como el verdadero rival de Rosas, se sabe también en el aire. Y decide darse una raíz y una prosapia” (p.18). Pero al colocarse en el lugar del descendiente de un linaje que se pierde en el pasado nacional, y narrarse como un hombre a quien la Historia no puede menos que depararle un destino providencial, Sarmiento ha construido una genealogía que hace de él también “el medio para una revalorización de esa élite letrada que, desde la colonia a las primeras décadas de la independencia, ha tenido un papel dirigente en los asuntos públicos de la provincia” (p.18). Es esta reivindicación de una élite letrada (incluso en su pasado colonial) lo que constituye, para Sarlo y Altamirano, una verdadera novedad del texto sarmientino. Novedad que indica la complejidad de las producciones simbólicas de las élites letradas del siglo XIX y, desde allí, se vuelve un revelador de la complejidad de las prácticas y representaciones de esa élite, que ya no pueden leerse bajo el rótulo simplista y

otra cosa para él que el análisis de la función literaria. El cambio de función sólo puede analizarse teniendo en cuenta las relaciones de la serie literaria con la serie social. Para comprender los cambios de función es preciso salir de la literatura: fin del formalismo.” Luego sumará los nombres de Mukarovsky, Bajtín y Voloshinov. Cfr. Piglia, R., *Crítica y ficción*, Buenos Aires, Anagrama, 2001, pp.65-66.

⁹⁶ Esta importancia de un abordaje historizado del texto se hace más visible aún en la versión ampliada de este artículo que Sarlo y Altamirano publican, unos meses antes en la revista *Escrituras* (Nº9, Caracas, enero-junio de 1980). A diferencia del que aparece en Punto de vista, el artículo comienza con una extensa contextualización histórica que atiende a la situación de los círculos exiliados en Montevideo y Chile hacia 1950, el conflicto abierto entre el gobierno rosista de Buenos Aires y Urquiza, pero también al lugar que ocupa la obra en la biografía intelectual del propio Sarmiento.

reduccionista de *cultura oligárquica*, y cuyo escritor destacado se muestra como algo más que un “burgués ávido y potente”.⁹⁷

El par de Sarmiento en aquella “pareja clásica” que señalaban los ensayistas de *Punto de Vista*, José Hernández, es objeto de un número especial de la revista, en conmemoración por el centenario de *La vuelta de Martín Fierro* (1879), con artículos de Gramuglio, Sarlo y Altamirano.⁹⁸ Los tres textos, si bien hacen foco en distintos temas e interrogantes, pueden ser leídos en el marco de una intervención exegética común. Esta exégesis presenta dos elementos explícitos que hilvanan las tres notas: por un lado, un tipo de abordaje que pivotea sobre una doble contextualización, la del poema hernandiano (y su autor), y la de las lecturas de ese poema a lo largo del siglo XX; por otro lado, y en función de lo anterior, los artículos (especialmente los de Sarlo y Gramuglio) resaltan el singular liberalismo que identifica la ideología de Hernández. Por último, hay un tercer elemento (implícito) que se desprende de los otros dos, y es la interpretación rival contra la que disputan tácitamente: la lectura populista del “revisiónismo histórico”. Veamos esto con más detalle.

Gramuglio comienza su análisis localizando el interrogante que da sentido al título de su nota, y que refiere a la distancia –temporal, estética y/o ideológica– que separa a la *Ida* de la *Vuelta de Martín Fierro*. Inmediatamente señala que no hay una respuesta al interrogante (¿cuánto se desplaza la descripción del mundo rural, y cuáles serían los motivos de ese desplazamiento?) sino que “rastrear todas sus manifestaciones formaría parte de otro trabajo: el de la historia de las lecturas de Martín Fierro, trabajo pertinente y necesario, ya que a esta altura el poema es también *esa* historia” (p.3).⁹⁹ Pero su nota no se pierde en una simple reseña de esas lecturas sino que intenta argumentar sobre el núcleo ideológico persistente en Hernández, lo que permitiría articular las diferencias de las obras y mostrar sus puntos de convergencia: ese núcleo es un liberalismo de tintes democráticos y torsión ruralista, y su comprensión sólo es posible a partir de una correcta historización de su producción.

⁹⁷ Viñas, D., *Literatura argentina y realidad política*, ed. cit., p.38.

⁹⁸ Los artículos son: Gramuglio, M.T., “Continuidad entre la *Ida* y la *Vuelta de Martín Fierro*” (pp.3-6); Sarlo, B., “Razones de la aflicción y el desorden en *Martín Fierro*” (pp.7-9); y Altamirano, C., “La fundación de la literatura argentina” (pp.10-12). Todos ellos en: *Punto de vista*, N°7, noviembre de 1979.

⁹⁹ Se deja ver en esta cita de Gramuglio que el *giro culturalista* ya ha operado con toda su fuerza: la historia del texto es también –y ante todo– la historia de sus lecturas. Queda claro, también, que no sólo Sarlo había conservado las marcas de sus tempranas lecturas barthesianas.

En un sentido similar al de Gramuglio, Sarlo opera desarmando el texto a partir de una delicada contextualización de su escritura, y para ello, pone en acto las herramientas teóricas del *culturalismo británico* que había presentado en el número anterior de la revista. Para explicar cómo decidió conjugar Hernández los temas de denuncia social del mundo rural (que ya había publicado un año antes en el periódico “El río de la Plata”) con las convenciones retóricas de la literatura gauchesca, propone indagar “la particular configuración de su ideología en una *estructura* de actitudes y *sentimientos*, donde el liberalismo del programa social y político de Alberdi se trenza con las *experiencias* del mundo rural” (p.8). Si en la entrevista a Williams Sarlo sospechaba por la operatividad del concepto “estructura de sentimiento”, aquí lo hace jugar un papel fundamental –junto con la noción de “experiencia”- para reconstruir el mundo social y cultural y explicar así la notable perdurabilidad de un objeto cultural como el *Martín Fierro*. Por último, Altamirano se sirve de la conocida encuesta que la revista *Nosotros* realizó en 1913 sobre el significado del Martín Fierro. A partir de ella relee los debates sobre la *tradición nacional* –apócope de la *identidad nacional*- que rodearon los años del Centenario, y centra su interés en el modo en que ambas discusiones resultaron solidarias en un contexto histórico particular, dando por resultado la “fundación” una literatura argentina de la mano de una historia organizada por Ricardo Rojas. Una vez más, se trata de leer la complejidad de los procesos históricos allí donde sentidos e ideas contingentes cristalizan en certezas incommovibles.

Por otro lado, ubicamos un segundo elemento común de las notas de *Punto de vista* en el señalamiento que hacen sobre el singular liberalismo de Hernández. Tanto para Gramuglio como para Sarlo, cuando se completa la lectura del *Martín Fierro* con los textos periodísticos que Hernández escribe en el período, se tiene una visión más nítida del núcleo ideológico que define al poeta: un liberalismo preocupado por la cuestión social en el ámbito rural, cuyo rasgo más saliente –y contrastante con el liberalismo de la elite gobernante- es su “democratismo”. Si observamos que ese núcleo ideológico-afectivo liberal permanece en el tiempo, señala Gramuglio, se verá que “ni Hernández hace un ‘viraje’ entre la *Ida* y la *Vuelta*, ni es un ‘revolucionario’ en la *Ida* (claudicante o no en la *Vuelta*) como lo quiere cierta crítica” (p.6). Pero la autora no identifica cuál es esa “cierta crítica” que tiende a privilegiar el *denuncialismo* de la *Ida* de *Martín Fierro* en detrimento de lo narrado en la *Vuelta*. No es difícil detectar, sin embargo, que esa “crítica” con la que discuten los tres articulistas es la que hizo de la figura de José Hernández, y en especial, de *Martín Fierro*, un tópico del “revisiónismo

histórico”¹⁰⁰. Para algunos de sus representantes, como Hernández Arregui por ejemplo, “*Martín Fierro* es el conflicto inconcluso del pueblo argentino contra la oligarquía”, mientras que para Abelardo Ramos “Hernández representa al federalismo genuino del interior nacional (...) su lucha se emparenta con la montonera, con los caudillos, con las masas del interior, con el gaucho alzado.”¹⁰¹ Por lo señalado, una exégesis contextualizadora, atenta a la singularidad de los textos y los procesos históricos, evita la transposición anacrónica de ideas y figuras que recae en críticas genéricas y *partisanas* (tan caras, también, a “sustancializar” actores sociales dinámicos y heterogéneos bajo conceptos como los de *pueblo* u *oligarquía*). Contra el *revisionismo*, como versión historiográfica del *populismo*, entonces, la lectura que realizan desde *Punto de vista* del siglo XIX supone un trabajo sobre la textualidad, una distancia crítica y un reconocimiento de las mediaciones de los procesos y las experiencias históricas.

III - La relectura del canon II: el siglo XX

Ese mismo dispositivo con que la revista lee algunos hitos culturales del siglo XIX, se pone en marcha también para revisar algunas “zonas oscuras” de la primera mitad del siglo XX. Nos referimos particularmente a dos: las vanguardias tempranas de *Martín Fierro* y *Sur*, y la obra de Borges.¹⁰² Esta relectura, a diferencia de la que hacen

¹⁰⁰ Para un acercamiento crítico a la corriente revisionista, cfr. Halperin Donghi, T., *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, S.XXI, 2005.

¹⁰¹ Hernández Arregui, J. J., *Imperialismo y Cultura*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, p.178; Ramos, J. A., *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, pp.30-38. A estos nombres habría que agregar, también, el de Fermín Chávez, que escribió su *José Hernández* en 1957.

¹⁰² Esta revisión se hace –en una primera etapa de la revista– en una serie de artículos: en el N°5 (marzo de 1979) se publica “Ideología y ficción en Borges”, de R. Piglia; en el N°11 (marzo de 1981), “Sobre la vanguardia, Borges y el criollismo”, de B. Sarlo (y en ese mismo número se publica también el relato de Borges “Leyenda policial”, que había aparecido en la revista *Martín Fierro*); en el N°16 (noviembre de 1982), “Borges en ‘Sur’: un episodio del formalismo criollo”, de B. Sarlo; y finalmente, en el N°17 (abril de 1983), dedicado a *Sur*, “‘Sur’: constitución del grupo y proyecto intelectual” de M. T. Gramuglio, y “La perspectiva americana en los primeros años de ‘Sur’”, de B. Sarlo. A estos artículos habría que sumar –al menos– dos libros importantes: *Respiración artificial* (1980), de Piglia, y *Una modernidad periférica* (1988), de Sarlo. El primero, porque en clave narrativa completa varias de las ideas que el escritor había esbozado en sus artículos anteriores sobre Borges, y el segundo porque es allí donde Sarlo sistematiza –histórica y conceptualmente– todas sus notas sobre ese período elaboradas en la última década.

sobre el siglo XIX, ha sido bastante reseñada y estudiada por la crítica de las últimas dos décadas. Entre los motivos destacados de este privilegio podemos mencionar el hecho de que sobre esa relectura se asentaron buena parte de los ajustes y reacomodamientos del sistema literario de la segunda mitad del siglo XX.¹⁰³ Siguiendo el hilo de nuestra argumentación, nos concentraremos en algunos elementos de esa revisión que consideramos relevantes a los fines de las hipótesis que hemos planteado al comienzo.

En primer lugar, y al igual que el tratamiento que hace *Punto de vista* de las figuras de Sarmiento y José Hernández, hay que encuadrar su relectura de la vanguardia *martinferrista*, *Sur* y Borges en la estrategia de reconocimiento y confrontación con el grupo *Contorno*. Como bien señala Pagni, “podría decirse que la imagen de *Sur* transmitida por *Contorno*, y que cristalizó en el imaginario de la izquierda intelectual argentina de los años sesenta, es revisada en *Punto de vista* a partir de la crítica a ese mismo imaginario.”¹⁰⁴ ¿En qué consiste esa imagen? De manera sucinta y elocuente, Sarlo la sintetizó en una entrevista reciente: “la revista *Sur*, para mi generación, era la revista de derecha.”¹⁰⁵ Eso suponía, en el imaginario de aquella izquierda intelectual, que era el espacio de consagración de una elite cultural de visos *extranjerezantes* y *conservadora*, especular con la clase (oligárquica) dirigente.¹⁰⁶ Sin embargo, lo primero que revisa la ensayista es la figura de la *extranjericación* o *uropeización* cultural que motorizaría la revista, suplantándola por las figuras de *importación* y *traducción* (de libros e ideas). Después de todo, “heterogénea en su composición y marginal respecto de los centros mundiales, la ideología cultural argentina se plantea reiteradamente en el siglo XX dos tareas formalmente contradictorias: construir una cultura que pueda pensarse ‘nueva’, ‘original’ y ‘argentina’ o ‘americana’ (...) pero a partir de la

¹⁰³ Sobre esto, cfr. Montaldo, G., “Los cambios del canon”, en *Hispanamérica*, Año 24, No. 72 (diciembre 1995), pp.39-48; y Corbatta, J., *op. cit.*, p.82.

¹⁰⁴ Pagni, A., “Relecturas de Borges y *Sur* por la izquierda intelectual argentina desde los años ochenta: el caso *Punto de vista*”, ed. cit., p.459-460.

¹⁰⁵ Pistacchio Hernández, R., *Una perspectiva para ver. El intelectual crítico de Beatriz Sarlo*, Buenos Aires, Corregidor, 2006, p.144.

¹⁰⁶ En el artículo que escribe para el dossier de *Punto de vista* sobre *Sur* lo coloca problemáticamente a través de una serie de preguntas: “¿Cómo separar a Victoria Ocampo de la oligarquía argentina? ¿Cómo pasar por alto que los medios materiales que hacen posible la revista provienen de ese casi infinito fondo de herencias, propiedades recibidas que se van vendiendo como aporte que la riqueza terrateniente le permite a una de sus hijas?”; en *Punto de vista*, N°17, abril de 1983, p.10.

conciencia del carácter incompleto y fragmentario de esos materiales.”¹⁰⁷ Heterogeneidad, marginalidad, incompletitud y fragmentariedad: está ya aquí, en germen, la idea del carácter *periférico* de la cultura argentina, que vendría a suplantar la inexacta y generalizante idea de *dependencia*. Desde esta caracterización, se comprende la idea de *disposición nacional* que encuentra Sarlo para leer la política de traducción y publicación de autores extranjeros de *Sur*; una “*disposición nacional* que define el conjunto de *sentimientos* hacia lo extranjero, como fuente a la vez de impulsos culturales productivos y del hostigamiento de la diferencia” (p.11).

En su artículo en ese mismo número 17, María Teresa Gramuglio amplía el campo de revisión (y desdemonización) que abría el texto de Sarlo. Enfocado ahora desde el concepto williamsiano de *grupo cultural* (como tipo específico dentro del más amplio de *formaciones culturales*), era posible “pensar a *Sur* desde una perspectiva que, por lo menos, matice la demasiado generalizante adscripción a una concepción burguesa de la literatura, o las acusaciones casi tautológicas de portavoz de la oligarquía y minoría de minorías.”¹⁰⁸ Al analizar entonces “la formación interna del grupo y su significación general” Gramuglio encontrará diversas “oscilaciones”: entre el reconocimiento del proyecto como tarea personal (de Victoria Ocampo) y como expresión de las inquietudes de un grupo (de “amigos”, al decir de la propia Ocampo); entre su interés por dar a conocer lo mejor de la cultura europea y su persistente “preocupación americana”. Como consigna Andrea Pagni respecto de otro artículo de Gramuglio en la revista en el que se propone continuar esta lectura, “el punto de vista asumido por Gramuglio al revisar el lado ‘extranjerizante’ de *Sur* y descubrirle una dimensión política no conservadora, tiene que ver, como la lectura de Sarlo, con una percepción más afinada de los mecanismos de legitimación del discurso intelectual argentino, caracterizado por su marginalidad respecto de los centros autorizantes. Se trata de una percepción contextualizada, que relea el dato de la específica internacionalización del campo cultural argentino no en clave de dependencia cultural, como lo había hecho la izquierda de los años sesenta, sino de descentramiento.”¹⁰⁹ Desde esa posición

¹⁰⁷ Sarlo, B., “La perspectiva americana en los primeros años de ‘Sur’”, ed. cit., pp.10-11.

¹⁰⁸ Gramuglio, M. T., “‘Sur’: constitución del grupo y proyecto intelectual”, ed. cit., p.7. Si bien Gramuglio cita, como apoyatura teórica, el texto de Raymond Williams “The Bloomsbury Fraction” (de *Problems in Materialism and Culture*, de 1980), esos conceptos ya están presentes en su anterior *Marxism and Literature*, de 1977; cfr., Williams, R., *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 2000, p.139.

¹⁰⁹ Pagni, A., *op. cit.*, p.460.

descentrada, entonces, oscilaciones y relocalaciones al interior de una clase y de un sistema social, dentro del cual debe comprenderse toda valoración o enunciado político (como su declarado elitismo aristocratizante) si no se quiere caer en generalizaciones simplistas o tautologías vanas.¹¹⁰

Esta lectura operada por Sarlo y Gramuglio de la revista *Sur*, que en su ajustada contextualización puede iluminar rasgos positivos antes omitidos por la crítica literaria (como su veta moderna y progresista, en su confrontación con la fracción nacionalista católica, dentro de la propia elite cultural de su época), tiene sin embargo un contrapunto sugerente –dentro del grupo intelectual de *Punto de vista*- en la pluma de Ricardo Piglia. En la segunda parte de *Respiración artificial*, el escritor introduce al personaje de Tardewski, especie de *double* de Gombrowicz abandonado en Concordia, a través del cual presenta su ya célebre lectura de la literatura argentina moderna en la intersección Borges-Arlt. En el preámbulo a esa interpretación, Tardewski reseña el tipo de *européismo* que circulaba en los salones de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XX. Narración descarnada, más ácida que paródica, el personaje se burla de la fascinación provinciana por “un idiota de la calidad del *soi-disant* conde de Keyserling” (p.161) o el “Rey de los Asnos españoles o Asno I, José Ortega y Gasset” (p.160), todos ellos –lo sabemos- estrechos “amigos” del grupo *Sur*. A su vez, como modelo del ejemplar del *européismo*, Tardewski señala a Groussac (referente mayor de los jóvenes vanguardistas del ‘20, algunos de los cuales pasarán a formar parte de *Sur*), quien además de ser “el intelectual europeo en Argentina por excelencia”, o justamente por ello, “ha podido cumplir el papel de árbitro, de juez y verdadero dictador cultural (...) Un europeo legítimo se divertía a costa de estos nativos disfrazados” (p.115). Lo sugerente del movimiento de Piglia es que no rechaza de plano esa línea *européista* que marca a fuego la cultura argentina desde el siglo XIX, pero tampoco hace una evocación *progresista* en bloque de sus manifestaciones (dentro de las cuales estarían las revistas *Martín Fierro* y *Sur*).

Precisamente, Piglia recupera con criterio selectivo algunos nombres y algunos textos que le permiten auscultar distintas vibraciones del sistema literario de la primera

¹¹⁰ Esta lectura, como intentaremos mostrar en el próximo capítulo –y como reconoció tardíamente Beatriz Sarlo-, no está exenta del *optimismo cultural* que acompañó a la primavera alfonsinista. Entre otras dificultades, por ejemplo, hace difícil comprender, en ese cuadro histórico de avanzada modernidad (periférica), la emergencia del nacionalismo autoritario que se impone en la década del ‘30 (y cuyas primeras huellas pueden rastrearse en las décadas anteriores).

mitad del siglo XX. Borges, como también lo serán Macedonio Fernández y Roberto Arlt, ocupan un lugar central en esa tarea. En la mentada teoría de Tardewki, Piglia reformula –con pequeñas variaciones– una idea que había presentado un año antes en *Punto de vista*.¹¹¹ En aquel artículo, señala que hay una ficción anterior que sostiene la ficción borgeana, una especie “relato fracturado, disperso, en que Borges construye la historia de su escritura” (p.3). En esa ficción del origen aparece un doble linaje: el español, ligado a la madre, es el de los guerreros, los fundadores; y el inglés, que es el linaje literario, el del padre, ligado a Stevenson, Poe, Chesterton. Esta ficción, a su vez, es solidaria con una tradición ideológica que se remonta a Sarmiento y ha planteado una contradicción histórica: la tensión entre las armas y las letras, lo criollo y lo europeo, el coraje y la cultura. De aquí que para Piglia, “la cultura y la clase se vinculan con la herencia y el linaje: ese es el núcleo básico de la ideología en Borges” (p.5), y es al interior de ese núcleo dúplice donde deben leerse todas las torsiones y contradicciones de su literatura.

Ese doble linaje borgeano toma en *Respiración artificial* una nueva modulación, que lo traduce en las dos líneas que recorren el sistema literario del siglo XIX argentino: el europeísmo y la gauchesca. Si la primera de esas líneas está representada por “textos que son cadenas de citas fraguadas, apócrifas, falsas, desviadas; exhibición exasperada y paródica de una cultura de segunda mano, invadida toda ella pedantería patética: de eso se ríe Borges” (p.120); la segunda es la que conduce a su “nacionalismo populista”, a su literatura de cuchilleros, que incorpora las flexiones, los ritmos y el léxico de la lengua oral (como supo hacer la gauchesca con el habla popular de su tiempo). Así, la ficción borgeana, en tanto síntesis de esas dos herencias, vendría a clausurar aquel sistema literario del siglo XIX. Un Borges “anacrónico”, de cara a las tradiciones del siglo XIX, tendría su reverso en la modernidad de Arlt, donde comienza la literatura del siglo XX. De este modo, Piglia colabora con la recolocación de Borges como pilar sobre el que se apoya la nueva construcción del canon, aunque como vemos, mediante un desvío. Ese desvío supone desligarlo de *Sur* y medirlo formalmente con Roberto Arlt, autor que, en el proceso global de relectura de *Punto de vista*, ocupará un lugar marginal.¹¹²

¹¹¹ El artículo es “Ideología y ficción en Borges”, en *Punto de vista*, N°11, marzo de 1981, pp.4-6. La reflexión sobre Borges en *Respiración artificial* puede rastrearse en: ed.cit., pp.119-121.

¹¹² Entre las causas que podríamos imaginar sobre este lugar menor que otorga la revista a la figura de Arlt, dos nos resultan particularmente atendibles: por un lado, el carácter central que había tenido esa figura para la revista *Contorno*, al punto de estar fuertemente identificado con ella (como incluso Sarlo

Como señalamos más arriba, Sarlo aborda *Sur* y la vanguardia martinfierrista desde una mirada contextualista que analiza las intervenciones al interior del *campo literario* y en relación a su condición periférica. Desde allí, señala el modo en que la revista *Martín Fierro* trabaja sobre las tradiciones culturales argentina, y en particular, la persistencia de un motivo *criollista*. A partir de este elemento, la ensayista intenta fundir la “vanguardia módicamente radical” del movimiento martinfierrista con el peculiar “populismo vanguardista” de Borges. El texto “Leyenda policial”, publicado originalmente en *Martín Fierro* –y vuelto a publicar en el N°11 de *Punto de vista*- es la constatación de que “los martinfierristas leen correctamente” la novedad que aparece con el texto borgeano. “La construcción formal y el populismo urbano (rasgos que la vanguardia europea había conservado escindidos) son la originalidad de *Martín Fierro* y el relato ‘Leyenda Policial’ de Borges, un texto desde su título fundador.”¹¹³ Esta nueva mixtura, que Sarlo llamará *criollismo urbano de vanguardia*, es lo que permite a ese grupo literario enfrentar el programa estético de Boedo con una literatura novedosa, urbana y *orillera*, es decir, con una literatura argentina *modernamente periférica*.¹¹⁴

Para cerrar este capítulo, un breve racconto de los desplazamientos que hemos trabajado. En primer lugar, la relectura del canon literario y ensayístico que hace *Punto de vista* parte de un *reconocimiento tenso* hacia el grupo intelectual más relevante que

reconoce en “Los dos ojos de *Contorno*”); por otro lado, y siguiendo la idea que esbozamos en la nota a pie 110, ese fondo ominoso, ese retrato oscuro, decadente y –en muchos sentido- poco moderno, que presenta Arlt desde su singular “realismo alucinado”, vuelve a su narrativa poco solidaria con la hipótesis de una modernización activa y democratizante de la sociedad argentina de los ‘20 y los ‘30.

¹¹³ Sarlo, B., “Sobre la vanguardia, Borges y el criollismo”, ed. cit., p.8.

¹¹⁴ Hay otro elemento que permite diferenciar la lectura de Borges que hace Sarlo de la que realiza Piglia, y que lúcidamente han señalado varios de los comentaristas. Para Sarlo, la narrativa de Borges, como también juego de Saer, configuran poéticas que, desde su perspectivismo, sus desvíos, los usos irreverentes en la cita y la parodia de los grandes textos de la tradición occidental, dan cuenta de la crisis del “realismo” en el sistema literario. La discusión con el realismo, asociado al populismo, será uno de los tópicos que marquen el nuevo canon comienza a prefigurarse desde la revista. Al mismo tiempo, y como bien señala José Luis de Diego: “la crisis del canon realista de representación es anterior a la irrupción de la dictadura, pero los críticos de *Punto de vista* quisieron leer en esos textos –en esas novelas- que se resistían a la ilusión mimética, estrategias de posicionamiento ante la omnipresencia del discurso autoritario” (*op. cit.*, p.153); en el mismo sentido, donde se reseña a Borges en la estela de las poéticas *perspectivistas* que dan cuenta de la crisis del realismo y, por tanto, refractarias al *monologismo totalizante* del autoritarismo, cfr. Pagni, A., *op. cit.*, p.461-462, y Vulcano, G., *op. cit.*, p.6.

ubicar como antecedente inmediato de la tradición crítica: *Contorno*. En esa huella tensionada, su revisión del siglo XIX privilegia un Sarmiento y un Hernández, en función de las estrategias (literarias) singulares con que los intelectuales decimonónicos se recolocan al interior de la elite cultural y política a la que pertenecen. Del mismo modo, las revistas *Martín Fierro*, *Sur* y *Borges* son leídos en su vena *modernizante* –ya como “criollismo de vanguardia”, ya como “americanismo elitista”- a partir de su disputa particular al interior del *campo literario*. En todos los casos, se deja ver un abordaje contextualista (forjado con las herramientas de Williams y Bourdieu) que permite realzar la *autonomía* de la serie cultural respecto de la serie política. En esa nueva fragua de las *mediaciones*, los intelectuales de *Punto de vista* logran ajustar cuentas los dos núcleos ideológicos más significativos que –a su entender- operan similares generalizaciones y reduccionismos interpretativos, a pesar de sus diferencias políticas: las ortodoxias marxistas y los populismos (ya de izquierda, ya conservadores). Así, más cerca del archivo que del consignismo político, más atento a las singularidades históricas que a las explicaciones omniabarcantes, y sobre todo, más preocupado por la construcción de una distancia –de un nuevo *punto de vista*- entre lo societal, lo político y lo cultural, comienza a gestarse un nuevo modelo intelectual acorde a la *experiencia* de un tiempo de crisis y transformaciones profundas.

Capítulo III.

Una narración democrática: ideas y debates *en la transición*

En una entrevista concedida en 2004, Beatriz Sarlo hacía un notable señalamiento que había pasado inadvertido –o fue escasamente indagado– para los críticos y estudiosos de su obra. Allí decía:

“Yo creo que *Una Modernidad periférica*, ese libro de Buenos Aires digamos, parte de un deseo que se apoya en una idea equivocada. La idea equivocada es que la Argentina había sido un país moderno, periférico, con todas las deformaciones de la periferia, pero había sido un país moderno y que era posible recuperar, dar un salto en todos los procesos que había puesto diques a eso, y que con la democracia Argentina podía volver a recuperar ese pasado de modernidad periférica, vanguardista, como una sociedad democrática. (...) Por supuesto, yo en ese libro reivindicó la categoría de ‘modernidad periférica’, pero te digo honestamente que no era sólo la categoría de modernidad periférica, sino que también era una hipótesis histórica en un momento en que el que yo todo el tiempo decía, por lo menos de la Argentina, que fue un país moderno, que era un país con una cultura democrática, con una sociedad integrada, y la Argentina podría volver a serlo. Ahí me di cuenta de que eso no funcionó. Era como *las ilusiones de la transición democrática*.”¹¹⁵

Hay dos cuestiones que nos interesan resaltar de esta sugerente cita. En primer lugar, el reconocimiento explícito de que una de las obras de crítica cultural más importante de los años ‘80, que es el corolario de trabajos elaborados en la primera etapa de *Punto de vista*, está tramada con –y motivada por– una idea *política* (y una idea política que la propia autora reconoce errónea). Esta declaración no necesariamente llamaría la atención si no fuera porque, como vimos en el capítulo anterior, el dispositivo teórico que se va configurando en la revista crítica explícitamente aquellas lecturas que, desde una clave política del presente, iluminan y evalúan el pasado sin

¹¹⁵ Pistacchio Hernández, R., *op. cit.*, pp.152-153. (Subrayado nuestro).

atender a sus especificidades históricas. En función de esto, y si aceptamos, como de hecho hacemos, que la idea sobre la que se apoya aquel libro –esa que habla de un momento moderno de la Argentina, de fuerte integración social y extendida cultura democrática en el temprano siglo XX- es incorrecta, o al menos incompleta, entonces surge una severa dificultad: ¿cuánto de los análisis singulares sostenidos en la obra no quedan supeditados a ese equívoco?, ¿cuánto podríamos seguir citando de ese agudo ensayo, sin dar cuenta de la idea-fuerza (problemática) en que se apoya? Para decirlo con más claridad: no consideramos que ese gran libro de Sarlo esté perimido, sino más bien, y como supone el horizonte más general de esta tesis, sospechamos la necesidad de que es el momento de discutirlo críticamente, junto con el resto de las producciones relevantes del período. Esa evaluación crítica obligaría a modificar su condición canónica –o al menos, discutir su permanencia hegemónica-, para colocarlo en su merecido lugar en la serie histórica de interpretaciones de larga duración sobre la cultura argentina.

La segunda cuestión que ilumina la cita es la que refiere a otro reconocimiento (implícito): el impacto que produjo la apertura democrática de la mano del proyecto alfonsinista.¹¹⁶ Ese impacto puede evaluarse a través de lo que la ensayista menciona como “ilusiones de la transición democrática”. El carácter de *ilusión* connota, al menos, dos sentidos: si por un lado señala una creencia que luego se demuestra vana o falaz, por otro lado, refiere al carácter promisorio u optimista de esa creencia. Esas ilusiones, entonces, formaron parte del *horizonte de expectativas* que motivó y organizó buena parte de la producción intelectual del grupo editor de *Punto de vista* en el período reseñado.¹¹⁷ Sin embargo, resulta insuficiente seguir hablando de meras ilusiones, como

¹¹⁶ Respecto de esas impresiones y opiniones que tuvieron los editores y colaboradores de *Punto de vista* sobre el proyecto que se inaugura en 1983, además de los textos que aparecen en la revista y analizaremos a continuación, pueden verse las entrevistas que realizó Javier Trímboli en 1998 a varios de ellos: Trímboli, J., *La izquierda en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial, 1998; cfr., fundamentalmente los diálogos con Carlos Altamirano (pp.16-19) y Emilio de Ípola (152-154).

¹¹⁷ La categoría de *horizonte de expectativa* corresponde a la propuesta de una semántica histórica desarrollada por el filósofo e historiador Reinhart Koselleck. En el ya clásico *Futuro pasado*, donde presenta las bases teóricas de su historia conceptual, Koselleck propone los conceptos de *espacio de experiencia* y *horizonte de expectativa* como dos conceptos trascendentales del análisis histórico. En este sentido, no son ellos mismo conceptos historizables sino más bien, en su condición formal, fundan las condiciones de posibilidad de toda historicidad. Con estas categorías el pensador alemán busca dar cuenta de una “condición humana universal”, que es el modo de experimentar el tiempo histórico a partir de un

si fueran un puñado de ideas y anhelos aislados. Según postulamos, el núcleo de ese horizonte de expectativas estuvo formado por una particular *narración*, aquella que Dardo Scavino llama el *relato de la democracia alfonsinista*.¹¹⁸ De este modo, calibramos mejor nuestra hipótesis. Ella dice que, por un lado, los desplazamientos teóricos y las relecturas del canon literario y ensayístico comenzaron con anterioridad al '83, y sus marcas de origen fueron las condiciones de censura y represión impuestas por la última dictadura, junto con la revisión radical de los supuestos políticos y culturales que emprendieron esos intelectuales cuando rompieron sus vínculos orgánicos con las organizaciones revolucionarias de las que formaban parte.¹¹⁹ Pero, por otro lado, esos reajustes teórico-conceptuales y, junto con ellos, la recolocación (del lugar y función) intelectual, se fueron modulando por los debates de la transición y las discusiones políticas que introdujo la *narración alfonsinista*.

entrecruzamiento entre experiencias *pasadas* y un horizonte de expectativas sobre el *futuro*. Toda indagación histórica, como así también, toda producción cultural, lleva inscrita una referencia a estos dos horizontes temporales (lo experimentado en el pasado y lo proyectado hacia el futuro). Dejamos de lado aquí la tesis complementaria que acompaña a este par categorial acerca cómo la Modernidad supone un tipo de articulación específica –un alejamiento progresivo de ambos horizontes–, puesto que no es particularmente relevante para nuestro trabajo. Cfr., *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993, pp.333-357.

¹¹⁸ Esta idea de *narración* forma parte de la matriz de análisis que viene desarrollando Dardo Scavino desde su texto *Narraciones de la independencia*, y que se continúa en su última obra. Como dice allí el propio Scavino: “Ya habíamos partido [en *Narraciones de la independencia*] de una idea común a Nietzsche, Sorel y Antonio Gramsci: las narraciones políticas constituyen al pueblo cuando cuentan su propia historia bajo la forma de una gesta popular. No hay pueblos, en efecto, sin narraciones; no hay pueblos, en resumidas cuentas, sin memoria”, en *Rebeldes y confabulados*, Buenos Aires, Eterna cadencia, 2012, p.13. Además de tomar para nuestro análisis el concepto de *narración* política, nos interesa recuperar también la sugerente lectura que hace el ensayista de la *narración alfonsinista*. De manera sucinta, indica una contradicción productiva ínsita en el relato de Alfonsín sobre el presente (de 1983) y el pasado: si por un lado presenta un programa político que proclama una democracia abierta y pluralista, *i.e.*, que supere la belicosidad facciosa de los conflictos que fracturaron a la Argentina a lo largo de su historia, por otro lado, esa apertura pluralista –esa política– señalaba un *resto*, un “enemigo”: la dictadura / el autoritarismo. Como señala Scavino, analizando un discurso de Alfonsín de 1983 y otro del 2004, esa pretensión hegemónica, presente en su interpelación a una *nación* democrática, fue una constante del líder radical. Y era esa *vis* confrontativa, constitutiva de lo político –como afirma Scavino, siguiendo al filósofo Jacques Rancière–, lo que hacía a la politicidad de su relato. Cfr., “La unidad básica de Alfonsín”, en *op. cit.*, pp.225-237.

¹¹⁹ Para una descripción autobiográfica de ese momento de quiebre y nueva deriva personal, al menos en los casos de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, referimos nuevamente el libro de Javier Trímoli.

A partir de esta última idea, podemos sacar alguna de las consecuencias implícitas en aquella declaración de Sarlo en la entrevista. Postular, por ejemplo, que lo que media entre las notas publicadas por la ensayista en *Punto de vista* (fundamentalmente en el período 1980-1983) sobre distintos textos, revistas y grupos intelectuales de las primeras décadas del siglo XX, y la *narración* articulada que supone *Una modernidad periférica* (de 1988), es precisamente la consolidación de un imaginario político. Imaginario político que brindará algunas ideas-fuerza (como la de la temprana modernización argentina) que permitan sostener interpretaciones históricas de larga duración. De este modo, la identificación de la democracia como régimen político capaz de limitar el poder represivo del Estado y de estimular la movilidad de la sociedad civil conformaba un horizonte sentido lo suficientemente atractivo como para replantear las preguntas con que los intelectuales orientaban sus indagaciones. La asociación que se opera en los artículos de Sarlo entre modernidad y campo cultural en la Buenos Aires de los años '20, la prolongación de esta mirada a la década siguiente en los trabajos de Gramuglio, en los que se rescata la revista *Sur* como una experiencia de modernización del campo cultural y en contraste con la identificación –de raigambre nacionalista y forjista- entre los años treinta y la década infame, demuestran un interés común por alumbrar ciertas zonas del pasado capaces de constituirse en el revés de la trama “autoritaria” que el alfonsinismo –y junto con él, *Punto de vista*- proyectaba al pasado, según revelaremos más adelante en especial en los artículos de Altamirano y Terán.

A tono entonces con las “ilusiones de la transición democrática”, estas aproximaciones al pasado se ofrecían como alterativas culturales capaces de mostrarse en un presente *abierto* como legados a retomar frente a los procesos de homogenización cultural y política, cuya responsabilidad se asignaba al Estado dentro de un proceso más amplio que había logrado permear a las culturas nacionales y populares y que tenía en el dogmatismo de las izquierdas oficiales un capítulo destacado. Los problemas de este tipo de lecturas han sido reconocidos, según vimos, por la propia Beatriz Sarlo. Sin ir más lejos, la aparición de discursos fuertemente autoritarios en la década del treinta representaban en muchos sentidos una continuidad y no una ruptura con la década previa, aunque en un contexto histórico disímil. Estas líneas de continuidad no podían ser explicadas por una lectura que hallaba en aquellos años la simiente de una cultura plural, experimentalista y signada por un vanguardismo moderado.

Siguiendo nuestra hipótesis, en este capítulo analizaremos algunas ideas y conceptos que entraron en los debates de la revista y que fueron alimentando aquellas

ilusiones de la transición democrática que mencionaba Sarlo. Dentro de ese horizonte de expectativas que, en mayor o menor grado, configuró la perspectiva histórica de esa franja intelectual, destaca la idea de *democracia*. Como bien señala Lesgart, “la democracia y toda la familia de palabras que la volvían casi la única idea disponible para hablar de la política y de la sociedad, se constituyó en un término que ordenó las discusiones político-ideológicas de una época. Como clima de ideas, nació antes que los procesos institucionales que se originaron a partir de las primeras elecciones fundacionales. Con ellas se produjeron transiciones teóricas, se imaginaron tránsitos políticos y se diseñaron fórmulas que sintetizaron experiencias y expectativas políticas: *Autoritarismo/ Democracia y Revolución/Democracia*.”¹²⁰ Compartimos con la politóloga que, por un lado, la presencia de ese significante fundamental, *democracia*, se hace presente en los años previos a las elecciones del ‘83; en todo caso, el resultado de las elecciones, el triunfo de Alfonsín y la primera derrota electoral (presidencial) del partido justicialista, orientó las discusiones posteriores y signó las derivas teóricas de ese concepto. Por otro lado, coincidimos también en que su polo negativo lo ocupó una figura doble: en términos de régimen o forma de gobierno, la *Dictadura*, en términos de prácticas e imaginarios, el *Autoritarismo*. Estos conceptos, si bien a veces fueron usados como sinónimos, no se corresponden plenamente: toda Dictadura es, por definición, autoritaria, pero no todo autoritarismo es dictadura; precisamente, buena parte de las discusiones posteriores al ‘83 tienen que ver con identificar los reductos autoritarios que permanecían activos dentro de una sociedad –al menos formalmente- democrática.¹²¹

¹²⁰ Lesgart, C., *op. cit.*, p.17.

¹²¹ Este concepto de autoritarismo tiene entre sus orígenes más relevantes los estudios que Guillermo O’Donnell realiza entre mediados-fines de los años 70 sobre el Estado burocrático-autoritario (cfr. fundamentalmente, “Reflexiones sobre las tendencias del cambio del Estado burocrático-autoritario”, en *Revista Mexicana de Sociología*, N°1, enero-marzo de 1977). Como veremos, si bien la idea de un *Nuevo Autoritarismo* surge ligada a la descripción de un tipo específico de Estado (entre cuyas características estarían que fue propio de algunos países latinoamericanos –primero en el Cono Sur, pero luego extendido a Centroamérica-, como reacción a la activación de sectores populares radicalizados, en un contexto de crisis y percepción de “temor” en la burguesía y clases medias urbanas entre los años 60 y 70), resulta sugerente notar que –en textos de *Punto de vista*- varios intelectuales harán extensiva esta categoría para caracterizar regímenes que caen por fuera de esa tipificación, como pueden ser los países socialistas de Europa del este. Sobre este pasaje de los usos más técnicos y descriptivos de la noción de *Autoritarismo*, a su nueva formulación ampliada, ver: Lesgart, *op. cit.*, pp.42-62. Siguiendo a Koselleck, la autora concluye: “El *autoritarismo* actúa como pasado presente y conforma un *espacio de experiencias*

A partir de lo señalado, dividimos el capítulo en dos apartados: el primero atiende a algunas de las caracterizaciones y debates en torno a lo que se conoció como la “crisis del marxismo”, y el segundo intenta dar cuenta de las teorizaciones más sistemáticas sobre los conceptos que aparecían en discusión –como socialismo, democracia o pueblo- y que tuvieron en los intelectuales más afines al gobierno alfonsinista sus principales representantes.¹²² Esta distinción, al tiempo que pretende ceñirse lo más ajustadamente al modo en que se desarrollaron en *Punto de vista* los debates políticos en los años de la transición, pretende también poner en diálogo esa “historia interna” de la revista con la serie política que la contextualizaba y con la cual dialogaba de manera fluida. Si desechamos, en cambio, un criterio temático, esto se debe a que, por ejemplo, la discusión sobre *socialismo* incluía a la de la *democracia*, e implicaba también pensar la *cuestión nacional*, del mismo modo que indagar el vínculo entre *democracia* y *nación* involucraba –desde esta perspectiva- a la *cuestión social*. Sobre el final recogeremos las conclusiones del capítulo intentando dar cuenta de algunas consecuencias implícitas en estos debates sobre la figura del intelectual en el nuevo tiempo democrático.¹²³

en oposición al cual se levanta un futuro hecho presente, un todavía-no: la *democracia* como *horizonte de expectativas*” (p.62).

¹²² Nos parece importante reseñar el modo en que aborda estos debates políticos José Luis de Diego en su obra ya citada. Por un lado, resulta productiva su organización a partir de los desplazamientos de algunos motivos que se darían entre los ‘70 y la post-dictadura. El autor da cuenta de ellos mediante tres tópicos fundamentales: 1. De la “filosofía de lo concreto” a la dimensión utópica; 2. De la “primacía de la política” a la reivindicación de la ética; y 3. De la “liberación nacional” a la “cuestión democrática”. El problema que encontramos en este modelo, sin embargo, es que –con excepción del tercer punto- responde a una conceptualización que no se ajusta claramente a los términos en que se dan las discusiones en el período. La prueba más notoria es que la gran mayoría de artículos que cita sobre esas discusiones no pertenecen a los años inmediatos de la post-dictadura sino a reconstrucciones posteriores de los autores en los años ‘90. Con esto no queremos decir que la idea de “utopía” o la dimensión “ética” no aparezcan en los tempranos años ‘80, sino que esos conceptos –y sobre todo, esas contraposiciones- van cobrando nitidez en la década siguiente, una vez cerrado el ciclo alfonsinista. Para ver el abordaje de de Diego, cfr. *op. cit.*, pp.212-230.

¹²³ En este tercer capítulo será notorio la ausencia de uno de los nombres que organizaron nuestra tesis, como es el de Ricardo Piglia. Ellos se debe a que el escritor deja la revista, por diferencias políticas, a mediados de 1982. A partir de allí Piglia cultivará progresivamente un perfil de escritor profesional, más conectado con el ámbito académico y cultural (como docente y conferencista) que con los debates intelectuales sobre cuestiones políticas y sociales. Si a pesar de ello decidimos que formara parte del núcleo principal de nuestro análisis, eso se debe a que consideramos que su aporte fue fundamental en los primeros cuatro años de la revista, donde se reconsideran los modos de vincular el sistema literario con el sistema socio-político, y a partir de allí se operan las nuevas lecturas sobre la tradición cultural argentina.

I – Miradas sobre la “crisis del marxismo”

En la entrevista realizada por Javier Trímboli en el libro *La izquierda en la Argentina*, Carlos Altamirano resalta la importancia que tuvo para él haber podido viajar a Europa en el año 1979 para tener otra perspectiva sobre las experiencias socialistas: “Cuando viajó a Europa lo que percibo es la crisis del marxismo; aunque no era tan vasta como aparece desde hace unos años, ya estaban presentes muchos de los signos que ponían de manifiesto que el marxismo estaba gravemente afectado como teoría general del cambio revolucionario. Me encuentro también con un cuestionamiento general de los experimentos socialistas, ya no sólo de los bloques del Este que venían siendo objetados desde tiempo atrás, sino también de experimentos como el de la China maoísta.”¹²⁴ Este temprano desencanto puede ayudar a explicar por qué el primer artículo que publica *Punto de vista* de manera abierta y explícita sobre la cuestión política del socialismo –recordemos que aún estamos en el oscuro comienzo del año 1982- es una crítica tan directa y frontal, bajo la forma poco velada de mero comentario bibliográfico, a los países del este europeo.

En el texto “La oposición en el socialismo real”¹²⁵ Altamirano reseña el libro de Fernando Claudín, *La oposición en el ‘socialismo real’; Unión Soviética, Hungría, Polonia, Checoslovaquia: 1953-1980*. Allí comienza por señalar el destino extraño de la expresión “socialismo real”, que si fue “forjada por los dueños del poder en el mundo soviético para descalificar por utópicas las críticas que se ejercían en nombre de los valores del socialismo (...) ahora con ella se identifica el estatalismo, la *dominación burocrático-autoritaria*, el marxismo convertido en discurso apologético” (p.14, subrayado nuestro). En esa primera caracterización de los socialismos reales aparece una idea novedosa, y es la utilización de la idea de O’Donnell de una estatalidad *burocrático-autoritaria* –forjada para caracterizar a las dictaduras latinoamericanas de los años ‘60 y ‘70- aplicada ahora al universo soviético. Eso ayuda a entender también cuáles son para Altamirano las preguntas claves sobre ese proceso: “¿Por qué aquella revolución que se hizo bajo la bandera de una emancipación integral ha terminado engendrando un nuevo sistema de opresión social, con sus clases correspondientes?

¹²⁴ Trímboli, J., *op. cit.*, p.18.

¹²⁵ Altamirano, C., “La oposición en el socialismo real”, en *Punto de vista*, N°14, marzo 1982, pp.14-17.

¿Por qué aquella forma de poder que, en su misma estructura, anunciaba la futura extinción del estado ha producido una maquinaria omnipresente y no ha sido la sociedad la que ha ido absorbiendo al estado sino, por el contrario, fue éste el que comprimió a la sociedad civil?” (p.14). Como en todos los casos, la pregunta dice mucho de las hipótesis previas de quien indaga. Altamirano no pregunta, por ejemplo, por los (altos o bajos) grados de igualdad social, por los índices de empleos, crecimiento del PBI u otra variable *económica* de aquellos socialismos reales, sino por las causas del *nuevo autoritarismo* engendrado por esos regímenes. El horizonte de esa pregunta es el renacido interés por la cuestión de la *democracia/democratización*. Ese par conceptual, sin embargo, se deja ver en su declinación liberal, o al menos con algunos rasgos del liberalismo clásico, asociado al respeto de los derechos individuales (base fundamental de cualquier otro derecho social) y a la participación activa de los miembros de la sociedad civil (antes que una regulación y organización del orden social por parte del estado).

Sobre el final de su artículo, Altamirano hace explícito su horizonte exegético al trazar un paralelo (implícito) entre el planteo de Claudín y su propia situación histórica. Relevando las críticas hacia quienes hacen oposición a los regímenes soviéticos desde una perspectiva liberal, indica “¿No son acaso las viejas libertades burguesas? ¿Por qué los disidentes no emplean para su crítica el lenguaje del socialismo? A través de todo el libro se responde a estas dos cuestiones. En cuanto a la primera, recuerda que una larga tradición histórica enseña que bajo toda dictadura (...) la lucha por la democratización y por la constitución de espacios legales de organización y de expresión no es precisamente una batalla de retaguardia. Allí donde el poder central lo controla todo y la única opinión que tiene circulación legal es la oficial, el reclamo de una información veraz o el derecho a *expresar el propio punto de vista*, cobra un valor político y cultural sustantivamente progresista” (pp. 15-16). Tal como habían escrito pocos meses antes en el primer editorial de la revista, el derecho al *punto de vista* no es otra cosa que el derecho a pensar, escribir y difundir las ideas que cada uno se proponga. Lo notable de este paralelo es que a través suyo quedan identificados –al menos desde el punto de vista de las restricciones *democráticas*- los gobiernos socialistas de la URSS y Europa del Este con la dictadura más sangrienta y represiva de la historia argentina. Bajo ese emparejamiento, es difícil pensar que la crítica de Altamirano a los socialismos reales no arrastraba consigo casi cualquier epifenómeno político del marxismo.

Como cuenta en la entrevista citada, Altamirano realiza un viaje a México en 1980 donde se pone en contacto con el grupo de exiliados argentinos que editaba la revista *Controversia*.¹²⁶ Entre los miembros del Consejo de Redacción de aquella publicación que circuló entre 1979 y 1981, estaban José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Oscar Terán, entre otros.¹²⁷ La mención de estos tres nombres tiene que ver con que ellos pasaron a colaborar activamente en *Punto de vista* a partir de 1981, y si bien escribieron sobre distintas cuestiones, el centro de sus preocupaciones estuvo orientado al debate político, tanto en relación a la historia como a cuestiones de coyuntura.

En el N°17 de *Punto de vista* Oscar Terán publica dos artículos, una nota a propósito del libro de Víctor Massuh *La argentina como sentimiento*, y una breve reseña.¹²⁸ Ambos textos pueden ser puestos en serie a partir de un hilo conductor: la crítica al pensamiento marxista, tanto en su carácter de *episteme* privilegiada para el análisis y comprensión de mundo social, como en su función de soporte de una “mitología” política que condujo a legitimar la vía armada como camino necesario para la transformación social. En este sentido, abre otro flanco de crítica que complementa el propuesto por Altamirano: el problema no es ya –solamente– el modo en que el texto marxista devino realidad histórica (y contradijo sus promesas mejores), sino también, y sobre todo, la consistencia misma de ese texto.

En “El error Massuh”, el filósofo argentino sostiene que la derrota de la guerra de Malvinas debería ser un acicate para un ejercicio de autocrítica que aparece como impostergable: “La tarea requiere que nos instalemos en un doble registro: la desconstrucción de algunos símbolos colectivos cristalizados en el imaginario social, y la asunción de los hechos que en estos últimos tiempos han atravesado literalmente el espesor de los cuerpos” (p.4). Sobre lo primero, se trataría de revisar algunos mitos fundacionales que la realidad (del pasado aún presente) hizo estallar violentamente;

¹²⁶ Cfr. Trímboli, J., *op. cit.* pp.16-17.

¹²⁷ Sobre los comienzos de la revista y para visitar sus artículos, se puede consultar la edición facsimilar realizada por la Biblioteca Nacional: *Controversia*, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2009. Para un análisis de la revista y algunas de sus intervenciones, cfr. Gago, V., *Controversia: una lengua en el exilio*, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2009; y Reano, A., “*Controversia y La Ciudad Futura: democracia y socialismo en debate*”, en *Revista Mexicana de Sociología* 74, N° 3, julio-septiembre, 2012, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales, pp.487-511.

¹²⁸ Terán, O., “El error Massuh”, en *Punto de vista*, N°17, abril de 1983, pp.4-6; y también, “¿Adiós a la última instancia?”, en *Punto de vista*, N°17, abril de 1983, pp.46-47.

sobre lo segundo, habría que interrogar cómo la comunidad logró que un *factum* terrible fuese vivido como *Fatum*: la muerte violenta se tornó “una presencia ‘obviamente dada’ que adquirió las connotaciones de un Destino y que cubrió a sectores más amplios que aquellos que directamente participaron de la tentación de convertir la violencia clandestina en el instrumento privilegiado de la política” (p.4). Aquí, la crítica que en Altamirano hacía foco en los “socialismos reales” de aquella otra parte del mundo, se vuelca hacia el interior de esta particular comunidad llamada Argentina. No en vano Terán pone el dedo en la llaga de Malvinas. Si el libro de Massuh, conservador y “procesista”, podía ser atacado desde múltiples flancos por un intelectual de izquierda como Terán, éste decide resaltar cómo el filósofo (y funcionario de la dictadura), desde un universo discursivo orteguiano, invocaba la necesidad de una superación de las tensiones y antagonismos en una concertación nacional patriótica, cuyo paradigma era el “instante maravilloso” en que la plaza de mayo fue cubierta unánimemente por banderas argentinas durante la guerra de Malvinas. En un pasaje clave, el Terán declara que su intención no es montarse sobre el clima fuertemente anti-militar –que se extendía luego de la derrota de la guerra-, sino que “más bien habría que colocar estas líneas dentro de la menos complaciente hipótesis de Guillermo O’Donnell que –sin igualar responsabilidades, cuyo máximo rigor recae sobre las fuerzas armadas- propone pensar que ‘el régimen militar implantado en 1976 exageró tendencias profundamente inscritas en la sociedad argentina’. El subrayado que introduzco pretende remarcar que es en esa geografía que a todos nos incluye donde hay que indagar ciertas claves de la crisis actual” (p.5). Nuevamente –como en el caso de Altamirano- aparece el nombre de O’Donnell, aunque aquí para reforzar la lectura que llama a mirar las tendencias oscuras (más allá de su signo ideológico) de la sociedad argentina –sin negar, por supuesto, las responsabilidades ingentes de la dictadura militar.

Hacia el final del texto, Terán critica el borramiento de la violencia sobre los cuerpos que opera Massuh cuando utiliza un eufemismo –“intervención quirúrgica”- para referirse a lo más siniestro de la maquinaria represiva, aunque aclara que “no se trata, por cierto, de recaer en esa metafísica de lo infraestructural que terminó por negar la eficacia de mensajes que mostraron largamente ser mucho más que meras nubes de significantes sobrevolando la terrenalidad de lo real” (p.5). Aparece aquí el otro vector de su revisión, el que denuncia esa *metafísica de lo infraestructural* que sostiene a la *teoría* marxista, y la conduce a un monismo reduccionista que se sospecha perimido. Como sostiene –ya desde el título- en la otra reseña, el principio de aquella *metafísica*,

la “célebre y enigmática” noción de *última instancia* elaborada por Engels, “nos hace señas desde un espacio teórico tan tranquilizador como inoperante” (p.47). Por el contrario, Terán se entusiasma con el modo en que aparecen, en la compilación que comenta (*El discurso jurídico*), “las temáticas de la diseminación”, la centralidad que adquieren las nociones de deseo y poder, o la apertura al pluralismo de las “determinaciones múltiples”. Desde allí, y a través de ese festejo implícito al trabajo productivo con las lecturas de Foucault y Derrida, lanza una pregunta tan aguda como incómoda: “¿no habrá llegado también para el pensamiento argentino de izquierda la oportunidad de reclamar el derecho al postmarxismo?” (p.47).

Poco tiempo después de los dos artículos de Terán, José Sazbón recoge el guante y responde en el N°19 de *Punto de vista* mediante un derecho a réplica.¹²⁹ Comienza su exposición recuperando la aguda pregunta de Terán, con la convicción de que en ella se juega una cuestión “a la vez de política cultural y de cultura política”. Y rápidamente pasa a señalar: “Que la celebridad de una fórmula no basta para deprimir su validez (...) puede ser copiosamente documentado. Prefiero, en cambio, transcribir los sintagmas ‘metafísica de la presencia’, ‘micropoderes’, ‘diseminación’, ‘descentramiento del sujeto’, ninguno de ellos menos *enigmático* que la ‘última instancia’, pero que Terán, con razón, no se cree obligado a descifrar, ya que son célebres dentro del ‘porfiado universo discursivo’ de Foucault, Derrida y Lacán. Al eximirlos de un entrecomillado irónico, al cursarlos sin distanciamiento ni extrañeza, Terán se apropia de su sentido y lo expande” (p.36). Hay dos cuestiones que aparecen aquí de manera implícita y que Sazbón va desarrollando a lo largo del texto: por un lado, que Terán no esgrime argumentos, sino que, mediante solapamientos y sugerencias autoevidentes, apela “al registro latente de la *crisis del marxismo*”. Por otro, y en función de lo anterior, que ese reconocimiento de una crisis del marxismo parece sugerir algo (bastante) más; en su formulación, habría una especie de sentido común, más latente que declarado, que apuntaría a que la crisis del gran corpus teórico de izquierda del siglo XX es, en realidad, una crisis terminal, y más aún, que sobre su cadáver tibio están comenzando a definirse los candidatos a su reemplazo.¹³⁰

¹²⁹ Sazbón, J., “Derecho a réplica: ‘Una invitación al postmarxismo’”, en *Punto de vista*, N°19, diciembre de 1983, pp.36-38.

¹³⁰ Utilizamos esta metáfora en consonancia con la ironía ácida que escribe Sazbón. En un pasaje de lo más elocuente, señala que mientras en las páginas de *Punto de vista* se lleva a cabo el funeral de la *última*

Con no menor claridad y firmeza, Sazbón desarrolla otra línea crítica. Por un lado, muestra cómo buena parte de lo escrito por Terán lleva las marcas de esa *última instancia* (por ejemplo, su *Antiimperialismo y Nación*, publicado tres años antes), que no se comprende ni se deja explicar por la expresión que ahora usa Terán cuando habla de una “metafísica de lo infraestructural”. Pero por otro lado, y en lo que nos parece el núcleo de su respuesta, el historiador escribe: “Todo esto es formal y programático: Terán tiene todo el derecho del mundo a instalar la última instancia en el lugar más congruente con su convicción filosófica (...) Donde su derecho se vuelve dudoso y su libertad algo desenvuelta es en la instrumentación de esa opción para desfigurar una teoría, un método y una práctica intelectual cuyas posibilidades de libre ejercicio restituido comienzan a vislumbrarse en el país como un efecto más de la recuperación de la sociedad civil frente al autoritarismo clasista del discurso y del poder” (p.37). Lo sugerente del texto de Sazbón es que señala, en términos teóricos, que una posible –que no necesaria- autocrítica desde el campo marxista no conducía obligatoriamente a declarar su defunción. Al mismo tiempo, y a partir de las últimas líneas de su réplica, una autocrítica por lo actuado en el pasado inmediato por algunos “intelectuales comprometidos” con el marxismo revolucionario no supondría la condena *in toto* de esa tradición de izquierda; el problema está, como indica Sazbón en la última nota a pie de su texto, en “identificar tácitamente los supuestos de una izquierda con las estaciones de su *iter* personal” (p.38). Por último, y en otra torsión relevante del texto, el autor recuerda que lo que se abre con el nuevo tiempo democrático (y el fin de la censura) es, precisamente, la posibilidad de ejercer un discurso crítico de izquierda que pueda denunciar el carácter *clasista* de la última dictadura.¹³¹ Se abriría así la posibilidad de

instancia (i.e., del marxismo), fuera de ellas, “el difunto ‘reclama su derecho’ con una energía que debería hacer meditar sobre ‘la oportunidad’ de su lápida”, cit., p.38.

¹³¹ Este señalamiento nos parece que merece ser destacado, sobre todo porque no resultaba nada evidente para la época. Coincidimos con la sospecha que sugiere Sazbón, acerca de que el modo en que se estaba presentando la cuestión de “la crisis del marxismo” –al menos en *Punto de vista* y los ámbitos afines- implicaba un abandono en bloque y sin matices de esa tradición. A propósito, nos resulta fundamental el texto que Emilio de Ípola publica en la revista en el N°58, de agosto de 1997. Con otras palabras, refrenda la sospecha de Sazbón, y plantea la hipótesis de que si en esos años ‘90 volvían algunas ideas y nociones propias de los ‘70 eso se debía al modo en que los ‘80 habían procesado –o mejor dicho, se habían apurado en procesar- las discusiones sobre el pasado reciente. Para de Ípola, en esos años bisagra (entre los ‘70 y los ‘80) no hubo *una* crisis del marxismo sino varias, y en varios niveles; los debates que siguieron, sin embargo, y a diferencia de lo ocurrido en Europa, por ejemplo, no estuvieron a la altura de

realizar una lectura que conecte la serie *política* con la *económica*, o dicho de otro modo, la cuestión del *régimen* dictatorial –su carácter represivo y antiliberal- con el sentido definido de sus *intereses*, los cuales –paradójicamente, o no tanto- tuvieron una marcada orientación liberal.¹³² Este análisis, entendemos, no habría ido en detrimento de la interpretación *culturalista* que primó en las páginas de la revista (y que aquí estamos reseñando); antes bien, podría haber funcionado de modo complementario, lo que habría arrojado otra luz sobre esa sociedad civil que estos intelectuales comenzaban a redescubrir.

Para concluir la glosa de este debate, quisiéramos terminar por mencionar muy brevemente el motivo fundamental de la respuesta de Terán a la réplica de Szabón, porque en el modo en que termina de explicitar su posición frente al marxismo se deja ver también una forma de ubicarse en el presente como intelectual. En “Una polémica postergada: la crisis del marxismo”¹³³, el filósofo apunta al centro de la cuestión, esto es, cuánto queda implicado el corpus marxiano por los crímenes y horrores que los socialismos reales cometieron en su nombre. Si bien no es posible establecer cuantitativamente el asunto, sí se puede afirmar –siguiendo una idea que Aricó publicó un año antes en *Controversia*- que esas acciones, junto con los rasgos autoritarios y burocráticos de los regímenes, “cuestionan directamente el pensamiento marxista”. Y sin embargo, Terán busca llevar más allá –o más acá- el argumento: “un relato que hoy exculpe lisa y llanamente la responsabilidad de la izquierda en nuestro país, arguyendo el salvajismo inconmensurablemente mayor de la barbarie militar, no haría más que contribuir a ese viaje tan argentino por los parajes de la amnesia. Tanto las versiones peronistas como de izquierda, tanto las estrategias insurreccionales como guerrilleras, tanto el obrerismo clasista como el purismo armado, estuvieron fuertemente animados de pulsiones jacobinas y autoritarias que se tradujeron en el desconocimiento de la democracia como un valor sustantivo y en una escisión riesgosa entre la política y la

aquella complejidad (menos por la incapacidad de los intelectuales que por la singular situación de la última dictadura militar argentina y el modo en que se produjo la transición democrática). Para ver los argumentos en detalle, cfr. De Ípola, E., “Un legado trunco”, en *Punto de vista*, N° 58, agosto de 1997, pp.24-28.

¹³² Para un análisis detallado de esta idea, que –por otra parte- se ha vuelto ya sentido común para economistas, historiadores y politólogos, Cfr., Basualdo, E., *Estudios de Historia Económica Argentina (desde mediados del siglo XX hasta la actualidad)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006; segunda parte.

¹³³ En *Punto de vista*, N°20, mayo de 1984, pp.19-20.

moral” (p.20). El problema no atañe sólo a las formas en que la izquierda triunfante se materializó en diversos regímenes socialistas en el mundo, sino –y sobre todo- al modo en que esa mitología (socialista), en un contexto histórico determinado, se mixturó con otras mitologías (de nuestra historia nacional) para alumbrar un “resultado catastrófico”. Aparece aquí lo que muchos han mentado como el signo *trágico* del pensamiento de Terán, o también, una forma de *pensamiento en huida*.¹³⁴ De este modo, Terán radicaliza la hipótesis autoculpabilizadora –por el presente oscuro del país- en un doble sentido: apuntando a todas las organizaciones sociales y políticas (sindicales, guerrilleras, etc.) donde el marxismo llegó a influir, pero señalando también al conjunto de la sociedad por los “fascismos que supo albergar sin admitirlo”.

En este punto, y para cerrar nuestra lectura sobre la intervención de Terán, quisiéramos separar dos elementos que, aunque se muestren solidarios, no se corresponden necesariamente. Por un lado, es evidente que el ensayista comparte con la posición de Altamirano un fondo liberal sobre el cual se recorta su estrategia autocrítica: esas izquierdas de “pulsiones jacobinas y autoritarias” minusvaloraron la *democracia* – ¿fue alguna vez ese significativo, en las décadas previas al ‘70, un “valor sustantivo”?, y separaron riesgosamente la política de la ética; suenan aquí tonos de un renovado liberalismo político que irá ganando consistencia a medida que avancen los años ochenta y se profundice el declive de la URSS, y que será la base de la *episteme* política del alfonsinismo. Por otro lado, la mirada pesimista sobre las tendencias oscuras ínsitas

¹³⁴ El concepto de “pensamiento en huida” corresponde a Matías Farías, en su texto “Oscar Terán: un pensamiento en huida”, en *El río sin orillas*, N°2, octubre de 2008, pp.345-358. Allí Farías señala un doble elemento trágico: si la lectura de Terán sobre el desenlace “catastrófico” de los años setenta tiende a señalar su inevitabilidad (en relación a cómo se alinearon algunos símbolos con ciertas coordenadas históricas que hacían de la Revolución un horizonte futuro que se percibía como presente) y es por ello trágica, también lo es su propia colocación respecto de esa historia. En el desenlace de la nota, se puede leer: “Pero ese ‘pensar en huida’, lo dijimos, posee asimismo una estructura trágica, porque su propia tragedia reside en que cuanto más reflexiona sobre sus actos, cuanto más, *en virtud de la enseñanza trágica*, se ve obligado a responder por ellos, mayores dosis de clarividencia adquiere de sí y de todo el cuerpo social, al precio, sin embargo demasiado alto, de perderse en la soledad que surge del peor acompañamiento. Se trata de un *trágico moderno*.” (p.354). En ese mismo número, Javier Trimboli se refiere a *En busca de la ideología argentina* (texto donde Terán reúne su producción de los años 1980-1986) a un tipo de “revisión desgarradora”, aunque resalta que, como consecuencia de ello, la figura que toma fuerza en los textos del período es la del “temor” y la “distancia”; cfr., “Tentativas sobre un libro de Oscar Terán”, en *El río sin orillas*, N°2, octubre de 2008, pp.339-344.

en la sociedad civil (que abrevaba en las tesis de O'Donnell), la *conciencia mitológica* de esa sociedad, instalaba un horizonte de dudas y mayor prudencia sobre el potencial regenerativo que allí anidaba. Quizás por eso supo insistir a lo largo de su deriva intelectual posterior con la necesidad de operar contra esas mitologías, asumiendo el lugar de un *pensador de la sospecha*, que *si no sabe decir quién es, sabe al menos de lo que huye*.¹³⁵

II – La Ciudad (de la democracia) Futura

Vimos en el apartado anterior, siguiendo algunas notas, debates y contrapuntos de Carlos Altamirano, Oscar Terán y José Sazbón, formas diversas y singulares de leer el mapa de la transición democrática argentina, en el marco de la llamada “crisis del marxismo”. Nos interesa ahora, en este segmento, reconstruir otra perspectiva que se hizo lugar en *Punto de vista* y constituyó una clave de interpretación más sistemática y programática que las anteriores. Ella se fue perfilando en torno a los nombres de Juan Carlos Portantiero, José Nun y Emilio de Ípola. Esta interpretación se diferencia de las que antes reseñadas al menos en dos aspectos: por un lado, se orienta primordialmente hacia el *futuro* que se proyecta con la apertura democrática, antes que a las discusiones sobre el pasado reciente; si hacen alguna remisión al pasado, lo hacen generalmente con fines de clarificación teórica (el análisis de los debates en la tradición marxista, por ejemplo). Por otro lado, esta interpretación se irá “calibrando” progresivamente en consonancia con el acercamiento de estos intelectuales al nuevo gobierno radical.¹³⁶ Este acercamiento devino rápidamente en un trabajo orgánico en la redacción de discursos y en la elaboración de un andamiaje conceptual que concluyó por definir el

¹³⁵ Cfr. Terán, O., *De utopías, catástrofes y esperanzas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, p.141.

¹³⁶ Como señalamos en la introducción, este acercamiento a la dinámica de la *realpolitik* y los desafíos crecientes del alfonsinismo llevó al planteo de la necesidad de crear una revista más comprometida con los debates de la coyuntura y que pudiera dar cuenta más abiertamente de la afinidad –cuando no, abierta identificación– con algunas de las ideas y propuestas del gobierno de Alfonsín. Los tres intelectuales señalados, Portantiero, Nun y De Ípola serán parte fundamental de ese nuevo proyecto editorial que se llamó *La Ciudad Futura*. Sobre el recorrido de estos intelectuales en esa revista, puede consultarse: Reano, A., “*Controversia y La Ciudad Futura: democracia y socialismo en debate*”, en *Revista Mexicana de Sociología* 74, N° 3, julio-septiembre, 2012, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales, pp.487-511.

núcleo duro de lo que antes hemos llamado el *relato alfonsinista*.¹³⁷ Nos concentraremos aquí, entonces, en las formulaciones teóricas que aparecen en la revista entre los años 1982 y 1986.

La primera colaboración de Portantiero en *Punto de vista* es un artículo en el N°14 (marzo de 1982), titulado “Nación y democracia en la Argentina del Novecientos”.¹³⁸ Desde el comienzo, y con notable sinceridad, el autor advierte que va a transgredir el principio metodológico de no pensar la historia desde el presente. Y ese presente, como vimos, está signado por la *cuestión democrática*. El punto de partida será entonces interrogar ese fatal desencuentro, dentro de la tradición político-intelectual argentina, entre el tema de lo *democrático* y el tema de lo *nacional*; desencuentro que tiene su origen en el momento en que se configura “lo popular” en la Argentina moderna, esto es, en los años que siguieron a 1880 con su formidable oleada inmigratoria. En el planteo inicial están ya todos los conceptos políticos que arman el mapa del presente: democracia, nación y pueblo. La primera definición que avanza es, por la vía negativa, la de “lo popular”, presentado como “una abigarrada configuración política, económica, cultural, ética, que se constituía como oposición al proyecto de construcción nacional generado en el 80” (p.3). Si las primeras décadas del siglo XX, marcadas por el triunfo del ala transformista del viejo conservadorismo, el ascenso del movimiento sindical y los triunfos electorales de socialistas y radicales, alentaron la posibilidad de un proceso moderno y democrático de “nacionalización de las masas”, la alianza entre los sectores más reaccionarios del conservadorismo y el ejército demostraron bien rápido cuan frágil era aquella ilusión. El nudo de la cuestión era, precisamente, que a pesar de las reformas del sistema electoral, la vida política estaba construida al margen del inmigrante, que era lo mismo que decir, de los trabajadores, del *pueblo*. La conflictividad inherente a esta marginación puso en el centro de la escena el problema de la integración, que no es otro que “la cuestión nacional”.

¹³⁷ El punto más alto de esta elaboración fue el ya célebre discurso de Parque Norte, pronunciado por Alfonsín el 1/12/1985, en cuya formulación tomó parte activa Juan Carlos Portantiero. Un análisis detallado del acercamiento de estos intelectuales al gobierno de Alfonsín, vía el *Grupo Esmeralda*, puede leerse en Elizalde, J., “Intelectuales y política en la transición democrática. El Grupo Esmeralda” en: http://flacsoandes.org/dspace/bitstream/10469/2152/1/Tesis_Josefina_Elizalde.pdf, Tesis de Maestría, 2009, pp.72-82.

¹³⁸ Portantiero, J. C., “Nación y democracia en la Argentina del Novecientos”, en *Punto de vista*, N°14, marzo de 1982, pp.3-6.

Portantiero quiere detenerse en este momento crucial en que surge por primera vez –en la Argentina moderna- la relación entre las masas trabajadoras (*pueblo*) y *nación*. Y quiere detenerse aquí para señalar dos cosas. Primero, que sólo el socialismo –el de Palacios, Ugarte y Mario Bravo- hubiera podido realizar una integración por la *vía democrática*: “Para los socialistas, anarquistas y radicales eran reminiscencias de un pasado que debía ser superado: los primeros por bloquear la participación política de los trabajadores; los segundos, por no ser más que una variante de la aborrecible ‘política criolla’. Su objetivo era exactamente inverso: colocar a la acción política de las clases subalternas como centro de una modernización general de los hábitos cívicos” (p.6). En la línea argumental de Portantiero se deja ver algo que el autor explicitará en artículos posteriores: democracia es, para él, *modernización* y *civismo* (antes que, por ejemplo, igualdad económica o justicia social). El otro señalamiento que quiere hacer el sociólogo gramsciano es que, por el modo que se operó esa integración (primero, por la vía “cultura” de las élites, y luego, por la vía “populista” del peronismo), se terminó por “amputar” una porción significativa de la memoria de las clases subalternas; esa memoria de aquella utopía modernizadora y democrática de los años ‘20 cuando “el socialismo producía redes de socialización particulares para los trabajadores: partido, sindicatos, bibliotecas, cooperativas, editoriales, universidades populares, que constituirían la propuesta de una nueva cultura de masas, científicista y racionalista” (p.6). Ante esta productividad afiebrada y promisorias, parece algo insuficiente la explicación que brinda Portantiero sobre las razones del fracaso del socialismo: a diferencia del anarquismo y del radicalismo, que supieron explotar “los resortes emocionales, maniqueos, de la comunicación”, los socialistas mantuvieron su confianza en la razón, pero en la clave de un discurso ilustrado “su mensaje no pudo ser sino finalmente elitista”. La acusación al anarquismo y al radicalismo suena también un tiro por elevación al peronismo: todos ellos conllevarían distintas formas –y en distintos grados- de apelaciones irracionales. Lo queda sin explicar en el texto, sin embargo, es si la falla fue un exceso de ilustración de aquellos primeros socialistas, o una desviación ya insalvable en esas masas demasiado proclives a la inflamación emocional.

Es posible, sin embargo, leer aquel texto de Portantiero en otra clave. Se puede postular que su interés era menos componer un cuadro elegíaco sobre la pérdida de influencia de aquel temprano socialismo argentino, que tomar ese fracaso como advertencia para el presente. Así, podría explicarse, también, que gran parte de su producción intelectual posterior estuvo menos ligada a historizar aquellos años mozos

del socialismo que a postular las bases teóricas que deberían sostener a la democracia naciente. Pasamos a considerar, entonces, una serie de textos de Portantiero, José Nun y Emilio de Ípola que, a nuestro entender, están tramados bajo una misma matriz ideológica, más allá de los matices conceptuales que podamos señalar.¹³⁹ Tomados en una visión de conjunto, detallamos el núcleo central de su articulación.

Un punto de encuentro entre los tres autores es su formación en la tradición de una izquierda marxista. Como ya hemos señalado, a partir de las críticas al desarrollo concreto de los “socialismos reales”, aquella tradición había entrado en una (nueva) situación de crisis y revisión profundas. Desde el renovado interés por la cuestión *democrática*, estos intelectuales pondrán el foco, en primer lugar, en la ausencia de una teoría del estado en el corpus marxiano. Este tópico no era nuevo y había sido revisado desde los comienzos mismos del marxismo como teoría política.¹⁴⁰ La dificultad estaba en la concepción estrictamente instrumental y provisoria de la institución estatal. Como señala Portantiero en “Socialismo y democracia. Una relación difícil”, fuertemente societalista, el pensamiento marxiano llevaba a sus extremos una tradición que tendía a subsumir lo político en lo social y a fundar las bases para una progresiva extinción del Estado.¹⁴¹ Por fuera del modelo liberal-burgués de Estado, visto como un mero “comité administrativo” de los intereses de la burguesía, y ámbito reproductor de su ideología, la

¹³⁹ Si bien, como hemos tratado de sostener y desarrollar a lo largo de nuestra tesis, renunciamos a las generalizaciones que poco explican (y muchas veces, aplanan detalles significativos), podríamos señalar que esta matriz ideológica se nutre de varias lecturas: el “eurocomunismo” naciente en Europa, las recuperación de elementos de la filosofía política moderna que hacen, con sus diferencias, Norberto Bobbio, Jürgen Habermas y, en menor medida John Rawls (cuyas lecturas son mencionadas en entrevistas posteriores pero que, al menos en estos años de *Punto de vista*, tiene poca presencia en términos conceptuales), como así también, los estudios de Robert Dahl en torno a la idea de democracia como poliarquía. A este cuerpo de lecturas que, con diferencias importantes, cabaigan alrededor del cruce entre democracia y socialismo en el marco del liberalismo político, se podrían mencionar algunos otros nombres cuyo influjo es notorio pero a partir del uso selectivo de algunos conceptos; el ejemplo más notorio sería de Foucault. Para un análisis más amplio de estas cuestiones, cfr. Lesgart, *op. cit.*, pp.80-96.

¹⁴⁰ Como se suele indicar, la Introducción que escribe Engels en 1895 a la nueva edición de *La lucha de clases en Francia*, implicaba ya un abordaje a novedades históricas como las que presentaban la ampliación de los Estados, y el desarrollo de conflictos clasistas en su interior, y también la expansión de la cuestión de la nación como espacio singular donde tenía lugar, de manera específica la (internacional) lucha de clases.

¹⁴¹ Cfr., Portantiero, J. C., “Socialismo y democracia. Una relación difícil”, en *Punto de vista*, N°20, mayo de 1984, p.2.

única figura que remitía a la estatalidad era la *transicional* dictadura del proletariado que, como tal, debía disolverse a favor de la sociedad comunista. A partir de allí, Portantiero pasa revista a las figuras con que desde el campo marxista –ya entrado el siglo XX- se intentó complejizar aquella fórmula, fundamentalmente, el *consejismo* –de cuño trotskista- y la *hegemonía* gramsciana. Si el primero es rechazado rápidamente por el sociólogo, en tanto presenta las mismas insuficiencias que cualquier otro modelo de democracia directa (al menos, en sociedades vastas y complejas como las nuestras), sobre el segundo recae una cierta ambigüedad. Para el autor, “*hegemonía* tiene tantas (o más) potencialidades totalitarias que *dictadura*” (p.5), por lo que sería necesario distinguir entre una *hegemonía organicista* y una *hegemonía pluralista*. En la primera el consenso se piensa homogeneidad y unanimidad, es la “sociedad hecha Estado”, por lo que tiende hacia una concepción política totalitaria; la segunda, en cambio, reconoce la legitimidad de los disensos, por lo que la búsqueda de consenso, antes que disolver las diferencias, las articula.

En las últimas líneas aparece entonces un segundo motivo: si la primera idea apuntaba a que *la política requiere de un Estado*, y de un Estado concebido de manera no instrumental, esto se debe a que la política, entendida en su nueva torsión democrática, supone la *generación de consensos*. Y esto se da en un movimiento doble y complementario: si este “revival neocontractualista” redescubre el *Estado*, eso se debe también a que redescubre –o elabora de manera distinta a la tradición marxista clásica- a la *sociedad civil*.¹⁴² El Estado aparece ahora como instancia de mediación y articulador de las diferencias, esto es, como lugar privilegiado de la generación de consensos; pero si esto es así, es porque la sociedad civil ya no se piensa como un bloque monolítico (de individuos indiferenciados) sino que ahora es considerada como una instancia plural, de demandas e intereses múltiples, en varios planos y movida por diversas lógicas. Esta sociedad plural ya no ubica al sujeto proletario como actor privilegiado, sino que se estructura en el reconocimiento de una multiplicidad de sujetos, *i.e.*, las llamadas “minorías”. A este fenómeno, a la “crisis del discurso heroico sobre la clase obrera”, es al que José Nun nombra como “la rebelión del coro”.¹⁴³ Para Nun, precisamente, mayoría de los marxistas habrían olvidado las lecciones de Marx sobre la importancia

¹⁴² Rabotnikof, N., “El retorno de la filosofía política: notas sobre el clima teórico de una década”, en *Revista mexicana de sociología*, N° 4, UNAM, México, 1992.

¹⁴³ Nun, J., “La rebelión del coro”, en *Punto de vista*, N°20, mayo de 1984, pp.6-11.

de los sindicatos a la hora de formar la conciencia revolucionaria, es decir, habrían minusvalorado la importancia de las condiciones subjetivas para la transformación social (cuando no lo hicieron, cayeron en el pecado del *vanguardismo*). El lugar del coro sería el lugar pasivo que las concepciones economicistas asignan a los hombres en la sociedad civil, como punto de llegada de una verdad que sería definida “desde arriba”, y comunicada por algunas organizaciones (partidos, sindicatos) concebidas como meras correas de transmisión. Por el contrario, para el politólogo habría que dar cuenta de la diversidad de niveles y prácticas que llevan adelante las clases subalternas; y apelando a Wittgenstein, llama a leer en los diferentes lenguajes que allí se gestan múltiples “formas de vida”, porque después de todo, “como también intuyera Gramsci, el sentido común de los explotados suele contener un núcleo de buen sentido, un sentimiento elemental de separación y de antagonismo (...) frente a los dominados” (p.10). Desde esta nueva comprensión de la sociedad civil, aparece también una *nueva función intelectual*. A distancia de las dos figuras que sirven como extremos negativos, el *vanguardismo* (marxista) y el *basismo* (populista), el nuevo intelectual democrático debe “establecer cuál es el grado de consistencia interna de de los juegos del lenguaje (...); hasta dónde son traducibles a otras situaciones; qué lugar les corresponde en el conjunto de los dominios de relevancia del actor y del grupo; etc.” (p.10).

El tercer elemento que completa esta nueva comprensión de la democracia, junto con la reconceptualización sobre el Estado y la sociedad civil, es la figura del *pacto*, la cual comporta –sin dudas– el momento más *contractualista* de estos pensadores. Desarrollado en varios de los textos, este motivo tiene su tratamiento más ajustado en la revista en el extenso artículo “Crisis social y pacto democrático”.¹⁴⁴ Allí, y desde un complejo entramado teórico que conjuga a Habermas con Cacciari, y a Searle con Foucault y Gramsci, postulan, por un lado, la idea de una *productividad* de las situaciones de *crisis* (no de cualquiera, sino de aquellas de *integración sistémica*, i.e., las que se instalan en el “mundo de la vida”, en el centro de los consensos y valores que dan estabilidad a los sistemas sociales). La crisis, en tanto opera “haciendo estallar la percepción reificada de las relaciones sociales (...) ilumina la idea de la ‘artificialidad’ de los vínculos sociales, de su carácter no natural, de la necesidad de una construcción intersubjetiva de los mismos” (p.14). La crisis se convierte así en “factor proyectual”,

¹⁴⁴ De Ípola, E. – Portantiero, J. C., “Crisis social y pacto democrático”, en *Punto de vista*, N°21, agosto de 1984, pp.13-20.

aparece como *proyecto político*. Aunque no lo hacen explícito, es harto evidente que hay aquí una clave de interpretación de la Argentina hacia 1984 (fecha de publicación del texto): el terrible pasado que arrojó al país a un presente de crisis y conmoción, por su profunda gravedad, puede *transfigurarse* en una situación de apertura, de oportunidad para la construcción de un nuevo proyecto comunitario. Pero eso no sería fruto de un grupo de ciudadanos puestos a imaginar o expresar sus deseos libremente sino que requiere de una verdadera decisión, de un *pacto*. Ese pacto supone la institución de un conjunto de reglas, entre las cuales los autores –siguiendo la conocida distinción de J. Searle– diferencian dos tipos: *reglas constitutivas* y *reglas normativas*. Las primeras –como bien sintetiza Lesgart– son aquellas que una vez acordadas por consenso y dada la suposición de que existe un mismo cálculo estratégico de los actores por salir del autoritarismo, no se podrán volver a discutir. Estas remiten a la idea de un conjunto de reglas y rutinas compartidas por todos. Las segundas, las *normativas*, son las que refieren a la pluralidad de proyectos en pugna y a la diversidad de actores que una vez que han acordado aquel núcleo básico (*reglas constitutivas*) pueden seguirse negociando.¹⁴⁵ Si las segundas son flexibles, las primeras deben ser respetadas de manera absoluta; pero como eso no ocurre “por naturaleza”, hay una exigencia de que los actores puedan (auto)limitar sus deseos e impulsos *anómicos*. Aquí aparecerá toda la literatura que, ante el reconocimiento de la tradición corporativa de no pocos actores sociales (como los sindicatos, los empresarios, o las FFAA), llamará a un cambio profundo de la *cultura política*, cambio que refería precisamente a una transformación de los hábitos y prácticas refractarios a los renunciamientos universalistas.

En este último señalamiento encontramos una de las mayores dificultades de esta apuesta, y es el pasaje tan fluido entre los desarrollos teórico-normativos y las descripciones fácticas. Un pasaje donde los conceptos parecen disolver, casi por su sola formulación, las huellas más profundas de los cuerpos e imaginarios sociales. Esa confianza en que la correcta alquimia de los nombres puede transformar el duro hueso de la historia podría explicar que el sesudo análisis del marxismo moderno que realiza Portantiero pueda concluir sentenciando: “A la teoría política del socialismo le ha sobrado Rousseau y le ha faltado Locke. Por ese exceso y por ese defecto le ha nacido la tentación por Hobbes.”¹⁴⁶

¹⁴⁵ Cfr., Lesgart, *op. cit.*, p.91.

¹⁴⁶ Portantiero, J. C., “Socialismo y democracia. Una relación difícil”, *cit.*, p.5.

Como hemos tratado de mostrar a lo largo del capítulo, las ideas y debates que aparecen en *Punto de vista* sobre la transición democrática y el nuevo tiempo político no reflejan una posición homogénea, aunque las distintas posturas se acercan, con matices, a un diagnóstico general: que el presente era, entre otras cosas, el punto de llegada de una historia argentina marcada por concepciones unanimistas de la política, con actores sociales de tendencias facciosas y corporativas (que no había encontrado límites en ningún principio moral no jurídico), y que sólo podía ser conjurada mediante una profunda y abierta autocrítica. Las diferencias aparecen a la hora de evaluar el grado de compromiso que habrían tenido los distintos sectores de la sociedad con esa historia funesta, y la confianza depositada en la posibilidad de aquel conjuro. Ambas evaluaciones estaban anudadas. Si Terán avanza en una lectura que compromete seriamente al conjunto de la sociedad –y más seriamente aún, a aquellos que se dejaron vencer por las pulsiones jacobinas-, se entiende su prognosis más oscura y poco proclive a alentar nuevas y grandes ilusiones. Por el contrario, el segundo grupo de intelectuales que estudiamos, cuyo análisis supo fusionarse con el del propio gobierno alfonsinista, hacía reposar sus esperanzas –su confianza en que la crisis se transforme en *proyecto*- en la responsabilización selectiva de la sociedad; el énfasis puesto en que se trataba de dismantelar a los sectores corporativos, minoritarios respecto de las amplias “mayorías democráticas”, suponía un horizonte promisorio, donde la *democracia formal* pudiera conjugarse con la *democracia sustantiva*.¹⁴⁷

En función de esos balances sobre el marxismo, la democracia y el pasado reciente argentino, vimos también que las distintas intervenciones tornaban visibles diversas figuras intelectuales. Si bien avanzaremos sobre esto en las consideraciones finales, sólo quisiéramos explicitar una contraposición tácita. Como señalamos más arriba, la mirada de Terán, teñida de una módica confianza, más atenta a las tragedias del pasado que a las promesas del futuro, está cargada de sospecha y precauciones; al tipo de modelo que la soporta lo llamaremos *intelectual crítico*, y su condición de

¹⁴⁷ Conceptos clásicos de la tradición de izquierda con los que ésta denunciaba el carácter meramente legal, abstracto, *i.e.*, *formal* de la democracia capitalista, la cual colocaba a los derechos individuales como su fundamento primero. Frente a ella, la democracia socialista, como democracia plena, *sustantiva*, implicaba una verdadera igualación material de todos los hombres, en tanto hacía del conjunto social el principio de su fundamentación.

posibilidad es el *distanciamiento*.¹⁴⁸ Por su parte, la perspectiva de intelectuales como Portantiero, De Ípola o Nun, estaba orientada hacia el futuro, bajo el signo de la confianza en el potencial democratizador de la sociedad. De aquí que los intelectuales deban estar dispuestos a una escucha diversa, pero también *conectados* para poder interpelar y criticar aquello que se escucha; surge entonces un modelo de *intelectual ciudadano*¹⁴⁹, cuya marca distintiva es la *cercanía* y la disposición activa para dialogar con la sociedad civil en sus diversas esferas.

¹⁴⁸ Elaboramos esta categoría en un texto anterior. Cfr., Caramés, D.-D'Iorio, G., "De luces y opacidades: los símbolos y la muerte en los años sesenta y setenta. Oscar Terán y Horacio González en el debate sobre el pasado reciente de la Argentina", en revista *Signos universitarios virtual*, Año III, N° 6, UNSAL, <http://www.salvador.edu.ar/vrid/publicaciones/revista/suvn06.htm>.

¹⁴⁹ Esta noción la tomamos de la entrevista cita a Beatriz Sarlo, y es una sugerencia que Altarmirano le habría hecho a la ensayista para referir a los intelectuales en su libro *Escenas de la vida postmoderna*; Cfr., Pistacchio Hernández, op. cit., p.159. Como puede inferirse, la hipótesis que está a la base de la decisión de este préstamo semántico es que la figura que se diseña en este espacio intelectual es una de las que tendrá vida duradera a través de los años noventa.

Capítulo IV.

Consideraciones finales¹⁵⁰

A continuación, nos proponemos recapitular el trabajo realizado en los distintos segmentos de la tesis para evaluar de qué modo y en qué medida hemos podido responder a los interrogantes que nos propusimos al comienzo. En segundo lugar, quisiéramos señalar algunas tensiones que encontramos en el dispositivo-*Punto de vista*, toda vez que se lo analiza en su doblez cultural y político. Para esto, sumaremos un último texto de Beatriz Sarlo sobre la figura del intelectual en la democracia que, por las sutiles oscilaciones que presenta, nos parece altamente representativo y condensa buena parte de los núcleos problemáticos que articularon nuestro trabajo. Por último, mencionaremos algunos interrogantes que, aunque exceden en sentido estricto los límites de la investigación, estuvieron implícitos a lo largo de su desarrollo; junto con ellos, señalaremos también algunos indicios y tentativas de respuesta que, como *resto*, permanecen abiertos.

El punto de partida de nuestro trabajo era la afirmación de que un nuevo modelo intelectual se gestó desde la revista *Punto de vista* en los años de la *transición* y la *consolidación democrática*, a partir de un triple movimiento (conectado pero no simultáneo): una revisión de las matrices teórico-críticas que el grupo editor –formado por Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia– habían adquirido en su anterior estación intelectual, la revista *Los libros*; a partir de una reconfiguración conceptual, una relectura del canon literario y de la tradición de la ensayística nacional, remontándose a los orígenes del siglo XIX (donde emergió aquella primera formación intelectual que fue la generación del '37); y por último, una intervención en los debates

¹⁵⁰ En este capítulo, que en tanto que síntesis, se pretende una *narración* abreviada pero integral de la tesis, hemos evitado al máximo el uso de notas a pie para poder hacer más ágil la lectura. Todas las referencias a textos o autores, sin embargo, pueden encontrarse en el cuerpo de los capítulos anteriores o en el índice bibliográfico que se encuentra al final.

políticos que se abren en la *transición* a partir, por un lado, de la revisión teórica de la tradición de izquierda a la que adscribían los miembros de la revista, y por otro lado, de textos más ligados a la coyuntura política (como pudieron ser, en su momento, la guerra de Malvinas, las elecciones del '83, o la discusión sobre el compromiso y las responsabilidades de los distintos actores en los años de la última dictadura).

Dentro de ese recorrido, entonces, en el primer capítulo quisimos dar cuenta de los complejos movimientos con que el grupo editor de *Punto de vista* fue reformulando la matriz teórica con la que leían los fenómenos culturales. El primer y fundamental paso, para eso, fue mostrar que esa tarea, a diferencia de lo sostenido por buena parte de la crítica, ni se redujo a una mera *importación* de autores, ni tampoco a una “vuelta” a la primera etapa de *Los libros*, sembrando oscuridad sobre los años de radicalización política. Pudimos ver, entonces, que la *asimilación* de lecturas como las de Raymond Williams o Pierre Bourdieu no fue pura ni dogmática sino a través de una alquimia experimental que no abandonó –totalmente– antiguos elementos, como por ejemplo, el *textualismo* de Barthes. El resultado de este proceso era una nueva matriz crítica que, si bien tendía a acentuar su sesgo *culturalista* (en clara confrontación con las lecturas que reducían toda manifestación cultural a un epifenómeno superestructural, *i.e.*, explicado por las condiciones materiales de la época) no abandonaba la posibilidad de vincular la serie cultural con la política. La clave estaba ahora en las “mediaciones” entre una serie y otra, y la “autonomía relativa” que ellas posibilitaban. Desde su *campo* específico, ahora, los nuevos *intelectuales* podían encontrar múltiples relaciones entre los objetos culturales y sus contextos socio-políticos. La clave estaba allí, en la nueva distancia que comportaba la función intelectual respecto del acontecer político.

Sin embargo, esta reconfiguración de la matriz teórica no se da, ni en primer lugar, ni de manera aislada; antes bien, las nuevas piezas teóricas, y sus mestizajes con las anteriores, se pusieron a jugar en *Punto de vista* desde el momento inicial. Esta labor, releer algunos pilares de la tradición literaria y ensayística argentina, fue el objeto del segundo capítulo. Nuestra primera conjetura al respecto es que esa revisión se hizo sobre la base de un *reconocimiento crítico* al otro gran grupo intelectual que ensayó una tarea similar: el grupo *Contorno*. Por el lado del reconocimiento, resaltan la cualidad moral de sus integrantes y la pulsión intelectual que los lleva a leer el *texto* de la política en las diversas producciones del sistema literario, como así también un estilo de *mezcla*, que, como vimos –y de otro modo–, también será practicado por *Punto de vista*. Por el lado de la crítica, a su vez, muestran los límites de ese dispositivo de lectura: desde una

mirada clasista demasiado genérica, se pierden las precisiones de los contextos y las rupturas específicas dentro del *campo* literario. Y en esa crítica va también, por elevación, otra más enérgica a la traducción que se hizo del dispositivo contornista en calve *teoría de la dependencia*; desde la lógica reduccionista que sólo puede denunciar imperialismos, todos los gatos son pardos. Esos reduccionismos, según vimos, no eran sólo propios de algunas izquierdas, sino que también tocaba al viejo enemigo de ellas: el populismo (ya en su versión conservadora, ya en su variante de izquierda). Una de las consecuencias –sugerimos: deseada- de ese *reconocimiento crítico* a los contornistas era mostrar las insuficiencias del modelo intelectual que los soportaba: el *intelectual comprometido*, pariente (muy) cercano del *intelectual orgánico/revolucionario*.

A distancia entonces de los reduccionismos populistas o clasistas, los intelectuales de *Punto de vista*, pueden ubicar a Sarmiento y a José Hernández como figuras singulares, desplazadas, dentro de la élite a la que pertenecen, y leer allí voces críticas que, al tiempo que intervienen en la lucha política, logran producir textos disruptivos dentro del sistema literario en que operan. Del mismo modo, aquellos intelectuales pueden leer aquello que “*Contorno* no pudo, o leyó mal”: las revistas *Sur* y *Martín Fierro*, y la narrativa de Borges. Bajo la clave de bóveda de su novedoso dispositivo, *i.e.*, la categoría de *modernización*, trabajan esas *formaciones literarias* como modos singulares de intervenir en el campo, en particular, confrontando con las fuerzas más conservadoras y reactivas. Es así que en aquella Buenos Aires de los '20 y los '30, *periféricamente* moderna, Sarlo y Gramuglio pueden encontrar una *vanguardia moderada*, la cual produjo un fenómeno propiamente americano: el *criollismo urbano de vanguardia*. Pero como nuestra reconstrucción también se quiso crítica, pudimos historizar –y problematizar- aquella categoría (también ella demasiado genérica) de *modernización*. Si por un lado mostramos sus limitaciones explicativas (la mirada de una Buenos Aires desigualmente modernizada, fuertemente integrada, y con un proceso de democratización creciente, no ayuda a explicar muchos de los fenómenos de las décadas del '30 y el '40, en especial, el crecimiento de un nacionalismo reaccionario y conservador que llegará al poder en esos años), por otro lado, y lo que nos resultó más sugerente, mostramos cuánto del signo optimista que alojaba esa categorización debía al contexto político de la transición –y poco después, del relato alfonsinista.

Con ese señalamiento pivoteamos hacia el capítulo tercero, en el cual pretendimos mostrar que las dos tareas que se habían encarado desde la revista tenían como suelo, un movimiento de revisión política de las propias posiciones dentro de la tradición de

izquierda a la que adscribían sus integrantes. Para esto, reconstruimos algunos de los debates e ideas sobre la crisis del marxismo, sobre el pasado reciente de la Argentina y sobre las nuevas construcciones teórico-políticas con que se quería salir de aquel doble atolladero. La clave de bóveda de estas discusiones fue la llamada “cuestión democrática”, que depositaba en el redescubrimiento de esa categoría buena parte de las esperanzas sobre el futuro. Vimos, sin embargo, que la percepción sobre esa cuestión –y más aún, sobre esas esperanzas- no era homogénea, y distinguimos en varias perspectivas, de las cuales destacamos dos. Por un lado, posiciones como las de Oscar Terán, que hacían énfasis en lo funesto de la experiencia de violencia y terror que había azotado a la sociedad argentina en su pasado reciente. Desde allí, por un lado, promovía una autocrítica de todo el conjunto social, aunque priorizando a aquellos –o habría que decir, aquellas izquierdas- que se dejaron llevar por sus pulsiones “jacobinas y autoritarias”; parafraseándonos, la mirada de Terán, quedaba así teñida de una módica confianza en el presente, más atenta a esas huellas oscuras del pasado, cargada de sospecha y precauciones. Nombramos al tipo de colocamiento distante propio de esa posición como *intelectual crítico*.

Por otro lado, dimos cuenta también de las teorizaciones que realizaron los intelectuales de *Punto de vista* que se fueron acercando –hasta incorporarse- al espacio alfonsinista, como Juan Carlos Portantiero, Emilio De Ípola y José Nun. La estrategia de este grupo fue tratar de construir un andamiaje teórico que insufla liberalismo político al interior de un corpus marxista que se leía anquilosado, poco flexible para dar cuenta de las complejas sociedades (capitalistas) actuales, y demasiado, para dejarse llevar por la torsión autoritaria. A partir de un diagnóstico optimista respecto de las mayorías democráticas de la sociedad argentina, que estarían bien dispuesta para una refundación del país que deje atrás el carácter faccioso y beligerante de los sectores corporativos, y bien seguros de lo que tenía para ofrecer al cuerpo socialista (más que marxista) la nueva sangre (neo)contractualista, se lanzaron al redescubrimiento de la sociedad civil, del Estado como garante de reglas y de la posibilidad de una transformación profunda de nuestra (anómica) *cultura política*. Como correlato de los nuevos desafíos, también el intelectual debía abandonar sus viejos (malos) hábitos, como aquellos que lo hacían oscilar entre un *vanguardismo iluminado* que no podía menos que intentar transmitir su verdad única, y un *basismo* que renunciaba a la mirada crítica para arrojarle irresponsablemente al mundo cenagoso de “lo popular”. Ni uno ni otro, el modelo –llamado por nosotros- de intelectual *ciudadano* debía habilitar una

escucha dispuesta a requerimientos e intereses diversos, para poder dialogar críticamente con las distintas esferas de la sociedad civil. De este modo descubrimos que si bien la revista trabajó sobre la construcción de un perfil *intelectual democrático*, ese perfil pudo declinarse de varias maneras; el *crítico* y el *ciudadano* son dos de ellas.

Como pretendimos mostrar, no existió una relación unívoca ni simple entre esos distintos movimientos, como así tampoco una secuenciación temporal. Ellos se articularon de manera compleja, donde, por ejemplo, el “perspectivismo” narrativo resultó solidario con la idea de (un necesario) pluralismo político, y a su vez, como supo declarar Sarlo en la entrevista citada, algunas de las ideas que orientaron sus lecturas estuvieron motivadas por ciertas ilusiones políticas del presente. Tampoco hubo una secuenciación temporal; los movimientos se superpusieron algunas veces, se discontinuaron otras. En cualquier caso, nos resultó evidente la influencia significativa que tuvo el “clima alfonsinista” para la revista: si bien buena parte de los desplazamientos y ajustes teóricos fueron realizados en los primeros años, la llegada al gobierno de Alfonsín, la instalación de una nueva agenda de temas políticos y la participación de algunos de los intelectuales de *Punto de vista* en espacios gubernamentales, modularon de forma notoria la trayectoria de la revista.

Hay otra pregunta, que ya fue adelantada en nuestra introducción, y que quisiéramos plantear, para con ella dar paso al segundo momento de estas consideraciones finales: ¿resultaba compatible el *sujeto lector* que instituía *Punto de vista*, a través de sus revisiones y nuevas consideraciones sobre el sistema literario argentino, con los tipos de *sujeto ciudadano* que se desprendían de sus intervenciones teórico-políticas?

Destacamos la figura de un *sujeto lector* de la revista, para dar cuenta de los supuestos que están a la base de aquellos dos primeros desplazamientos que reseñamos –la reconfiguración del dispositivo teórico-crítico y la relectura del canon literario y ensayístico-, y las zonas del sistema literario que desde allí se invitan a transitar. Ese lector es ante todo, un lector capaz de leer “con los dos ojos”, para evitar la mirada estrábica (como escribía Sarlo, recuperando la figura contornista), es decir, que pueda leer, la lengua americana tanto como la europea, pero que también pueda escudriñar el clivaje político (Rosas-Echeverría; peronismo-antiperonismo). Al mismo tiempo, es también un lector capaz de contextualizar, y de hecho, la lectura es la contextualización del texto o, dicho de otro modo, *un texto es él junto con la historia de sus lecturas*. En

ese movimiento, la historia no es obstáculo sino condición de posibilidad del devenir texto (significativo).

Si derivamos, de la misma manera que lo hicimos con la serie literaria, el *sujeto ciudadano* que se desprende de las ideas y argumentos que presentamos en el tercer capítulo, bien otro es el resultado. Ya sea en la clave *trágica* (pesimista) de Terán, ya sea en la clave *pactista* (optimista) de Portantiero, Nun y De Ípola, en ambos casos el *sujeto ciudadano* debe tender a conjurar la historia, antes que de demorarse en ella. Si seguimos la huella de Terán en las líneas finales de *En busca de la ideología perdida* (1985), por ejemplo, el Angelus Novus del Klee benjaminiano nos alerta sobre el pasado ruinoso que encontraremos al levantar la mirada y, por tanto, nos hace adivinar sospechosa cualquier idea que de allí provenga. El modelo pactista de aquellos que terminarán formando parte del Grupo Esmeralda, por caso, no es más propenso a recostarse en la historia. La idea de una refundación democrática a partir de la institución de un conjunto de reglas (constitutivas y normativas) suponía, precisamente, que para superar la crisis política era necesaria una transformación profunda de la cultura política, cuya orientación no podía ser otra que el futuro. La figura de Alfonsín, en ese punto, oficiaba como bisagra entre el pasado que era necesario superar y el futuro que esperaba abierto, sobre ese presente pleno de incertidumbres.

¿Cómo conjugar la mirada cultural y la mirada política para *Punto de vista*? Es decir, ¿cómo hacer corresponder la perspectiva del buen *lector* con la del buen *ciudadano*? Hay un artículo de Beatriz Sarlo que, sin haber partido él de estos interrogantes, dialoga bastante bien con ellos. Se llama “Intelectuales: ¿Escisión o mimesis?”, fue publicado en el N°25 de diciembre de 1985, y es, a nuestro entender, el texto donde aparecen las complejas tensiones que atraviesan a buena parte de la intelectualidad de la revista.¹⁵¹

¹⁵¹ Ya sobre el final de la tesis, y puesto a decidirnos por un último artículo para presentar las conclusiones, descubrimos, una vez más, en un texto de Beatriz Sarlo, el que creemos mejor representante de la posición de *Punto de vista*. Hacemos explícito, entonces, algo que se nos fue revelando en desarrollo de la investigación. Por más que nuestra decisión inicial fue trabajar sobre materiales producidos por los tres intelectuales que formaron el grupo editor original, y en buena parte del trabajo creemos haber cumplido con esa premisa, notamos también que en su despliegue fue ganando lugar de manera creciente el nombre de Beatriz Sarlo. Creemos que esto no es azaroso sino que tiene que ver con que fue precisamente ella quien marcó el pulso de la publicación. Esto puede constatarse cuando se comparan los temas y artículos publicados en la revista con los libros que va produciendo la ensayista; el paralelo es bastante ajustado. Esta influencia decisiva no deja de ser llamativa, tanto por la duración en el tiempo

El artículo se presenta como un capítulo más de las transformaciones ideológico-políticas de la izquierda en la Argentina. Y a continuación, señala tres elementos que nos resultan decisivos. Primero, señala dos discursos de los cuales quiere diferenciarse: por un lado, el de aquellos que en nombre de la Revolución denuncian que todo cambio de posición es una traición o una defección; por otro lado, aquel que identifica democracia con moderatismo. Ya vemos, dos enunciados que podrían ser esgrimidos contra los intelectuales de *Punto de vista*, o cualquier otro que, habiendo abrazado la causa revolucionaria, se haya pasado –autocrítica mediante- a las filas de la social-democracia alfonsinista. En segundo lugar, presenta el texto como “una biografía intelectual que tiene mucho de biografía colectiva”. Como reafirmará más adelante, y a diferencia de otros textos donde el “intelectual” refiere a un colectivo más amplio, se trata aquí de una discusión con la franja que perteneció a los sectores más radicalizados de los años sesenta y setenta (asumiendo “el peso decisivo de la fracción de izquierda y peronista revolucionaria”). Allí se deja ver el nudo gordiano donde se decide la suerte del futuro *campo* intelectual. Y en tercer y último lugar, se define un modo de abordaje: se trata de una breve historia de esa fracción ideológica que comienza con *Contorno*, en tanto las operaciones realizadas por sus intelectuales hizo posible para la izquierda pensar el peronismo con algo distinto del Mal, o del Otro absoluto.

La narración que organiza Sarlo sobre ese recorrido no es novedosa, y ha sido repetida en la revista más de una vez. Desde una primera etapa “crítica”, que aparecería con *Contorno*, comienza a gestarse una “funcionalización” del intelectual en la década siguiente, hasta que, ya en los setenta, con la “radicalización” de los discursos y las prácticas, la política termina por canibalizar el discurso intelectual. El siguiente paso, no escrito pero legible, es que las armas, a su vez, canibalizan a la política. Ahora bien, frente a esa historia funesta, la ensayista rechaza el movimiento de dar vuelta la cara para volcarse, con la misma fe ciega que se volcaron a la militancia, a al cinismo de la “estética del fragmento”. Y sin embargo, es difícil sostener la mirada sobre esa historia:

como por la coherencia de no pocas de sus premisas iniciales, y se ha mantenido firme desde su comienzo hasta el final, en la redacción misma del último Editorial. Allí, entre otras cosas, puede leerse: “Durante treinta años “Punto de vista fue la mayor y más constante influencia sobre mi vida (...) La necesité para ser lo que soy porque nunca creí que alguna otra institución podía darme más de lo que esta revista me dio durante treinta años (...) Si tiene algún valor lo que he escrito, lo mejor lo he escrito en Punto de vista (...) Ella (y no sus lectores) me pedía lo que yo terminaba escribiendo”; en *Punto de vista*, N°90, abril de 2008, pp.1-2.

“quizás lo peor que pueda sucedernos es quedar petrificados en la contemplación de nuestro pasado, ya sea bajo la forma del momento revolucionario derrotado o de la equivocación monstruosa de la cual nada puede extraerse. Es decir, contemplar el pasado como lo que puede ser un futuro deseable o como el error absoluto. Ambas perspectivas nos convierten en sujetos inexplicables y, al mismo tiempo, ocuyen la posibilidad de reconstruirnos como intelectuales públicos” (p.5).

Sarlo va delimitando un espacio complejo, en el centro de todas las tensiones: si rechaza la vía de la negación del pasado, la simple disposición al futuro, también objeta a aquellos que se quedan fascinados frente a él (ya anhelantes por la posibilidad de su redención, ya culposos por lo irreparable de la tragedia). ¿Qué hacer entonces con ese pasado? Hay dos elementos que aparece rescatados, y que explican aquellos que puede *transfigurarse* en el presente: del *lado del sujeto*, un legítimo deseo de transformación, de ir hacia otro lado, y actuar contra la opresión y la desigualdad; esas fuerzas afectivas pueden distinguirse –y recortarse- de aquellas otras pasiones autoritarias. Por *el lado del objeto*, las mismas condiciones sociales que sensibilizaron a aquellas fuerzas afectivas siguen vigentes: “que estas cuestiones reales hayan recibido resoluciones imaginarias en el discurso de la violencia y la revolución, no significa necesariamente que ese error deba proyectarse obturando la centralidad de los problemas que nos interpelaban” (p.5).

Se trata de seguir reconociendo la vigencia de esas *cuestiones reales* y mantener una disposición *afectiva* para dejarse interpelar por ellas, y sin embargo, no ceder a la pasión de la *mimesis*, a la creencia romántica de que hay una relación orgánica entre cultura, ideología y política. Descartada la *mimesis*, queda la pregunta por el otro polo del título: “Pero, ¿qué quiere decir, en verdad, ‘escisión’? Un vago sentimiento de insatisfacción no puede aspirar a convertirse en principio de escisión (...) Quizás, el espíritu de escisión del que habló Gramsci pueda hoy originarse en la relación inestable entre percepción de lo real y de líneas de transformación. Necesitamos una nueva tópica que articule el deseo de cambio, dotándolo de la fuerza que impulsaba la tópica revolucionaria de las décadas pasadas. Pero sería necesario también que encontráramos la fuente de ese deseo” (p.6). Entendemos que Sarlo lleva al extremo *lo que podía de sí* la posición *revisionista* de *Punto de vista*, en función de los propios términos en que había planteado su tarea de revisión. Sólo si llegara a generarse ese “espíritu de escisión”, si pudiera configurarse una nueva tópica convocante, el intelectual podría volver a conectar la serie cultural con la política, bajo una forma distinta que las que ofrece el “moderatismo” institucional; es evidente, sin embargo, que la figura de este

intelectual escindido exigiría repensar las figuras del *buen lector* y el *buen ciudadano*. Pero, ¿era posible recuperar ese espíritu de escisión? ¿O formaba parte también de las *ilusiones de la transición*? ¿Era posible para esos intelectuales concebir “otra fuente de deseo” por fuera de la socialdemocracia alfonsinista? Si damos un giro e intentamos una reformulación más precisa, esta podría ser: ¿hasta qué punto esos modelos intelectuales estaban determinados, de manera medular, por las condiciones históricas de su emergencia, esto es por el *espacio de experiencia* de la última dictadura militar y el *horizonte de expectativa* inaugurado por la política alfonsinista?

Esta última pregunta nos conduce a una cuestión que, si bien excede este trabajo, fue uno de los horizontes de interrogación que lo orientó. Es la cuestión de la influencia que tuvieron las lecturas y el modelo intelectual que propuso *Punto de vista* sobre el mundo académico y cultural en general. Sobre este punto, una pequeña nota para cerrar. Si en el último editorial de la revista Sarlo cuenta la sorpresa que le causó cuando en algún momento del primer tercio de los ‘80, el suplemento cultural de *Clarín* mencionó la categoría “campo intelectual” –que tan denodadamente venía siendo trabajada por ella y Altamirano-, hoy podría causarnos una sorpresa similar encontrar un trabajo de crítica cultural que no utilice aquella categoría. En ese mismo editorial afirma otra cosa con la que coincidimos plenamente, y es que en la primera década de existencia, *Punto de vista* “fue contemporánea de su presente”. Y agrega: “respecto de Malvinas, de la crítica de los setenta, y de lo que entonces era lo nuevo de la literatura, la revista sintonizó el presente como debe hacerlo una publicación que no aspira a la actividad conservadora de recopilar buenos artículos, sino a que viren los ejes del debate” (p.2). Ahora bien, es tan cierto para nosotros ese enunciado, como el silencio que se cierne sobre las causas de su pérdida progresiva de “contemporaneidad”. De manera velada, la misma Beatriz Sarlo lo reconoce al ceñir ese momento de “sintonía” a la primera década de su existencia. Es posible sospechar, entonces, que la notable capacidad de interpelación que este grupo intelectual tuvo en aquellos años ochenta se deba, precisamente, a que estuvo medularmente constituido por esa doble condición: entre la *experiencia* de la última dictadura militar y las *expectativas* inauguradas por el alfonsinismo. Si volvemos sobre el texto de Sarlo, “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, podríamos agregar: el modo de “reconstruirse como intelectuales” consistía en *transfigurar* aquella experiencia bajo una nueva promesa, bajo una “nueva tópica” democrática, que, a su vez, pueda ser fuente de deseo.

“Los cambios de *Punto de vista* durante las últimas tres décadas son parte de la historia del progresismo argentino”, señala Sarlo en aquel último editorial de la revista. Esperamos que este trabajo haya aportado al esclarecimiento y discusión de la primera década de esa historia. Historia *desde* y *contra* la cual pensamos, historia que sigue abierta, y reclama, según creemos, por nuevos e intensos capítulos.

Bibliografía

- Acha, O., *Un revisionismo histórico de izquierda*, Buenos Aires, Herramienta, 2012.
- Altamirano, C., “La fundación de la literatura argentina”, en *Punto de vista*, N°7, noviembre de 1979, pp.10-12.
-, “La oposición en el socialismo real”, en *Punto de vista*, N°14, marzo de 1982, pp.14-17.
- Altamirano, C. y Sarlo, B., *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
-, *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.
-, *Literatura y sociedad*, Buenos Aires, CEAL, 1977.
-, *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires, CEAL, 1990.
-, “Identidad, linaje y mérito de Sarmiento”, *Punto de vista*, noviembre de 1980, pp.14-19.
-, “Acerca de política y cultura en la Argentina”, en *Los libros*, ed. cit., tomo III, pp. 378-384.
-, “Martínez Estrada: de la crítica al ‘Martín Fierro’ al ensayo sobre el ser nacional”, en *Punto de vista*, N°4, noviembre de 1978, pp. 3-6.
- Baranger, D., *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*, Buenos Aires, Prometeo, 2004.
-, “La recepción de Bourdieu en Argentina”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 50, N° 197 (abril-junio 2010), pp.129.146.
- Basualdo, E., *Estudios de Historia Económica Argentina (desde mediados del siglo XX hasta la actualidad)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Caramés, D. y D’Iorio, G., “De luces y opacidades: los símbolos y la muerte en los años sesenta y setenta. Oscar Terán y Horacio González en el debate sobre el pasado reciente de la Argentina”, en revista *Signos universitarios virtual*, Año III, N° 6, UNSAL, <http://www.salvador.edu.ar/vrid/publicaciones/revista/suvm06.htm>.
- Cernadas, J., “La revista *Contorno* en su contorno (1953-1959)”, en Biagini, H. y Roig, A., *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo II. Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2006.

- *Controversia* (edición facsimilar), Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2009.
- Corbatta, J., "Lo que va de ayer a hoy: relejendo a Beatriz Sarlo", en *Chasqui. Revista de literatura latinoamericana*, Vol. 28, No. 2 (noviembre 1999), pp.76-88.
- Dalmaroni, M., *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina 1960-2002*, [En línea], Mar del Plata: Melusina; Santiago de Chile: RIL, 2004. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.1/pm.1.pdf>
-, "La moda y 'la trampa del sentido común'. Sobre la *operación* Raymond Williams en *Punto de vista*", en *Orbis Tertius*, N° 5. Centro de Teoría y Crítica Literarias, Facultad de Humanidades, UNLP, p.13-21.
- De Diego, J. L., *Quien de nosotros escribirá el Facundo. Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2007.
- De Ípola, E. – Portantiero, J. C., "Crisis social y pacto democrático", en *Punto de vista*, N°21, agosto de 1984, pp.13-20.
- Eagleton, T. (comps.), *Raymond Williams: Critical Perspectives*, Boston, Northeastern University Press, 1989.
- Elizalde, J., "La participación política de los intelectuales durante la transición democrática: el Grupo Esmeralda y el presidente Alfonsín" [en línea], Temas de historia argentina y americana, 15. En: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/participacion-politica-intelectuales-durante-transicion.pdf>, 2009.
-, "Intelectuales y política en la transición democrática. El Grupo Esmeralda" en: http://flacsoandes.org/dspace/bitstream/10469/2152/1/Tesis_Josefina_Elizalde.pdf, Tesis de Maestría, 2009.
- Farías, M., "Oscar Terán: un pensamiento en huída", en *El río sin orillas*, N°2, octubre de 2008, pp.345-358.
- Fontdevilla, E. y Pulleiro, A., "Los libros. De la modernización a la partidización", en *Zigurat*, año 5, N° 5, diciembre 2004-enero 2005.
- Gago, V., *Controversia: una lengua en el exilio*, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2009.
- Gilman, C., *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, S.XXI, 2003.
- González, H., *Restos pampeanos*, Buenos Aires, Colihue, 1999.
- Gramuglio, M. T., "Continuidad entre la Ida y la Vuelta de *Martín Fierro*", en *Punto de vista*, N°7, noviembre de 1979, pp.3-6.
-, "'Sur': constitución del grupo y proyecto intelectual", en *Punto de vista*, N°17, abril de 1983, pp.7-9.

- Halperin Donghi, T., "El presente transforma el pasado: el impacto del reciente terror en la imagen de la historia argentina", en AAVV: *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza, 1987, pp.71-95.
-, *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, S.XXI, 2005.
- Hernández Arregui, J. J., *Imperialismo y Cultura*, Buenos Aires, Amerindia, 1957.
- Koselleck, R., *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Lesgart, C., *Usos de la transición democrática. Ensayo, ciencia y política en la década del 80*, Rosario, Homo Sapiens, 2003.
- *Los libros*, edición facsimilar, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011 (4 tomos).
- Martínez, A. T., "Lectura y lectores de Bourdieu en Argentina", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N°11, 2007, p.11-30.
- Montaldo, G. L., "Los cambios del canon", en *Hispanamérica*, Año 24, No. 72 (diciem. 1995), pp. 39-48.
- Nun, J., "La rebelión del coro", en *Punto de vista*, N°20, mayo de 1984, pp.6-11.
- Nun, J. – Portantiero, J.C., (Comps.), *Ensayos sobre la transición democrática argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.
- O'Donnell, G., "Reflexiones sobre las tendencias del cambio del Estado burocrático-autoritario", en *Revista Mexicana de Sociología*, N°1, enero-marzo de 1977.
- Oszlak, O. (Comp.), *"Proceso", crisis y transición democrática*, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- Pagni, A., "Relecturas de Borges y Sur por la izquierda intelectual argentina desde los años ochenta: el caso *Punto de vista*", en *Actas del VII Congreso Nacional de Literatura Argentina*, FFyL, Universidad Nacional de Tucumán, 1994, pp.459-465.
-, "Repensar la izquierda en la Argentina democrática. *Punto de vista. Revista de cultura (1978-1993)*", en *Nuevo Texto Crítico* (Stanford University), VIII, N°16-17, 1996, pp.177-189.
- Panesi, J., "La crítica argentina y el discurso de la dependencia", en *Filología*, año XX, I, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1985, pp.171-195.
- Patiño, R., *Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)*, San Pablo, Depto. de Letras Modernas - FFLCH/USP (Cuadernos de Recienvenido 4), 1997.

- , “Revistas literarias y culturales argentinas de los 80”, en *Ínsula* N°715-716, julio-agosto 2006.
- Piglia, R., *Respiración artificial*, Buenos Aires, Planeta, 2001.
- , *Crítica y ficción*, Buenos Aires, Anagrama, 2001.
- , “Notas sobre el Facundo”, *Punto de vista*, marzo de 1980, pp.15-18.
- , “Ideología y ficción en Borges”, en *Punto de vista*, N°11, marzo de 1981, pp.4-6.
- Pistacchio Hernández, R., *Una perspectiva para ver. El intelectual crítico de Beatriz Sarlo*, Buenos Aires, Corregidor, 2006.
- Portantiero, J. C., “Nación y democracia en la Argentina del Novecientos”, en *Punto de vista*, N°14, marzo de 1982, pp.3-6.
- , “Socialismo y democracia”, en *Punto de vista*, N°20, mayo de 1984, pp.1-5.
- Rabotnikof, N., “El retorno de la filosofía política: notas sobre el clima teórico de una década”, en *Revista mexicana de sociología*, N° 4, UNAM, México, 1992.
- Ramos, J. A., *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961.
- Reano, A., “Controversia y La Ciudad Futura: democracia y socialismo en debate”, en *Revista Mexicana de Sociología* 74, N° 3, julio-septiembre, 2012, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales, pp.487-511.
- Rosa, N. (bajo el seudónimo de Gustavo Ferraris), “Sarmiento: crítica y empirismo”, *Punto de vista*, N° 2, mayo de 1978, pp.6-11.
- Rouquié A. – Schvarzer, J., *¿Cómo renacen las democracias?*, Buenos Aires, 1985.
- Sarlo, B., *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.
- , *Tiempo pasado*, Buenos Aires, S.XXI, 2005.
- , “Hernández Arregui: historia, cultura y política”, en *Los libros*, N°38, pp.175-179.
- , “La moral de la crítica”, en *Punto de vista*, N°15, agosto de 1982, p.21, pp. 21-22.
- , “Literatura y política”, en *Punto de vista*, N°19, diciembre de 1983, pp.8-12.

-....., "Raymond Williams: una relectura", en *Punto de vista*, N°45, abril de 1993, pp.12-15.

-....., "Razones de la aflicción y el desorden en *Martín Fierro*", en *Punto de vista*, N°7, noviembre de 1979, pp.7-9.

-....., "Política, ideología y figuración literaria", en Balderston, D. y otros, *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza, 1987, pp. 30-59.

-....., "La perspectiva americana en los primeros años de 'Sur'", en *Punto de vista*, el N°17, abril de 1983, 10-11.

-....., "Borges en 'Sur': un episodio del formalismo criollo", en *Punto de vista*, el N°17, abril de 1983, 3-6.

-....., "Intelectuales: ¿Escisión o mimesis?", en *Punto de vista*, N° 25, diciembre de 1985, 1-6.

- Sazbón, J., "La reflexión literaria", en *Punto de vista*, N°11, pp.37-44.

-....., "Derecho a réplica: 'Una invitación al postmarxismo'", en *Punto de vista*, N°19, diciembre de 1983, pp.36-38.

- Scavino, D., *Rebeldes y confabulados*, Buenos Aires, Eterna cadencia, 2012.

- Sosnowski, S., *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Buenos Aires, EUDEBA, 1988.

- Stuart Hall, E., "Signification, Representation, Ideology: Althusser and the Post-Structuralist Debates". *Critical Studies in Mass Communication*, vol. 2, núm. 2, junio 1985, pp.91-114.

- Terán, O., *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

-....., *De utopías, catástrofes y esperanzas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

-....., "El error Massuh", en *Punto de vista*, N°17, abril de 1983, pp.4-6.

-....., "¿Adiós a la última instancia?", en *Punto de vista*, N°17, abril de 1983, pp.46-47.

-....., "Una polémica postergada: la crisis del marxismo", en *Punto de vista*, N°20, mayo de 1984, pp.19-20.

- Trímboli, J., *La izquierda en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial, 1998.

-....., "Tentativas sobre un libro de Oscar Terán", en *El río sin orillas*, N°2, octubre de 2008, pp.339-344.

- Viñas, D., *Literatura argentina y realidad política* (1° ed. 1964), Buenos Aires, Santiago Arcos, 2005.
- Vulcano, L., "Crítica, resistencia y memoria en *Punto de vista. Revista de cultura*", en *Orbis Tertius*, 2000, IV (N° 7), Centro de Teoría y Crítica Literarias, Facultad de Humanidades, UNLP, pp.105-115.
- Williams, R., *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 2000.
-, *La larga revolución*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.

Índice

Palabras preliminares (p.2)

Introducción (p.3)

I. Preguntas e hipótesis (p.3)

II. Objeto y periodización (p.9)

I. La fragua de la nueva crítica: deudas, desvíos y mixturas (p.15)

I. *Los libros*, pasado presente de *Punto de vista* (p.15)

II. Las armas de la crítica: *Punto de vista*, entre Williams y Bourdieu (p.24)

II. Nueva crítica y la relectura del canon: una *operación* intelectual (p.38)

I. La *operación* Contorno (p.42)

II. La relectura del canon I: el siglo XIX (p.48)

III. La relectura del canon II: el siglo XX (p.54)

III. Una narración democrática: ideas y debates en la *transición* (p.61)

I – Miradas sobre la “crisis del marxismo” (p.67)

II – La Ciudad (de la democracia) Futura (p.75)

IV. Consideraciones finales (p.84)

Bibliografía (p.94)